

EMMA WINTER y
ELLA VALENTINE

*Un novio
millonario por
Navidad*

Un novio
millonario por
Navidad

#DeseosNavideños 1

Emma Winter y
Ella Vallentine

1ª edición octubre 2020

Copyright © Emma Winter y Ella Valentine

Todos los derechos reservados.

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de las titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[1 \(Molly\)](#)

[2 \(Molly\)](#)

[3 \(Molly\)](#)

[4 \(Brayden\)](#)

[5 \(Molly\)](#)

[6 \(Brayden\)](#)

[7 \(Molly\)](#)

[8 \(Brayden\)](#)

[9 \(Molly\)](#)

[10 \(Brayden\)](#)

[11 \(Molly\)](#)

[12 \(Brayden\)](#)

[13 \(Molly\)](#)

[14 \(Brayden\)](#)

[15 \(Molly\)](#)

[16 \(Molly\)](#)

[17 \(Molly\)](#)

[18 \(Brayden\)](#)

[19 \(Molly\)](#)

[20 \(Brayden\)](#)

[21 \(Molly\)](#)

[22 \(Brayden\)](#)

[23 \(Molly\)](#)

[24 \(Brayden\)](#)

[25 \(Molly\)](#)

[26 \(Jayden\)](#)

[27 \(Brayden\)](#)

[28 \(Molly\)](#)

[29 \(Brayden\)](#)

[Epílogo \(Molly\)](#)

[#DeseosNavideños 2](#)

[¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?](#)

[Novelas anteriores de EyE](#)

[Novelas anteriores de Ella Valentine](#)

[Novelas anteriores de Emma Winter](#)

Nota: Esta es una novela con música

Si quieres escuchar las canciones que aparecen en este ebook es recomendable usar un dispositivo con acceso a Spotify. Cada canción incorpora un enlace para ser escuchada. Ojalá os ayude a vivir una experiencia navideña completa.

Molly



15 de diciembre

Faltan 10 días para Navidad

Molly cogió una caja vacía de la sala de fotocopias, la llevó hasta su despacho y colocó dentro todas sus pertenencias con la ansiedad convertida en bola en su estómago. Hacía meses que un rumor sobre una posible reducción de plantilla corría por la oficina. La agencia de publicidad en la que trabajaba llevaba tiempo perdiendo clientes importantes y no estaba pasando por su mejor momento, pero Molly creyó que la situación no era para tanto. No hasta que el señor Sanders la llamó a su despacho, le ofreció un bastoncito navideño a rallas blancas y rojas del tarro que tenía sobre su mesa y, con cierta aflicción, la despidió porque, a pesar de ser una buena profesional, había sido la última persona en incorporarse en la empresa.

Se mordió el labio sintiendo un torrente de frustración recorrer sus venas. Hacía 24 horas tenía todo lo que una mujer de 27 años podía desear: un novio que la quería y un trabajo que le entusiasmaba. 24 horas habían bastado para que esa vida perfecta se desplomara como un castillo de naipes tras un golpe de viento.

Cuadró los hombros y salió del despacho intentando ignorar las miradas llenas de compasión que le dirigieron sus compañeros desde sus puestos. Quizás aquella escena hubiera sido menos dramática si la decoración navideña no ocupara cada centímetro de aquella oficina con suelos de linóleo azul, sin apenas luz natural, o si Frank Sinatra no cantara [*White Christmas*](#) con un entusiasmo desbordante desde el hilo musical, o si un Santa Claus diminuto no saltara sobre su muelle sobresaliendo de la caja que sostenía entre las manos. En aquel momento se maldijo por haberlo comprado en uno de esos mercadillos navideños que tanto le gustaban pensando en lo bien que quedaría en su escritorio. Faltaban diez días para Navidad y su vida estaba patas arriba.

Subió en el ascensor, bajó hasta la planta baja y salió por la puerta rotatoria del edificio de oficinas en el que se ubicaba la agencia sintiendo como el frío le calaba los huesos. Se ajustó el gorro rosa que llevaba sobre el cabello color chocolate y dio una vuelta más a la bufanda alrededor del cuello fijándose en la explosión de luces y color de las calles de Nueva York.

La agencia estaba emplazada en la Quinta Avenida, una ubicación muy privilegiada y

agradecida para trabajar. Para alguien originario de Nueva Jersey y enamorada de la Gran Manzana como Molly, pasear a diario por esa zona era una gozada.

Decidió acercarse a ver el árbol de Navidad del Rockefeller Center. Contemplantlo siempre la animaba y en aquellos momentos necesitaba grandes dosis de ánimo. Mientras caminaba hacia allí, no dejaba de pensar en la desgracia que se cernía sobre ella. Si quedarse sin trabajo ya era un desastre de por sí, hacerlo el día después de que tu novio te dé la patada, lo era aún más. Pensó en John y lo odió más que nunca por haberla plantado con la patética excusa de necesitar tiempo para estar solo y encontrarse a sí mismo. No eres tú, soy yo, le había dicho. Eso es lo que Molly se merecía después de tres años de relación y uno de convivencia: que la dejaran usando la frase más trillada de la historia. Ahora, sin trabajo y sin nadie con el que compartir los gastos del piso de alquiler, no tenía la menor idea de cómo iba a llegar a fin de mes. Haciendo cuentas podría sobrevivir sola dos meses como mucho. Y dudaba que encontrase un nuevo trabajo en tan poco tiempo.

Cuando llegó al Rockefeller Center los pies le dolían horrores. En aquel momento haberse gastado trescientos dólares en aquellas botas preciosas pero incómodas a más no poder, le pareció la peor idea de la historia. Observó el árbol, hermoso e iluminado, frente a la pista de patinaje sobre hielo, pero en aquella ocasión no la recorrió por dentro el torrente de bienestar habitual. La situación era demasiado deprimente cómo para que un árbol navideño fuera suficiente para levantar su moral.

El móvil vibró dentro de su bolso. Lo sacó y comprobó que se trataba de uno de los mensajes de audio de su madre. Imaginó que sería uno de sus monólogos interminables de siempre, pero esta vez se equivocó.

—Hola, cielo, soy yo, mamá —Molly puso los ojos en blanco, por mucho que le dijera que no hacía falta que se presentará cada vez, lo seguía haciendo—: Verás, tengo que contarte una cosita, ¡tú padre y yo hemos cometido una locura! —La escuchó reír tontamente y se le pusieron los pelos de la nuca de punta, porque cuando sus padres cometían una locura lo hacían a lo grande—. Acabamos de subirnos a un avión rumbo a Hawái. Nuestras primeras Navidades fuera de casa, ¿no es maravilloso? Como nos dijiste que este año el día de Navidad cenarías con los padres de John, hemos decidido darnos este capricho. Bueno, Molly, te dejo, que esto está a punto de despegar y nos obligan a poner los móviles en modo avión. Un beso. Muaaaa.

Molly miró el aparato, perpleja. Aquello no podía ser verdad. Hizo el intento de llamar al móvil de su madre, pero el número estaba apagado o fuera de cobertura. Ya no había vuelta atrás; iba a pasar sola la noche de Navidad. Resopló, lamentándose una vez más por su mala suerte. Tenía que haberla llamado por la mañana para explicarle la nueva situación, pero no lo hizo porque... porque sabía que su madre adoraba a John y que la noticia de su ruptura sería un duro golpe para ella. Y una decepción. Y Molly odiaba decepcionar a su madre por encima de todas las cosas.

Entonces, empezó a nevar.

Pequeños copos de nieve danzaron en el aire hasta posarse en el suelo y desaparecer. Frente a ella, decenas de personas patinaban en la famosa pista de hielo con la nieve cayendo a su alrededor en una imagen tan bucólica que, de no haberse encontrado en la tesitura que se encontraba, hubiera sacado una foto y la hubiera subido a Instagram con el hashtag “#magia”.

Molly subió su mirada al cielo, dónde los copos de nieve se deslizaban sin parar, y se dijo que era hora de regresar a casa. Tenía muchas cosas que hacer si pretendía seguir viviendo en Nueva York: actualizar su currículum, darse de alta en los directorios digitales de búsqueda de empleo,

buscar un piso más barato para reducir gastos... Empezó a andar con la cabeza hecha un hervidero cuando, al girar en una esquina, se fijó en un Santa Claus sentado en el suelo. Al acercarse comprendió que había errado en su apreciación y que no se trataba de un Santa Claus, sino de un mendigo de barriga prominente, barba blanca y chándal rojo que sostenía entre las manos un cartel en el que podía leerse: "Deseos a 3 dólares". Frente a él, había un vaso de plástico vacío. Se dijo que por muy mala que fuera su situación, siempre habría alguien peor que ella, y llevada por ese pensamiento sacó tres dólares de su monedero y los depositó dentro del vaso. Hizo ademán de reemprender su camino cuando el señor barbudo la interpeló:

—Señorita, ¿y su deseo?

Molly lo miró con una mezcla de lástima y escepticismo.

—No tengo mucha fe en los deseos, señor —dijo con un encogimiento de hombros y una media sonrisa.

—Pero no pierde nada por intentarlo, ¿verdad?

—Emmm... Bueno... Supongo que no.

—Entonces, ¿qué desea? —El falso Santa movió sus manos regordetas en un gesto de apremio.

—No sé... —Molly se mordió el labio pensando en una respuesta. Su vida estaba patas arriba, con un deseo no tenía ni para empezar, así que echó mano de su sarcasmo—: ¿La verdad? Lo único que podría mejorar mi situación en este momento sería un novio millonario.

Se dijo que sí, que un novio millonario sería la solución a todos sus problemas. No es que fuera la clase de mujer que espera ser salvada por un príncipe azul subido sobre un corcel blanco, nunca había querido vivir a costa de un hombre, era una mujer independiente y autosuficiente, pero puestos a soñar...

El hombre, frente a ella, sonrió enigmático, cogió una campanilla que había sobre la manta donde estaba sentado y la hizo sonar.

—Ho, ho, ho. ¡Deseo concedido! ¡Feliz Navidad!

Molly movió la mano a modo de despedida y siguió caminando calle abajo. Vivía bastante cerca de allí, en un mini apartamento que ella y John consiguieron alquilar por un buen precio pese a la zona, así que aceleró el paso con ganas de llegar a casa y darse una ducha calentita. La nieve caía cada vez con más intensidad y no llevaba paraguas, por lo que la humedad le estaba calando la ropa.

Iba tan concentrada en llegar a casa que, al cruzar, no se fijó en la alcantarilla que había en medio de la calle, con tan mala suerte que, al pisarla, uno de sus tacones se hundió en uno de sus agujeros.

—¡Mierda! —exclamó Molly intentando en vano sacar el tacón del agujero. Parecía haberse quedado atascado—. Oh, venga, no me fastidies. ¿Es qué hoy no puede salirme nada bien?

Los focos de un coche acercándose a gran velocidad la deslumbraron y, presa del pánico, soltó la caja con todas sus cosas que se esparcieron por el pavimento mientras intentaba desencajar el dichoso tacón de aquel sitio. El Santa Claus diminuto se activó y una melodía navideña empezó a sonar de repente poniéndola aún más nerviosa.

Dios, iba a morir. El coche estaba a punto de arrollarla y en lo primero que Molly pensó ante su inminente muerte fue que, por suerte, aquella mañana se había puesto su mejor vestido. Ya que iba a morir, qué menos que hacerlo con clase. Con el pánico paralizando su sistema nervioso, cerró los ojos y esperó.

Molly



15 de diciembre

Faltan 10 días para Navidad

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien?

Molly parpadeó, completamente aturdida, y por un momento se preguntó dónde estaba. Le llevó un tiempo darse cuenta de que estaba tirada en el asfalto. ¡Genial! Era simplemente genial. Había perdido el novio, el trabajo y casi muere atropellada por un... un...

Miró al hombre que casi la manda al mundo eterno y abrió la boca de par en par. Molly no tenía muchas prendas de marca, pero sabía perfectamente cuándo algo era caro. Aquel chico vestía un pantalón y un jersey de cuello alto que debían costar una fortuna, a juzgar por cómo le sentaba el conjunto, incluso estando encorvado sobre ella. Además, olía a dinero. Esas cosas se notaban. Era moreno y tan guapo que quitaba el aliento. Su pelo encrespado por arriba daba un aire informal a su aspecto y... ¡y casi la mata!

Molly se soltó de un tirón cuando él quiso ayudarla a levantarse. Lo hizo por sus propios medios, y aunque su pie protestó un poco, se cercioró pronto de que no tenía nada, salvo el aturdimiento propio por el susto y la caída. Al menos había conseguido desatascar el tacón del maldito agujero.

—Es increíble —masculló—. De verdad que esto es increíble.

—Perdona ¿qué?

Miró a su lado, al chico que seguía pendiente de ella mientras el tráfico los esquivaba y varios cláxones sonaban al mismo tiempo.

—¡He dicho que es increíble! ¡Justo lo que me faltaba en un día tan malo como hoy! ¡Un ricachón que casi me mata!

—Ah...

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Oye, para ti la vida de los demás probablemente no valga más que ese reloj tan caro que llevas, pero mi vida es valiosa. ¡Aunque ahora mismo no lo parezca!

Estaba perdiendo los nervios. Molly era plenamente consciente del modo en que se iba volviendo loca conforme él la miraba desencajado y la nevada se intensificaba. Dios, solo quería

llegar a casa, relajarse y beber hasta caer inconsciente para olvidar aquel día tan nefasto. En cambio, cuando hizo amago de empezar a caminar, él la cogió del brazo, reteniéndola e ignorando a los conductores enrabiados que seguían pasando a su lado.

—Dime qué necesitas para mejorar tu día.

—¿Perdón?

—Es Navidad, ¿no? Casi te atropello, cierto, pero dime qué necesitas para mejorar tu día y lo haré.

Molly rio sarcásticamente. ¿De verdad estaba ocurriéndole aquello? Era surrealista. Lo miró con cierto tono chulesco, elevó una ceja y respondió.

—Cincuenta mil dólares no me irían nada mal.

El chico se quedó parado un instante antes de cuadrar los hombros y fruncir los labios.

—Vale.

—¿Cómo has dicho? —preguntó ella, con la boca abierta.

—He dicho: “Vale”. Te daré cincuenta mil dólares.

—Tienes que estar de brom... .

—PERO con una condición —dijo recalcando la primera palabra. Molly guardó silencio. Aquello era demasiado surrealista—. Voy camino de la casa de mi familia y necesito una chica que se haga pasar por mi novia y me alabe hasta quedarse sin saliva.

—¿Cómo? —preguntó estupefacta.

—Lo que oyes. Necesito desesperadamente que alguien le hable bien a mi familia de mí. Bastará con unos días. Te prometo que haré que sean inolvidables. Tendrás la mejor comida y bebida que hayas probado en tu vida, villancicos, una familia encantadora a tu alrededor y, al acabar el plazo, cincuenta mil dólares. ¿Qué me dices?

—Estás loco —musitó ella—. Oh, Dios mío, ¡casi me atropella un loco!

Él, lejos de espantarse por sus desvaríos, sonrió ampliamente y estiró su mano.

—Me llamo Jayden Rowling y soy tu ángel navideño.

—¡Casi me atropellas!

—Bueno, los ángeles no somos perfectos.

—¡Estás loco!

—Estoy desesperado, que no es lo mismo. Vamos... ¿Acaso no acabas de quedarte sin trabajo? —dijo señalando todas sus cosas—. ¿Qué tienes que perder?

Molly lo miró atentamente y pensó en ello. ¿Estaría hablando en serio? Observó su coche, evidentemente caro, y se dijo a sí misma que no tenía por qué ser un estafador. Si iba a presentarle a su familia, estaba claro que le convenía que ella cumpliera su parte del trato. Pero ¿y si...?

—Quiero alguna prueba antes.

Él se encogió de hombros, sacó la cartera de su pantalón y, tras abrirla, extrajo una pila de billetes que hizo que Molly lo mirara con los ojos de par en par.

—Hay algo más de mil. En efectivo no tengo más, pero puedo darte hasta tres mil ahora y el resto al acabar el trato.

Molly tragó saliva. ¿Estaría hablando en serio? ¿Sería la solución a sus problemas? Con ese dinero podría dedicarse a buscar trabajo tranquilamente y...

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, vale, voy contigo, pero tienes que saber algo.

—Tú dirás.

—Soy creyente, así que, si me matas, me secuestras o haces algo indecente conmigo, mi espíritu no descansará hasta que tú no me acompañes al mismísimo infierno.

Él la miró con los ojos de par en par. Desvió su mirada por su pequeño cuerpo y torció una sonrisa.

—Nena, tienes estilo. Me gusta.

Se echó a reír y Molly tembló, no por frío, o no solo por frío, sino por lo surrealista de la situación. Subió al coche con él y, durante el camino, dejó que le hablara un poco de sus padres y su hermano. Al parecer, la fama de mujeriego de Jayden estaba empezando a sentar muy mal en el núcleo familiar, así que necesitaba parecer un buen chico en Navidad. Su misión era hablar maravillas de él y mostrarse enamorada. Pasaron por casa de Molly para que pudiera llenar una maleta con sus cosas y prosiguieron el camino. Se dijo que lo que Jayden le pedía no parecía difícil, pero cuando llegó a una inmensa casa y se vio dentro de un salón maravilloso y adornado con piezas evidentemente caras, las piernas volvieron a temblarle.

—¡Familia, estamos en casa!

—¿Estamos? —preguntó una voz femenina—. ¿Quiénes son “estamos”?

Molly vio aparecer a una mujer rubia impresionantemente guapa, pese a su edad, que clavó sus ojos azules en ella con cierta sorpresa. Tragó saliva. Aquel rostro le sonaba, pero no sabía bien de qué. Detrás de ella, un hombre joven, parecido a Jayden pero de aspecto un poco más serio, los miró como si hubiesen robado un banco.

—Molly, mi amor, te presento a mi madre, Selena, y a mi querido hermano mayor, Brayden.

—¿Mi amor? —preguntó Brayden con una ceja elevada.

—Molly es mi novia.

Su teléfono aprovechó ese momento para sonar insistentemente y él apretó los dientes. No era la primera vez que sonaba, se había pasado todo el camino haciéndolo. Al parecer, y según le contó el propio Jayden a Molly, tenía que deshacerse cuanto antes de una ex que aseguraba estar embarazada de él y amenazaba con publicarlo en todos los medios. Molly estaba tan abrumada que no preguntó a qué medios se refería ni por qué iban a estar interesados en publicar algo así de su vida. No lo entendió, al menos, hasta que entró en la estancia el único personaje que le quedaba por conocer de la familia.

—Oh, Dios mío. —Intentó no parecer una fan loca, pero era difícil—. ¡Eres Jack Star! ¡El mismísimo Jack Star!

El excantante de rock más importante de todos los tiempos (al menos para ella, que era superfan) la miró con una sonrisa deliciosa. Sus ojos pardos, su pelo castaño, aun con canas, su chaqueta de cuero... ¡Era guapísimo! Pese a que le sacara muchísimos años. Entonces volvió a mirar a la madre de Jayden y lo entendió todo. ¡Ella había sido supermodelo en su juventud! Dejó de ejercer para dedicarse a su familia, igual que Jack, que abandonó la música para ocuparse de sus hijos. Molly observó el modo en que todos miraban a Jayden pidiendo explicaciones, pero este se limitó a leer algo en su pantalla, morderse el puño y besar la sien de Molly.

—Mi vida, tengo que salir urgentemente a solucionar un... temilla, pero no te preocupes. Te dejo en las mejores manos.

—¿Qué? ¿Cómo...?

No pudo decir más. Jayden salió volando de la estancia y la dejó allí sola, frente a su famosísima familia, que la miraba como si fuera una aparición.

Molly



15 de diciembre

Faltan 10 días para Navidad

A Molly nunca le había gustado ser el centro de atención, por eso, cuando aquellos tres pares de ojos se posaron sobre ella, sus mejillas se encendieron como luces de Navidad.

Cogió aire, lo dejó ir despacio y, tras pedirles que la disculparan un momento, salió de la habitación buscando a Jayden. Se sentía extrañamente confusa, como si estuviera nadando entre la neblina de un sueño. La sucesión de acontecimientos que habían ocurrido en las últimas horas eran demasiado rocambolescas para ser ciertas: primero, había estado a punto de morir atropellada cuando su tacón se atascó en el agujero de una alcantarilla, después, el desconocido que había estado a punto de atropellarla le había ofrecido 50.000 dólares a cambio de fingir ser su novia frente a su familia y, por último, al llegar a la casa familiar, había descubierto que su padre era nada más y nada menos que Jack Star, la superestrella del rock de los 80 y los 90 cuyas canciones más populares se seguían escuchando en los bares, pubs y discotecas de todo el mundo.

Se pellizó para comprobar que, efectivamente, estaba despierta. Dolió, así que no le quedó mucha duda al respecto. Estaba despierta, en la casa de Jack Star y estaba buscando desesperadamente a su novio ficticio para que volviera con ella al salón.

Siguió el rumor de la voz de Jayden hasta el hall principal. Parecía estar manteniendo una conversación muy acalorada cuando lo alcanzó:

—Nena, no puedes hacerme esto. —Silencio—. Lo único que quieres es armar un escándalo para vender una exclusiva a la prensa. Me parece un comportamiento totalmente deleznable. —Un nuevo silencio, observó su mandíbula, tensionada—. No, Monique, no podemos vernos, no estoy en Los Ángeles, estoy en Nueva York, así que tendrás que esperar hasta Año Nuevo para hablar en persona. —Volvió a callar y soltó un suspiro profundo ante lo que fuera que estuviera diciendo su interlocutora—. No voy a coger un avión ahora. No, Monique, escúchame tú, si dices algo de eso a la prensa yo... —No terminó la frase, se pasó una mano por el pelo, nervioso y se giró, pillando a Molly espiando su conversación—. Vale, está bien, voy para allá. Y de mientras, haz el favor de mantener la boca cerrada.

Canceló la conversación con rabia y fijó sus ojos en Molly.

—¿Te vas? —preguntó Molly con sigilo.

—Sí, me voy, no tengo otra opción. Monique está dispuesta a montar un escándalo si no hago lo que me dice, así que me marcho a Los Ángeles.

—¿Monique es la modelo de la que me hablaste viniendo hacia aquí? —Jayden asintió con la cabeza—. Vale, comprendo. Entonces, entiendo que se cancela lo nuestro.

—¿Qué? No, por supuesto que no —dijo Jayden negando enérgicamente con la cabeza—. Lo nuestro sigue en pie. Cuando le diga a mi madre que voy a marcharme unos días va a ponerse como loca, necesito que te quedes aquí y la distraigas el tiempo que esté fuera.

—Pero...

No la dejó terminar, la cogió de la mano y la llevó de nuevo hacia el salón donde Jack Star, Selena y Brayden esperaban su regreso. Jayden tuvo razón al decir que su madre no se tomaría nada bien su marcha. Nada más decir que tenía que ausentarse unos días para solucionar un tema, esta arrugó el ceño y le recordó de forma dramática que ella solo pedía a sus hijos 10 días al año durante las fiestas navideñas, que no entendía por qué no podía solucionar ese tema en otro momento. Jayden no habló de Monique ni del escándalo en el que esta quería involucrarle, se limitó a decir que no podía postergarlo y, antes de marcharse, le aseguró que dejaba a su cargo a una digna sustituta: a Molly. Una Molly que no podía dejar de mirar fascinada al atractivo y carismático Jack Star. Podían haber pasado dos décadas desde que este abandonara los escenarios, pero seguía manteniendo el magnetismo de entonces.

Una vez aclarado el asunto, Jayden fue al coche a por la maleta de Molly, se la tendió, le besó suavemente la sien y se marchó rumbo al aeropuerto.

Selena le acompañó hasta la que sería su habitación aquellos días, que era la de Jayden, una habitación preciosa y enorme con un papel pintado elegante y una cama con dosel. Le dijo que podía instalarse mientras la esperaban abajo.

Sacó sus pertenencias de la maleta y bajó al salón minutos después. No pudo evitar escuchar la conversación que Selena estaba manteniendo con Brayden:

—Lo que no entiendo es por qué se larga y nos deja a esa aquí —oyó decir a Brayden en un tono que daba a entender lo poco que le gustaba tenerla en casa.

—Bray, por favor, sé educado. Es la novia de tu hermano y...

—Jay no ha tenido novia en su vida, mamá. Trabajo con él, ¿recuerdas? Y en todo este tiempo nunca me ha hablado de ninguna chica.

—Bueno, quizás haya querido mantener su vida privada en secreto.

Una risa amarga brotó de su garganta:

—Sería la primera vez, ¡si su vida privada es de dominio público!

Molly se quedó agazapada bajo el dintel de la puerta del salón. No quería interrumpir una conversación donde, a todas luces, Brayden dejaba claro que no era bienvenida en aquella casa.

—Brayden, tu hermano nos ha presentado a esa chica como su novia, así que no hay nada más que hablar. Ella se queda y tú vas a portarte con ella como el hombre cortés y educado que eres, ¿entendido? —dijo Jack de una forma tan tajante que no dio pie a una réplica.

Fue entonces cuando Molly decidió entrar en la sala con las rodillas convertidas en gelatina por miedo a ser descubierta en aquella farsa. Nada más verla, Selena ordenó a todo el mundo que se sentara alrededor de la larga y elegante mesa de la zona de comedor donde sirvió unas tazas con chocolate caliente y galletas.

Sonaba *Winter Wonderland* de Tony Bennet de fondo, y fue entonces cuando Molly reparó en la preciosa decoración navideña que daba un aspecto mágico a toda la estancia; guirnaldas, velas,

adornos de campanas, renos y copos de nieve, bolas de navidad con espumillón bajo las ventanas, muérdago colgado sobre el dintel de la puerta... Solo faltaba el árbol de Navidad para que aquello fuera perfecto.

Una conversación fluida acompañó el chocolate caliente que, en opinión de Molly, estaba delicioso. Selena resultó ser una anfitriona dulce y amorosa, que hacía las preguntas oportunas para no hacerla sentir incómoda. Le preguntó por sus orígenes, por su familia y su trabajo. Jack también intervino en la conversación, siempre con algún comentario ocurrente que la hizo reír. Sin embargo, Brayden permanecía callado. Solo se limitaba a mirarla con los ojos entrecerrados, dejando en evidencia que ella no le gustaba nada.

—¿Y cómo os conocisteis Jayden y tú? —preguntó Selena en un punto de la conversación.

—Pues... —Molly se maldijo por no haber inventado una coartada con Jayden en su momento. Carraspeó dándose algo de tiempo e inventó sobre la marcha—: En una biblioteca.

Frente a ella, Brayden soltó una carcajada sarcástica.

—Jayden no ha pisado una biblioteca en su vida.

—Pues lo hizo aquella vez —dijo Molly, empezando a cansarse de la mirada arrogante de Brayden.

Aquel hombre podía parecerse a Jayden en su físico imponente, pero estaba claro que carecía de algo que su hermano sí había demostrado tener: educación.

—Dudo que Jayden sepa leer.

—Bray, no hables así de tu hermano —le regañó Selena.

—No he dicho nada que no sea cierto. Se pasó toda la secundaria sin dar un palo al agua, y si no hubiera sido porque se le daba bien los deportes, dudo de que hubiera entrado en la universidad.

—Brayden, por favor... —rogó Selena, que por la forma en la que blanqueó los ojos parecía cansada de mediar con ese tipo de comentarios.

—Ahora entiendo por qué Jayden no quería hacer público lo nuestro —dijo Molly, cuadrando los hombros y cruzándose de brazos—. Temía que ocurriera justamente esto: que lo pusieras en duda y lo juzgaras como haces siempre. Y ahora, con vuestro permiso, necesito ir al baño.

Molly se levantó con la barbilla alzada y se marchó de la estancia sintiendo como todo su cuerpo temblaba. Había puesto demasiado dramatismo en su última intervención, pero la actitud de aquel hombre la había puesto de muy mal humor. Puede que tuviera razón al desconfiar de ella, pero su forma de hablarle había estado fuera de lugar.

Entró en el baño, un baño enorme y reluciente de acabados lujosos, se limpió la cara con un poco de agua y, cuando sintió que los nervios empezaban a abandonar su organismo, salió. Solo dio unos pasos cuando escuchó una voz tras de sí, sobresaltándola:

—Tú no eres la novia de Jayden.

Brayden



15 de diciembre

Faltan 10 días para Navidad

Iba a matarlo con sus propias manos. Lo despellejaría hasta que no quedara de él ni una gota de esencia. Adoraba a su hermano, sí, pero acababa de pasar todas las líneas. ¿Meter en casa a una desconocida para poder irse por ahí? ¿En qué diablos había estado pensando? Brayden miró los ojos castaños y sorprendidos de Molly, si es que ese era su nombre real. Tenía que reconocer que su hermano había elegido a una chica con un rostro precioso, casi angelical. El muy... sabía bien cómo engatusar a sus padres, pero no a él. Él estaba hecho de otra pasta. Una resistente a las mentiras de Jayden, al menos a las más descaradas. Aquella chica no era su novia. ¡Jayden no tenía novias! No lo había visto meterse en algo serio con una chica jamás. En cambio, lo había visto perderse entre las piernas de muchas, a veces en un número múltiple.

Ellos tenían una de las discográficas más prestigiosas de Nueva York. De EEUU, en realidad. Gozaban de fama, dinero y mujeres cuando quisieran, pero mientras que Brayden prefería ser discreto con sus aventuras, Jayden había hecho su vida de dominio público. Su hermano era tan bueno para detectar nuevos talentos, como para meterse en líos. Había tenido peleas y denuncias con paparazis, líos amorosos con supermodelos que luego se habían cabreado y soltado pestes, e incluso, en una ocasión, se vio envuelto en una detención por estar en una fiesta donde se soltaron animales salvajes. Algunos de ellos en peligro de extinción. A su favor había que decir que no tenía ni idea, pero es que Jayden poseía un don para estar siempre en el ojo del huracán. Allá donde hubiera un escándalo estaba su hermano. Brayden estaba harto desde hacía mucho, pero sus padres habían empezado a dar muestras de haberse cansado recientemente. Brayden dedujo al instante que Molly no era más que un intento de suavizar las cosas con ellos, por eso no se dejó impresionar por su discurso melodramático y la esperó a la salida del baño. Y por eso allí, en aquel instante, no sentía ni una pizca de remordimiento por enfrentarse a ella.

—¿Y bien? —preguntó Brayden—. ¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho. Soy Molly. Molly Sunderland.

Brayden elevó una ceja, divertido. Al menos habría parecido divertido, de no ser porque aquella situación no le hacía ninguna gracia.

—¿Molly Sunderland? —Soltó una risa seca y amarga—. Bonito nombre. Muy apropiado para una chica con tu físico. Ahora voy a preguntar de otra forma lo que yo quiero saber. ¿Cuál es tu nombre real?

—¡Ese es mi nombre real!

—Ya... —Se relamió, sintiendo cómo empezaba a perder la paciencia, y se acercó a Molly hasta que la tuvo pegada a la pared. Entonces colocó ambas manos a los lados de su cabeza y la miró entrecerrando los ojos—. Quiero saber cuál es tu nombre y cuánto te ha pagado mi hermano para que te unas a esta pantomima.

—¿Qu-qué?

—Ya me has oído. —El pánico brilló en sus ojos de tal forma, que Brayden supo que la había pillado, así que no se preocupó en sonar delicado—. Mi hermano ha caído tan bajo como para pagar los servicios de una... señorita de compañía, y quiero saber cuánto le ha costado, porque es probable que cargue la factura a la empresa.

Su cara de desconcierto dio paso a una de gran indignación. Era buena actriz, eso Brayden tenía que reconocerlo.

—¿Estás insinuando que soy una...? ¿Una...? —Entrecerró los ojos y, cuando Brayden sonrió, se las ingenió para alzar una mano y poner un dedo en su pecho—. Tú, Brayden Rowling, eres un ser despreciable.

—¿Yo? Cariño... no soy yo quien vende su cuerpo por unos cuantos de dólares. Dime: ¿Cuánto vas a costarme? O mejor aún: ¿Cuánto tengo que pagar para que te largues y nos dejes celebrar la Navidad en paz?

—Te estás equivocando muchísimo.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y un ramalazo de culpabilidad recorrió la espina dorsal de Brayden. Quizá se estaba pasando. Dio un paso atrás para darle espacio, pero seguía pensando lo mismo. A él no le gustaba avasallar a las personas, pero cuando era necesario, no dudaba en demostrar que nadie iba a reírse de él con facilidad. Podían jugársela, porque era humano, pero el que lo hiciera, lo acababa pagando, y Molly Sunderland no sería una excepción.

—Mira, no quiero hacer de tu vida un infierno, no es mi estilo. Lo único que quiero es que mi familia celebre la Navidad en paz. Mi madre es una fanática de estas fiestas y quiero que las disfrute al máximo, sin alguien extraño dando vueltas a su alrededor. Mucho menos alguien que ha sido pagado descaradamente y que...

—¡No soy una prostituta! —estalló haciendo rodar un par de lágrimas—. Y si lo fuera, no tendrías ningún derecho a insultar mi dignidad de ese modo. Pero el caso es que no lo soy. Soy Molly Sunderland, trabajo como publicista y tengo nociones de marketing. Soy una persona honrada que intenta ganarse la vida como puede y tu hermano es un ser maravilloso. —Se paró en seco, como si estuviera a punto de decir algo más—. Eso es todo lo que necesitas saber. Eso, y que desde ahora mismo estoy decidida a tenerte el mismo respeto que me has tenido tú a mí.

Brayden se impresionó por su discurso. Joder, era tan convincente que parecía real. Un aguijonazo de culpa se clavó en su pecho, pero se convenció a sí mismo diciendo que la culpa era de Jayden, que siempre tenía que estar metiéndose en líos.

—¡Oh! Estáis aquí. —Su madre apareció en el pasillo, y si se dio cuenta de la tensión que había entre ambos, disimuló bastante bien—. Venga, chicos, poneos los abrigos. ¡Tenemos que ir a por el árbol!

—¿Árbol? —preguntó Molly.

—Cada año hacemos una excursión para elegir el mejor árbol de nuestro hogar.

Su madre la guio hacia el salón, donde su padre los miró con una profundidad que venía a significar que sabía que ocurría algo, pero aún estaba pensando el qué.

—¿Te gusta la Navidad, Molly? —preguntó entonces su padre a la chica.

—Bueno... Me gustaba cuando era pequeña. Ya sabe, los regalos, la familia, la magia...

—Nosotros seguimos manteniendo vivo todo eso —dijo su madre con orgullo—. Cada año vamos a por el árbol, volvemos a casa y lo decoramos como cuando los niños eran pequeños. ¡Incluso hacemos guirnalda de palomitas! ¿Hay alguna tradición tuya que podamos agregar a nuestra familia este año?

—Mamá...

Brayden intentó frenarla, pero su madre se adelantó.

—Cariño, si Molly es la novia de Jayden, tiene todo el derecho a implantar sus propias tradiciones en casa. Después de todo, es la primera chica que tu hermano nos presenta. —Miró a Molly, cogió sus manos y las apretó con cariño—. Debes ser muy especial para él.

—No se imagina cuánto —murmuró Molly, un tanto consternada—. Respecto a las tradiciones... me adapto a lo que hagáis vosotros.

—Qué bonito —Brayden habló en tono irónico—. Es genial que puedas adaptarte tan bien a nuestra familia, ¿verdad? Casi como si fueras un personaje traído aquí para cumplir nuestras voluntades.

—Brayden, no seas desagradable —dijo su madre.

—Cariño, ¿de verdad no hay una tradición que podamos adoptar? Mi mujer se va a volver loca si no es así. —Su padre rio, intentando que Molly se relajara.

La susodicha miró a Brayden, carraspeó y luego, para su propia consternación, miró a sus manos y habló con la voz un tanto quebrada.

—La verdad es que está siendo una época complicada y, hasta hace un rato, ni siquiera pensaba celebrar la Navidad, así que... —Carraspeó de nuevo, intentando calmarse—. Me parecerá bien todo lo que decidan. De verdad, estoy muy agradecida de estar aquí hoy.

Brayden odió a Jayden en aquel instante. Lo odió por muchas razones: por no estar allí, por haber contratado a una señorita de compañía, una actriz o lo que quiera que fuera Molly, pero sobre todo lo odió porque, en aquel instante, viendo a Molly admitir aquello con lágrimas en los ojos, la parte de él que la veía como a una estafadora se apagó y solo quiso darle la mejor Navidad del mundo. Y eso... eso no se lo iba a perdonar a Jayden nunca.

Molly



15 de diciembre

Faltan 10 días para Navidad

El trayecto en coche hasta la tienda donde iban a comprar el árbol de Navidad fue corto, por suerte. Molly y Brayden habían tenido que colocarse en la parte trasera y, aunque había un asiento vacío entre ambos, Molly podía notar la mirada fija y desconfiada de Brayden puesta en ella de una forma tan intensa que el aire que los envolvía se había espesado hasta volverse dolorosamente insoportable. En el momento que Jack aparcó, Molly salió del coche como si el asiento quemase. No podía aguantar ni un segundo más compartiendo espacio con aquel tipo que la miraba como si la odiase.

Molly aún se sentía herida por los comentarios que le había hecho Brayden al salir del baño. Podía entender que no se fiara de ella, pero que la hubiera tildado de señorita de compañía, ¡a ella!, que siempre se había esforzado por ganar su propio dinero y ser autosuficiente... ¿Jayden iba a pagarle dinero para hacerse pasar por su novia? Sí. ¿Eso la convertía en prostituta? No. En mentirosa y farsante, quizás, pero en prostituta no. Nunca jamás hubiera aceptado aquel pacto de haber habido algo sucio o turbio de por medio.

Entraron en la tienda especializada en venta de árboles de Navidad, huyendo del frío y la nieve. Dentro, un Santa Claus les ofreció caramelos y chocolate caliente que Molly no dudó ni un segundo en aceptar. Por lo visto, el dueño de la tienda conocía a la familia Rowling de años anteriores, pues salió del despacho para recibirles y acompañarlos hasta un patio exterior de grandes dimensiones donde tenían colocados todos los abetos a la espera de ser comprados. Se llamaba Cliff Langdon, tal como anunciaba la chapa que llevaba en el bolsillo de su camisa. A pesar de estar en el exterior, un toldo cubría el espacio al completo evitando así que la nieve cayera sobre ellos.

—Veo que este año venís acompañados —dijo Cliff fijando su mirada en Molly—. ¿Acaso eres la chica de Brayden?

—¡¡No!! —exclamaron Brayden y Molly a la vez, dejando claro por su tono de voz que la simple idea era inconcebible.

—Es la novia de Jayden —explicó Selena cogiendo a Molly por los hombros con una sonrisa

dulce—. Va a pasar la Navidad con nosotros.

—Oh, vaya. ¿Jayden comprometido con una mujer? Eso es nuevo...

—Y poco creíble —musitó Brayden por lo bajo ganándose una mirada reprobatoria de Selena.

—Debes ser una chica muy especial para haber enamorado a ese granuja —prosiguió Cliff.

—Él me hace especial —dijo forzando una sonrisa angelical, ganándose con ese comentario que Brayden pusiera los ojos en blanco.

Después de eso, se dedicaron a pasear entre los árboles más grandes en busca del elegido. Mientras los miraban, Molly no pudo evitar acordarse de cuando ella iba con sus padres en busca del árbol navideño. Dejó de hacerlo cuando empezó la universidad y nunca había pensado en lo bonito que le parecía ese momento familiar hasta entonces, con los Rowling.

—Molly, este año te toca a ti elegir el árbol —dijo Selena.

—¿A mí? —Molly la miró sorprendida.

—Cada año lo elige uno de nosotros y este año le tocaba a Jayden, así que debes hacerlo tú en su nombre —explicó Jack guiñándole un ojo.

Molly asintió y tragó saliva sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Miró los árboles con atención, escudriñó varios y, cuando ya empezaba a verlos todos iguales, apareció el árbol perfecto: grande, frondoso, de un verde muy brillante. Pero tenía algo que lo hacía distinto, el rabito superior ligeramente desviado a la derecha. Le gustaban las imperfecciones dentro de la perfección, hacía las cosas únicas.

—Ese. —Señaló el árbol en cuestión y Selena a su lado sonrió.

Compraron pizzas de camino, cenaron al llegar a casa y se pusieron a montar el árbol al acabar. Tal como le había dicho Selena, prepararon guirnaldas con palomitas y decoraron el árbol al son de los hits navideños versionados por Jack Star que publicó en un recopilatorio durante su carrera musical. Molly tuvo que admitir que se lo pasó bien, incluso con Brayden mirándola de aquella manera, como si fuera el diablo en persona.

Aprovechó un momento de descanso para mirar el móvil, pero no tenía ninguna notificación nueva. Sus padres aún estaban en el avión, John seguía sin dar señales de vida desde el día anterior y Zoey, su mejor amiga desde la infancia que, al igual que ella había abandonado Nueva Jersey por Nueva York y que se había marchado 15 días a un pueblo llamado Lemonville de las profundidades de Alabama para conocer a los padres de su novio, tampoco le había escrito. Se preguntó qué le diría Zoey si supiera que estaba nada más y nada menos que con Jack Star, su ídolo durante la adolescencia. Le daría un síncope seguro.

Dios, tenía que contárselo. Era la única persona a la que podía contárselo con total seguridad porque le guardaría el secreto. Así que se ausentó de la sala con la excusa de hacer una llamada y se fue hacia la que sería su habitación aquellos días asegurándose de que Brayden no la seguía. Se lo imaginaba apoyando la oreja en la puerta para intentar escuchar su conversación. Por suerte, Selena lo tenía entretenido con algunos adornos navideños que quedaban por colgar.

Decidió hacer una videollamada. Abrió el aplicativo, buscó el contacto y llamó. Cuando su amiga respondió lo hizo con una limonada en mano, un pijama de limones que no le había visto en la vida y un pasador con un limón pequeño ajustado en su pelo moreno.

—Dime que me llamas para sacarme de aquí. La gente de este pueblo está loca.

Molly rio. Ya le había hablado por audios de wasap de las excentricidades de los habitantes de ese pueblecito que, por lo visto, estaban obsesionados por los limones.

—Se te ve bien.

—Si me obligan a tomar una limonada más, voy a mutar a amarillo.

—Serás un Simpson, entonces.

—Molly, los padres de Rider bendicen la mesa en cada comida. ¡En mi casa no se bendice la mesa desde que mi bisabuela murió en los años 90!

—¿El padre de Rider no es pastor? —pregunté haciendo evidente lo lógico de la situación.

—Sí, sí, en esta casa Dios está muy presente. El único normal es Carter, su hermano gay. Vivo con el miedo de que descubran que soy atea y que la última vez que fui a misa fue para dormir la mona porque no me veía capaz de llegar a casa de lo borracha que estaba.

Molly volvió a reír. Que alguien modosito como Rider se enamorara de una loca como Zoey sorprendía a primera vista. Luego, al verlos juntos, uno podía comprenderlo pues se complementaban a la perfección.

—Será interesante asistir a vuestra boda.

—Eso si algún día el muy gañán decide pedirme matrimonio. —Puso los ojos en blanco y luego zarandó la cabeza como si quisiera apartar esa idea de su cabeza—. En fin, perdón, estoy monopolizado la conversación. ¿Cómo estás tú, cielo?

—Bueno, pues tengo algunas novedades que contarte...

—Uy, qué sería te has puesto de golpe. Venga, arranca.

Molly carraspeó y le explicó todo lo ocurrido durante las últimas 24 horas. Aún no había tenido tiempo de explicarle la ruptura con John ni el despido, así que nada más nombrar estos dos hechos, Zoey empezó a soltar una ristra de improperios propios de ella que le hicieron sentir reconfortada. Zoey siempre lo conseguía. Después de eso, siguió con la segunda parte del relato: Jayden, su pacto y Jack Star. El rostro de Zoey se quedó lívido.

—Me estás tomando el pelo —musitó con los ojos muy abiertos.

Molly negó con un movimiento de cabeza, cogió el móvil para darle la vuelta y enseñarle la habitación de Jayden. Era enorme, tenía un piano a un lado, centenares de cd's en estanterías que ocupaban una pared entera, y la prueba definitiva de que esa era su habitación: una foto dentro de un marco plateado que Jayden tenía sobre la cómoda donde estaban los cuatro miembros de la familia.

—¿Es esto una broma? —volvió a preguntar Zoey, con los ojos azules muy abiertos, realmente alucinada. Al ver que Molly negaba con la cabeza de nuevo, la miró conmocionada— ¿Me estás diciendo que estás en casa de Jack Star? ¿El hombre con el que ambas soñábamos perder nuestra virginidad a los 16?

Molly enrojeció. Hacía mucho de aquello y era cierto que durante aquella época ambas habían soñado con eso, porque eran muy fans, pero ahora que conocía al Jack real y no el de su imaginación, y a Selena, su encantadora esposa, aquel pensamiento la incomodó.

—¿Podríamos olvidar eso? Ha llovido mucho desde entonces.

—Es que no puedo creer que estés hablando en serio. ¡Estás haciéndote pasar por la novia de Jayden Rowling!

—¿A qué viene tanto revuelo? —preguntó Molly sin comprender la forma en la que su amiga la miraba.

—Jayden y Brayden Rowling son los solteros de oro de la alta sociedad neoyorkina, ¿es que no lees las revistas de cotilleos? —Molly negó con la cabeza, había estado tan metida en su trabajo que no había tenido tiempo para perderlo en esas cosas—. Son los fundadores de Magic Stars, una de las productoras de música más famosas del momento. —Alzó las cejas sin comprender. Jayden le había explicado que tenía una discográfica con su hermano, pero había asumido que sería una

pequeña sin importancia—. Oh, vamos, tienen a los grandes artistas del panorama actual. ¿Te suena Axel Black?

Aquello sí captó su interés, porque le encantaba el grupo Black Planet y Axel Black era su líder.

—¿Son los productores de Axel Black?

—Y de muchos otros... —Zoey suspiró, como si no pudiera creerse que su amiga no supiera nada de eso—. Jayden suele liarla a menudo, encabeza muchos titulares con sus escarceos amorosos y trifulcas varias. Brayden, en cambio, es todo lo contrario: serio, responsable. En fin... Ya me gustaría estar en tu lugar, con lo buenos que están esos dos...

—Oh, Zoey, no es para tanto —dijo Molly blanqueando los ojos—. Además, te recuerdo que tú ya tienes pareja.

—Oh, mierda, tienes razón. Supongo que durante los próximos días me tocará vivir a través de ti mientras yo sigo encerrada en el paraíso del limón. —Hizo un mohín y Molly se carcajeó. Estaba convencida de que su amiga exageraba. Era imposible que existiera un pueblo tan excéntrico como el que describía—. Si consigues tirarte a uno de los dos hermanos no dudes en darme la primicia.

—Eso no va a pasar, acabo de romper con John, ni siquiera he podido asumir la ruptura. Además, Jayden no está y Brayden es... es... —En su cabeza sonaron las palabras "imbécil", "estúpido" y muchas otras parecidas, pero no logró decirlas en voz alta porque justo en aquel momento Rider apareció en el punto de visión de Molly, al lado de Zoey, con su sonrisa simpática de siempre.

—Hola, Molly, siento molestar, pero es que papá va a empezar la homilía en cualquier momento y solo falta Zoey.

Zoey puso cara de resignación, se despidió de Molly y esta cerró la aplicación sintiéndose un poco más confusa que antes de llamarla.

Cuando volvió al salón, Selena le abordó con algo de ropa entre las manos. Era un pijama navideño de color rojo, blanco y verde a conjunto con el que llevaban la propia Selena, Jack y Brayden.

—Era para Jayden, pero ya que no está, es para ti. Vamos a poner los capítulos navideños de *Friends* mientras nos tomamos otra ración de chocolate caliente con nubecitas. ¿Te cambias y te apuntas al plan?

Molly no pudo más que asentir, porque ¿había un plan mejor que ver *Friends* con un chocolate caliente entre las manos y un pijama navideño puesto? No, definitivamente era el mejor plan del mundo.

Brayden



17 de diciembre

Faltan 8 días para Navidad

Dos días después de la llegada de Molly, Brayden bajó los escalones del que fue su hogar de niño intentando, en vano, contactar con su hermano Jayden. Ese granuja ni siquiera se dignaba a cogerle el teléfono. ¿Cómo iba a echarle la bronca así?

Los días anteriores, contra todo pronóstico, no habían sido tan malos, pero eso no quería decir que tuviera el más mínimo interés en alargar aquella farsa de Molly durante todas las navidades. Su pensamiento se reafirmó cuando, al entrar en la cocina, encontró a la susodicha horneando galletas con su madre.

¡Era demasiado temprano para hornear nada!

—Oh, ¡buenos días! —exclamó Molly.

Brayden, simplemente, la miró mal. Su madre se quedó callada, sabiamente, y él se sirvió una taza enorme de café. Molly lo miraba con el cejo fruncido y un mohín en la boca que, aunque le costara admitirlo, era hipnotizante.

—Oh, no te lo tomes a mal, querida —dijo su madre a Molly—. Bray tiene un despertar horrible. Nadie puede hablarle hasta que ha tomado, al menos, una taza de café.

—¿Tan difícil es dar los buenos días?

—Sí, cuando llevas toda la vida siendo un adorable gruñón por las mañanas.

—Adorable y gruñón no son palabras que casen bien en la misma frase, me temo.

Su madre rio y Brayden ni siquiera se molestó en ofenderse. Era un hombre de costumbres fijas y no iba a pedir perdón por no querer abrir la boca antes de que el café entrase en su sistema. Era algo superior a él. De normal era serio, pero recién levantado mucho más. Había tenido parejas sexuales que habían intentado cambiar eso a base de buen sexo matutino, y lo había agradecido enormemente, pero, aun así, hasta no tomar la primera taza no había dicho gran cosa, por no decir nada. Era así y no tenía el mínimo interés en cambiar.

Su padre apareció cantando una versión de *Jingle Bell Rock* y Brayden fue consciente de cómo se iluminó la cara de Molly. Casi habría sonreído ante su admiración absoluta y nada disimulada,

pero la verdad es que todavía no llevaba ni la mitad de su taza. La tomó en silencio, mientras el olor a galletas y canela llenaban el ambiente y su padre seguía cantando. Cuando llegó al estribo tiró del brazo de su madre y la hizo bailar por toda la cocina. Las carcajadas de ella sonaron tan altas que apenas se oía la canción de su padre, pero a Brayden no le importaba. Estaba acostumbrado a verlos así y, aun así, era uno de sus mejores recuerdos. No lo había confesado en voz alta nunca, pero en silencio Brayden soñaba con algo así. Una mujer cálida y maravillosa entre sus brazos. Poder bailar con ella después de un día duro, o por la mañana, nada más tomar su taza de café. Cantarle, aunque su voz estuviera muy lejos de ser tan magnífica como la de su padre, hacerla sonreír y ¿por qué no? Acabar haciendo el amor en cualquier estancia de la que sería su casa.

No lo había confesado nunca porque era reservado y consideraba que esos sueños debían quedarse con él hasta cumplirse, pues si no lo hacían, no tendría que sentir la lástima de nadie. Tampoco pretendía engañarse. Era un hombre sumamente ocupado y las mujeres que se acercaban a él, por lo general, no tenían nada de cálidas. No era una crítica, desde luego, les gustaba precisamente porque eran pragmáticas y no se dejaban llevar por sentimentalismos. Observó de soslayo a Molly, que se limpiaba una lágrima disimuladamente. No, desde luego, Molly no se parecía en nada a las mujeres con las que había salido. Tampoco era en absoluto el perfil de mujeres con las que había salido Jayden. Y, aun así, de alguna enrevesada manera, se las ingeniaba para encajar a las mil maravillas en aquella cocina.

—¿Estáis listos para patinar esta tarde? —preguntó su padre cuando el baile acabó, besando la mejilla de Molly y guiñándome un ojo, inconsciente de que la mejilla de la chica se había puesto completamente roja.

—Lo estoy —dijo, abriendo la boca por primera vez. Miró a Molly—. Buenos días.

—Oh —pareció desconcertada, pero aun así sonrió un poco—. Buenos días, bienvenido al mundo de los vivos.

Eso lo hizo sonreír. Tenía que reconocer que Molly se adaptaba bien a su modo de hacer vida.

—¿Y bien? ¿Has traído patines, Molly? —preguntó su padre.

—Oh, no tengo patines.

—¿Y Jayden no te avisó de que cada año patinamos en el Rockefeller Center? —Su madre pareció megasorprendida.

Brayden no se sorprendió. Aquella chica no era novia de Jayden. Los motivos por los que estaba allí fingiendo tal cosa no los sabía, pero no era su novia y podía apostar miles de dólares sin un ápice de duda. Aun así, como no quería empezar el día cabreado, decidió interceder.

—Debemos tener varios viejos de cuando éramos niños, imagino que algún par se adaptará a tus pies.

—Oh, mucho mejor que eso, tengo algunos que ya no uso y seguramente se te ajusten mejor —intercedió su madre.

Molly sonrió, agradecida pero un tanto nerviosa. Brayden no entendía bien por qué, hasta que llegaron por la tarde a la pista y la vio intentar, en vano, separarse de la valla sin caerse.

Aguantó la risa como pudo, porque la pobre estaba pasándolo visiblemente mal, pero era tan cómico verla patinar como un patito recién nacido que a duras penas podía contenerse.

—Es tu cuñada, cielo —dijo su madre en un momento dado, acercándose a él—. Ayúdala o no conseguirá recorrer más de un metro sin caerse.

—¿Por qué yo? —Brayden fue consciente de que sonó como un niño pequeño.

—Es la novia de tu hermano y tu padre y yo vamos a practicar nuestra danza sobre hielo.

Puso los ojos en blanco, en realidad, imaginaba que no querían ser reconocidos ni llamar la atención, y Molly era con toda probabilidad la chica que más llamaba la atención de la pista, y no para bien, precisamente.

Se acercó a ella con cierto pesar, rodeó su cintura con un brazo, sobresaltándola y le sonrió de lado.

—Voy a intentar que salgas viva de esta, ¿de acuerdo? Y si de paso consigo que disfrutes un poco, vas a tener que preparar tú el chocolate caliente de esta noche. Querré el mío con nubes extras.

Ella pareció tan desconcertada que no dijo nada. Brayden la ayudó a patinar poco a poco, acompañando sus zancadas a las de ella, aunque eso supusiera que sus largas piernas protestaran. Molly empezó a coger confianza poco a poco y, tras media hora aproximadamente, se soltó de sus brazos y recorrió unos metros con un equilibrio más o menos decente. No bueno, en absoluto, pero sí decente. Brayden rio y le chocó las cinco para celebrarlo. Ella lo hizo con tantas ganas que volvió a caer y esta vez él no pudo aguantar la carcajada. La levantó sin esfuerzo, la volvió a acoplar a su costado y, de la nada, le asaltó el pensamiento de que encajaba como pocas personas lo habían hecho entre sus brazos.

Carraspeó, se dijo a sí mismo que llevaba demasiado tiempo en la pista y propuso volver a casa. Su humor se torció un poco, pero intentó que no afectara a Molly. Después de todo, ella no tenía la culpa de que su cabeza hubiese empezado a sugerir cosas del todo inapropiadas...

Molly



17 de diciembre

Faltan 8 días para Navidad

Molly salió de la ducha con todos los músculos de su cuerpo doloridos. Incluso le dolían músculos que ni siquiera sabía que existían. Patinar sobre hielo había resultado extenuante. Y divertido. Hizo una mueca contrariada mientras se enfundaba otro de los pijamas navideños que Selena le había regalado durante su estancia allí, este con la cara de un reno dibujada en la camiseta de manga larga. Nunca hubiera dicho que patinar con Brayden fuera una experiencia gratificante. De hecho, nunca hubiera dicho que pasar tiempo con Brayden sin tener ganas de arrancarse la piel a tiras fuera posible. Teniendo en cuenta lo poco que había conectado con él durante los dos días que llevaba en casa de los Rowling (o de los Star, como los conocía todo el mundo), que Brayden hubiera decidido enseñarle a patinar sobre hielo había sido... inesperado. Inesperado pero bonito.

Notó algo en el vientre, algo parecido a un hormigueo, al pensar en Brayden y aquella tarde de patinaje en el Rockefeller Center: el árbol de Navidad de fondo, las luces de la ciudad envolviéndolos y los copos de nieve que habían empezado a caer poco antes de regresar a casa. Había sido una tarde estupenda. Incluso los comentarios irónicos e incisivos de Brayden, que solían sacarla de quicio, le gustaron.

Mientras se secaba el pelo se preguntó dónde demonios se habría metido Jayden. Había intentado contactar con él aquellos días en el número de móvil que este le había dado antes de partir, pero no había tenido éxito. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

Una vez con el pelo seco, cogió el móvil y comprobó las notificaciones. Tenía varios mensajes de Zoey explicándole sus aventuras y desventuras en el pequeño pueblo natal de Rider y un audio larguísimo de su madre explicándole lo bien que lo estaba pasando en Hawái. Respondió los mensajes y bajó al salón donde la cena ya estaba servida.

Cenaron envueltos en una conversación agradable y, al terminar, se ofreció a preparar el chocolate caliente que acompañaría a las galletas de jengibre que habían decorado la noche anterior todos juntos, cumpliendo así con el trato que aquella tarde había hecho con Brayden. Selena se ofreció a ayudarla. Mientras se deshacía la tableta de chocolate negro dentro de una

cazuela con leche caliente, el ambiente entre las dos se volvió íntimo, confidente. Molly pensó que era fácil sentirse cómoda con Selena. Era una de esas personas que conseguían crear un aura magnética a su alrededor, con una sola sonrisa te hacían sentir su mejor amiga.

—Molly, cariño, ¿te sientes cómoda con nosotros? —preguntó Selena de golpe, observando cómo Molly removía la cuchara de madera donde el chocolate empezaba a espesar.

—Mucho, ¿por? —Desvió la mirada hacia Selena elevando con suavidad una ceja.

—Para mí es importante saber que te sientes integrada en nuestra familia. Sé que Brayden puede ser a veces un poco...

—¿Cretino? —La forma en la que Molly dijo aquello hizo que una risita escapara de la garganta de Selena

—Iba a decir emocionalmente inaccesible, pero supongo que desde fuera puede parecer un cretino, sí. Lo que quería decir es que, a pesar de llevar una coraza de piedra y esconderse tras mil muros, Bray tiene el corazón blandito. Aprenderá a quererte como ya te queremos nosotros. Te aceptará, ya verás. —Besó su cabeza con cariño y, en aquel momento, Molly se sintió mal. Por mentirle, por fingir ser alguien que no era. Estuvo a punto de rendirse y doblegarse a la verdad, pero el miedo a decepcionarla la detuvo.

Selena le pidió que esperara un momento y regresó segundos después con una colcha entre las manos que desplegó frente sus ojos. Era una colcha hecha con retales de tela y en cada retal había bordada una estrella con más o menos gracia.

—Esta colcha la empezó Jack la Navidad en que nos conocimos. Yo no estaba segura de que lo nuestro fuera a durar, por aquel entonces él era un rockero famoso, y ya se sabe la fama que tienen los rockeros, ¿verdad? —Sonrió nostálgica, como si estuviera pensando en aquella época—. Él, en cambio, estaba seguro de que lo nuestro duraría toda la vida, y tan seguro estaba que vino a buscarme a casa el día de Navidad con un trozo de tela en el que había bordado una estrella —Le enseñó la primera estrella, con un bordado un poco caótico, pero no por ello menos especial—. Cuando le pregunté qué era, me dijo: “Ahora solo es un trozo de tela con una estrella mal bordada, pero en unos años espero que sea el lienzo que trace el trayecto de nuestra vida conjunta. Bordaremos una estrella nueva por cada nueva Navidad juntos”.

Molly tragó saliva sintiendo como la emoción se le encajaba en la garganta.

—Es una historia... preciosa.

—Lo es, supongo que ese día supe que Jack iba a convertirse en el hombre de mi vida. ¿Quién puede resistirse a eso? —Molly no respondió. Estaba segura de que nadie podría resistirse al Jack Star de su adolescencia en un contexto como ese—. El caso es que había pensado que este año, la estrella la bordaras tú.

—¿Q-Qué? —balbuceó intimidada por la propuesta.

—Eres la novia de Jayden, ya formas parte de nuestra familia y me gustaría guardar un pedacito de la primera Navidad que has pasado con nosotros.

Volvió a tragar saliva. De nuevo, se sintió mal y, por primera vez desde que había llegado a casa de los Rowling barra Star, sintió deseos de que lo suyo con Jayden fuera real y no parte de un trato.

—Pe-pe-pero... No sé, yo no cr-creo que sea bue-buena i-idea —tartamudeó, incómoda. Se maldijo al instante, siempre tartamudeaba cuando se ponía nerviosa.

Escuchó una risotada procedente de la puerta de la cocina y se encontró con los ojos de Brayden puestos sobre ella con un brillo lleno de malicia.

—¿Qu-qué pa-pasa? ¿No sa-sabes ha-blar? —preguntó riéndose descaradamente de su

tartamudeo.

Molly sintió como las mejillas se encendían ante sus palabras y una punzada de dolor le atravesó el pecho, allí donde guardaba uno de los recuerdos más dolorosos de su niñez.

—¡Brayden! No seas grosero —le reprendió Selena. Luego se dirigió a Molly, mirándola con esa dulzura que la caracterizaba—. No le hagas caso, él...

—No le disculpes, Selena —dijo Molly sacando el chocolate ya espesado del fuego. Clavó su mirada herida en Brayden—. Está claro que antes te equivocabas. Él nunca me aceptará en vuestra familia —murmuró bajando la voz—. Y respecto a la colcha, no creo que sea buena idea que yo borde una estrella en ella, es algo demasiado íntimo, algo que pertenece solo a vuestra familia.

—Pero Molly...

—Vayamos a tomarnos el chocolate antes de que se enfríe.

Sin esperar respuesta, repartió el chocolate en cuatro tazas, les añadió nubecitas y se dirigió hacia el salón pasando por el lado de Brayden sin ni siquiera mirarlo. Todo lo bueno que habían construido aquella tarde pareció desvanecerse como una pompa de jabón explotando en el aire.

No le perdonaría nunca que se hubiera reído de su tartamudez. Nunca.

Brayden



17 de diciembre

Faltan 8 días para Navidad

La culpa pellizcaba el interior de Brayden de un modo extraño. Extraño, porque él no era el más dado a prestar atención a ese tipo de sentimientos. Desde que fundó la empresa con su hermano siempre había sido el pragmático de los dos. No le gustaba decir que era frío, pero sí que pensaba con la cabeza. A menudo se enorgullecía de no dejarse llevar por las emociones, como sí hacía Jayden.

Él era objetivo, no se dejaba dominar por sentimentalismos. Sin embargo, allí estaba, sintiendo que había metido la pata hasta el fondo. Y lo cierto es que, lo creyeran o no, no se había reído de Molly con la intención de hacerle daño. Se dio cuenta, tarde, de que ese había sido el resultado cuando la vio sostener la taza entre las manos durante largos minutos sin dar un sorbo. Conocía poco a Molly, pero algo le decía que pocas cosas conseguían que ignorara un buen chocolate caliente. Sus padres pensaban como él, o eso dedujo de la mirada asesina que le dedicó su madre y el chasqueo desaprobatorio de su padre. Tanto fue, que cuando se marcharon a dormir, poco después de acabar sus tazas, Brayden decidió que debía pedir disculpas, estuviera o no arrepentido. Lo estaba, pero también pensaba que no había sido para tanto.

—Oye... —empezó diciendo—, no pretendía ser desagradable.

—Brayden, no te ofendas, pero dudo mucho que sepas ser agradable.

Aquello le ofendió, pero procuró disimular su malestar. El motivo por el que le importaba lo que pensara alguien como Molly era un misterio.

—Solo me hizo gracia que te pusieras tan nerviosa como para tartamudear.

—De pequeña era tartamuda. —Lo dijo tan rápido y bajo que a Brayden le llevó unos segundos comprender el significado de aquello. Entonces, el agujero que sentía en el pecho se agrandó hasta hacerle salivar—. Se reían de mí constantemente porque tenía un grave problema de tartamudez. Estuve en un logopeda que me ayudó un poco, pero al final fue un psicólogo el que consiguió ayudarme con mi pánico a llamar la atención o ser el centro de burlas. —Lo miró desafiante—. He pasado por mucho para ganar cierta seguridad en mí misma, pero reconozco que todavía hay veces, cuando me encuentro con tipos insensibles y fríos como el hielo que no tienen el menor

problema en reírse de los demás, que me cuesta.

—Dios, Molly, lo siento. Yo no tenía ni idea y...

—No tener ni idea no te da derecho a reírte de lo mal que lo está pasando una persona. Tu problema y el de la mayoría de la gente es que pensáis que tartamudear es gracioso, pero no lo es. No tienes ni idea de lo duro que es querer decir algo y que ni la voz, ni las palabras, parezcan acompañarte. No tienes ni idea de lo que es que un grupo de niños se rían de ti por algo que no controlas.

Se imaginó a Molly de niña. Sus dulces ojos castaños empañados en lágrimas por un montón de críos insensibles y cabrones que no tenían la más mínima consideración y... Y se habían portado justo del mismo modo que lo había hecho él. La diferencia, es que él ni siquiera podía excusar su comportamiento en la inmadurez. Había sido cruel solo porque se había convencido de que Molly estaba allí dispuesta a recibir todos sus ataques verbales sin poner resistencia. Aún creía que no era la novia de su hermano, pero una parte de él había empezado a pensar bien de ella. No sabía cómo había llegado a sus vidas, pero intuía que Molly no era una mala persona.

—No tenía ningún derecho a hacerlo y te pido perdón. Lo haré todas las veces que sea necesario. Hasta que me perdones.

—¿Y si no lo hago?

—¿Y por qué no ibas a hacerlo? Me estoy disculpando.

Molly rio, y esta vez no pareció ser una risa mala.

—Eres tan arrogante que das por hecho que voy a perdonarte sin más, ¿no?

—Soy práctico.

—Arrogante —repitió, pero su voz seguía siendo risueña—. Está bien, puedo perdonarte si...

—Bien.

—No he acabado. —Elevó una ceja y Brayden no pudo evitar pensar lo guapa que estaba—. Decía que puedo perdonarte si me cuentas algo vergonzoso de ti.

—Eso es un problema. Creo que nunca me ha ocurrido nada vergonzoso.

—Oh, Dios, eso sí que es arrogante. —Su risa llenó el salón y Brayden, lejos de sentirse ofendido, sonrió con ella—. Tiene que haber algo. ¿Te hiciste pis hasta los siete?

—No, y de haber sido así, igual que el tartamudeo, no sería una opción reírse de ello.

—Por supuesto, me alegra que lo entiendas.

Brayden sonrió, rebuscó en sus recuerdos y dio con algo que, si bien no era una vergüenza para él, sí dejaba ver otra parte de su personalidad.

—Dormí con mis padres hasta bastante mayor.

—¿Cuánto es bastante mayor? —preguntó con curiosidad.

—Nueve años. Y solo me pasé a mi cama porque mi madre me dio un jersey suyo al que cada noche ponía su perfume. No podía dormir de otro modo. Su olor era lo único que calmaba mis miedos. —Molly lo miró de un modo extraño—. ¿Y bien? ¿Estoy perdonado?

—Bueno, no consideraría eso algo vergonzoso, sino entrañable, pero aun así... supongo que no puedo odiar a alguien que quiere tanto a su madre.

—Vaya, gracias —contestó riendo entre dientes.

—Cuéntame más.

—De eso nada. Te toca a ti.

—¿No te parece suficiente saber que fui tartamuda?

—Quiero más.

Aquella frase hizo que ambos se mirasen a los ojos. Las luces del árbol brillaban, la noche se

colaba por la ventana y los copos caían en el exterior, recordándoles que estaban viviendo la época más especial del año.

—Odiaba el rosa porque me hacía destacar, pero ahora me encanta.

—No me gustan los deportes, pero finjo que sí porque en los negocios siempre es un tema actual.

—La música country me ablanda casi tanto como la navideña.

—Odio el pescado, pero aquí me lo como por no discutir con mis padres.

—No me gusta la playa, aunque digo que sí solo para que no me llamen rara.

—Me encanta hacer puzles, pero tampoco lo digo, por el mismo motivo que tú.

Se miraron fijamente a los ojos, en silencio, y los dos se echaron a reír. No lo habían dicho expresamente, pero aquello que estaban viviendo era una tregua y ambos lo sabían. Lo que no sabía Brayden era hasta cuándo podría mantenerse. Tampoco iba a preguntárselo en aquel instante. Se conformaba con vivir el momento, por típico que sonara.

Hablaron de lo que para otros serían tonterías. Hicieron confesiones íntimas y absurdas y, en algún punto de la noche, Molly se quedó dormida. La observó mientras la música navideña seguía sonando a un volumen muy bajo. Su cabello caía por su mejilla, como si intentara arroparla, sus labios mullidos y rosados no perdían su color ni siquiera así, mientras reposaba, y su respiración era tan tranquila que le dio pena despertarla, así que se levantó, la cogió en brazos y, cuando ella protestó un poco, deseó, sin saber bien por qué, que no se despertara o le impidiera llevarla hasta su cama.

La subió por las escaleras, la llevó al dormitorio y la depositó en la cama como quien dejaba en una mesa una copa del cristal más caro del mundo. La tapó, la observó unos instantes y se dijo dos cosas a sí mismo: la primera, era que seguía dudando que aquella mujer fuera novia de Jayden. La segunda, era que no sabía si seguía afirmando eso con pruebas o porque algo dentro de él ardía al pensar que Jayden podía hacer daño a alguien como Molly.

Decidió que era demasiado tarde para pensar en cualquiera de las dos vertientes, así que se fue a su dormitorio, se desnudó e intentó descansar y prepararse, porque estaba seguro de que el día siguiente estaría tan lleno de intensidad como ese.

Molly



19 de diciembre

Faltan 6 días para Navidad

Molly miró la nieve caer a través de la ventanilla del coche sintiendo la chispa de la emoción prendida en su estómago. Sonaba [*Santa Claus Is Coming To Town*](#) de Matt Belsante haciéndolo todo más mágico. Aquella era la primera vez que visitaba New Hampshire, y algo le decía que aquella escapada de fin de semana con la familia Rowling-Star iba a ser inolvidable.

El día anterior, antes de la cena, mientras decoraban galletas de jengibre, Selena le había dicho que, a la mañana siguiente, todos partirían hacia una cabaña de propiedad que tenían en la montaña.

Cuatro días. Cuatro días habían bastado para que Molly se sintiera un miembro más de aquella familia. Al principio, las borderías de Brayden habían sido un impedimento para que aquel sentimiento arraigara, pero desde el episodio de su tartamudeo y sus confesiones posteriores, algo había cambiado entre ellos. Puede que Brayden siguiera siendo un poco seco y un poco borde en ocasiones, pero se esforzaba en suavizar el tono con ella y eso de por sí ya era un avance. Además, entre ambos había nacido algo nuevo, una especie de complicidad que le gustaba y le hacía sentir cómoda. Por no hablar de ese cosquilleo que a veces aparecía en su estómago sin avisar cuando sus miradas se encontraban. Un cosquilleo que ascendía hasta su pecho y sonrojaba sus mejillas y que ella cada vez se esforzaba más por ignorar.

La cabaña de la que Selena le había hablado se encontraba en medio de las montañas Blancas. Cuando llegaron, una “o” enorme se dibujó en los labios de Molly. Si la casa en el Soho era increíble, aquella cabaña de madera en medio de las montañas nevadas era como aterrizar de lleno en un cuento de hadas. Se trataba de una cabaña preciosa, donde la tradición y la modernidad convivían en plena armonía. La planta inferior constaba de un espacio abierto con un salón comedor de grandes dimensiones con cocina abierta e isla. Una de las paredes del salón era de vidrio, por lo que desde allí podía verse aquel paisaje tan abrumador. Además, antes de que ellos llegaran alguien se había encargado de encender la calefacción y la chimenea frente al enorme sofá mullido de color chocolate, y daban ganas de tirarse en él para comprobar si era tan cómodo como parecía.

—Quiero quedarme a vivir en este lugar para siempre —musitó Molly admirando cada rincón de aquel lugar.

—¿Verdad? A mí me gusta venir cuando necesito desconectar. Es un buen lugar para desaparecer y olvidarse de todo...

Molly pensó que, además, aquel lugar era perfecto para una escapada romántica. Era tranquilo, bonito y seguro que hacer el amor frente a la chimenea era muy sexy. Seguro que Jayden y Brayden llevaban allí a sus conquistas. Por unos instantes, la imagen de Brayden desnudo iluminado por las llamas de la chimenea se coló por su mente. Tragó saliva con fuerza apartando ese pensamiento de una patada. Pensar en Brayden desnudo era muy mala idea, porque ella era la novia de Jayden. De mentira, pero tenía que fingir que era de verdad, por mucho que cada vez le costara más sustentar aquel engaño.

—Bray, cielo, enseña a Molly dónde está su habitación —dijo Jack sacándola de aquella línea de pensamiento.

Brayden asintió y le pidió que lo siguiera escaleras arriba. De nuevo le dieron la habitación de Jayden, que era espectacular y que tenía una pequeña terraza con vistas a las montañas.

Tras instalarse, volvieron a bajar a la planta baja donde Jack y Selena descansaban abrazados en el sofá. Molly sintió una punzada de envidia. Durante los años que había salido con John, nunca llegó a tener con él una relación tan cariñosa como la que Jack y Selena tenían a pesar de llevar muchas décadas casados.

—Chicos, ¿os importaría bajar al pueblo a hacer la compra para el fin de semana? —preguntó Selena, con una de esas sonrisas que hacían inevitable decir sí.

Volvieron a ponerse los abrigos y salieron hacia el exterior. En aquel momento, había dejado de nevar. Subieron al coche y se dirigieron al pueblo más cercano sumidos en un cómodo silencio mientras escuchaban villancicos. Al llegar al pueblo, Molly sonrió. Era uno de esos pequeños pueblos con encanto que suelen ilustrar las postales navideñas donde calles y tejados estaban cubiertos de nieve. A eso había que sumarle la decoración navideña que reinaba en cada rincón dándole un aspecto mágico.

Entraron en el único supermercado del pueblo. Una mujer que llevaba su pelo canoso recogido en un moño tirante fue inmediatamente a saludar a Brayden de forma afectuosa. Molly observó con cierto asombro la forma en la que Brayden respondió a aquella mujer, que se presentó como Lisa, la dueña del comercio, con una enorme sonrisa y un tono dulce impropio en él. Cuando la mujer regresó a la caja y ellos se alejaron por un pasillo cesta en mano, Molly alzó las cejas y le miró perspicaz.

—Vaya, vaya, Brayden Rowling puede ser un encanto cuando se lo propone.

—Soy un encanto.

—No siempre, al menos no conmigo.

Brayden sonrió de medio lado ante ese comentario mientras cogía unas cuantas cosas de una estantería.

—No necesitas que yo sea un encanto contigo, para eso ya tienes a Jayden —dijo en tono jocoso. Siempre usaba ese tono cuando hablaba de Jayden, y eso repateaba a Molly sobremanera.

Durante varios minutos caminaron en silencio. Brayden cogía todo tipo de productos de aquí y de allá sin ni siquiera fijarse en el precio y aquello dibujó una sonrisa taimada en el rostro de Molly.

—Tiene que ser fácil ser un Rowling.

—¿Por? —Brayden la miró de reojo mientras cargaba la cesta con tres botellas de vino de

precio desorbitado.

—Yo nunca podría hacer la compra con tu despreocupación.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Mi madre me enseñó de muy pequeña a comparar precios y productos cuando íbamos al súper. Y a usar vales de descuento. ¿Botellas de vino de 150 dólares? —Señaló las botellas recién colocadas en la cesta y fingió un escalofrío—. Inconcebible.

—¿Provienes de una familia humilde? —Brayden la miró con interés.

Molly asintió con la cabeza mientras deslizaba la yema de sus dedos por el ribete dorado de las letras de una de las botellas en cuestión.

—Mi madre es maestra en una escuela pequeñita y mi padre encargado de la sección de electrodomésticos de un Walmart. Nunca hemos pasado estrecheces económicas, pero tampoco hemos tenido grandes lujos.

—¿Eres hija única?

Molly volvió a asentir.

—Mi madre lo pasó tan mal con el embarazo y el parto que mandó a mi padre a hacerse la vasectomía a la semana de haber nacido.

—Entiendo. —Brayden se quedó en silencio unos segundos y añadió, escueto—: No.

—No ¿qué? —preguntó Molly sin comprender.

—No es fácil ser un Rowling. Respondía a tu afirmación de antes.

Aquello sorprendió a Molly, que lo miró extrañada mientras pesaba unos tomates en la báscula de la zona de la verdulería.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Puede que no sepa lo que es tener problemas económicos, pero ser hijo de Jack Star tampoco es tan maravilloso como puede parecer desde fuera. La gente espera cosas de ti por el simple hecho de tener los genes que tienes. Cuando Jayden y yo empezamos a destacar con la guitarra y el piano, o por nuestras voces, todo el mundo nos decía que teníamos que seguir el camino de nuestro padre. Por no hablar de las irremediables comparaciones... Queramos o no, Jayden y yo estamos condenados a vivir bajo la sombra de la leyenda que sigue siendo hoy en día Jack Star, la superestrella del rock.

Brayden se calló de pronto, como si acabara de ser consciente de que estaba hablando demasiado. Molly, en cambio, lo miró fascinada, empezando a entender lo que se escondía bajo la piel de ese hombre algo tosco que hacía solo cuatro días que conocía.

—Nunca lo había visto de ese modo.

—No me malinterpretes, papá es la persona que más admiro en este mundo. Es fiel y leal como pocos hombres existen, y como padre es... el mejor. Es mi modelo de persona a seguir... Pero ser su hijo significa tener que cumplir ciertas expectativas.

Llegaron a la caja y Molly decidió guardarse todas las preguntas que bullían en su interior para otro momento. Brayden pagó, embolsaron la compra y regresaron a la cabaña sumidos en un nuevo silencio que ninguno de los dos fue capaz de romper hasta su llegada.

Al día siguiente, Molly se despertó con el rumor de pasos y golpes en la planta baja. Estaba muerta de sueño; la noche anterior se había quedado hasta tarde viendo películas navideñas con todos. Al salir de su habitación, se encontró a un Brayden adormilado que, como ella, parecía

extrañado por aquel estrépito matutino.

Uno seguido del otro, bajaron las escaleras hasta la planta baja donde se encontraron a Jack y Selena vestidos y listos para partir.

—¿Dónde vais tan temprano? —preguntó Brayden frunciendo el ceño.

—Volvemos a la ciudad. Ha surgido un contratiempo y no podemos quedarnos hasta mañana —dijo Selena besando la mejilla primero de Brayden y después de Molly.

Fue entonces cuando Molly reparó en las maletas frente a la puerta principal.

—¿Cómo que os marcháis? ¿Y nosotros? —preguntó Molly un poco alterada. El cerebro le funcionaba a mil por hora. ¿Selena y Jack querían marcharse y dejarla sola con Brayden? —. Vinimos en vuestro coche.

—No te preocupes por eso, cielo, hemos mandado a un chico del pueblo para que venga a recogernos y nos lleve a Nueva York.

—Pero... —protestó Brayden que también parecía un poco confuso.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Era el chico del pueblo. Con una enorme sonrisa, Selena y Jack cogieron las maletas, se despidieron zarandeando los brazos y cerraron la puerta tras de sí. Brayden y Molly, aún con las marcas de las sábanas en su rostro, se observaron de reojo.

Algo dentro de Molly se agitó ante la perspectiva de pasar un día entero, noche incluida, con Brayden. Algo acompañado de ese maldito cosquilleo que ascendió por su estómago hasta su vientre. Oh, oh, se lamentó Molly al ver como la sonrisa cohibida de Brayden se abría paso en sus labios robándole un latido, estaba a punto de meterse en el mayor embrollo de su vida.

¿Lo peor de todo? Estaba deseándolo...

Brayden



20 de diciembre

Faltan 5 días para Navidad

Brayden miró de reojo a Molly. Su pelo, liso por lo general, estaba disparado en varias direcciones y especialmente enredado en su nuca. Tenía una marca en la mejilla de la sábana y su pijama era enorme, porque era con diferencia la más pequeña de la familia.

Se sorprendió al descubrir que acababa de pensar en ella como parte de la familia. Todavía no estaba convencido de que fuera novia de verdad de Jayden, pero se dio cuenta de que no estaba seguro de qué le molestaba más: que lo fuera, o que no.

Decidió que lo mejor que podía hacer para no pensar en esas cosas era distraerse. Tenían un día entero por delante para estar juntos y si no ponían de su parte se haría interminable. Ya había metido la pata con el tema del tartamudeo y no quería hacerlo de nuevo, así que se rascó la frente y le sonrió con amplitud y sinceridad.

—Reavivamos la chimenea, desayunamos chocolate caliente con galletas y nos tiramos a ver pelis o jugar. ¿Qué te parece el plan?

—Solo lo mejoraría un gran cubo de palomitas.

—Tenía pensado incluir eso en la tarde. Para la segunda sesión.

Molly rio y se pusieron manos a la obra. Desayunaron un par de galletas cada uno y cogieron sus tazas para trasladarse al salón. En principio pensaron sentarse en el sofá, pero Brayden sacó un juego de cartas y se sentó sobre la alfombra, junto a la mesa pequeña.

—¿Cómo se te da el póker?

—Mejor que a ti, seguramente —contestó ella resuelta.

—Habrá que verlo —contestó Brayden riendo.

Se sentaron con sus tazas, comenzaron a jugar y se dio cuenta, con regocijo, que ella sí que sabía jugar bastante bien, pero no tanto como él.

—Tendríamos que haber apostado dinero —dijo Brayden después de un rato—. Me haría de oro contigo.

Molly, lejos de ofenderse, le sacó la lengua de una forma adorable, arrugando su naricilla de

duende. La música navideña no dejaba de sonar de fondo, el calor en casa era tan agradable que ninguno de los dos se había quitado el pijama. Brayden jamás pensó verse en la cabaña familiar con alguien desconocido. No había llevado allí a ninguna mujer antes. Ni siquiera Jayden lo había hecho. Ambos respetaban demasiado un lugar que había formado de sus infancias. Sin embargo, tenía que admitir que estaba disfrutando mucho la compañía de Molly.

—¿Quién te enseñó a jugar? —le preguntó.

—Mi padre. Aunque no apostábamos con dinero. Hacíamos nuestra propia versión del juego.

—¿Cómo era? —preguntó Brayden con interés.

—Bueno, en cada mano, el que perdía podía hacer una pregunta al otro, pero no valía cualquier pregunta. Tenía que ser una en la que el otro tuviera que elegir entre dos opciones descabelladas.

—¿Cómo es eso? —Su intriga fue en aumento.

—Por ejemplo, si gano yo, puedo preguntarte algo como: ¿preferirías vivir aquí, alejado de la civilización, con una persona amada que tú eligieras, o en la ciudad rodeado de gente y servicios, pero solo?

—Esa es muy fácil: aquí. Me toca.

—¿Qué? ¡No! —exclamó ella riendo—. Era solo un ejemplo. No vamos a jugar. Además, se supone que pregunta el que gana.

—Cariño, si pregunta el que gana, preguntaré yo siempre. Te estoy dando la oportunidad de que lo hagamos por turnos.

—Vaya, qué generoso.

—Me siento espléndido hoy.

—De acuerdo. Venga, dispara.

Siguieron jugando a las cartas de forma mecánica, pero la realidad es que los dos estaban más pendientes de las preguntas y respuestas que del juego en sí.

—¿Prefieres sexo salvaje con una persona a la que no podrás amar nunca o estar con el amor de tu vida y no poder tener sexo?

—Estar con el amor de mi vida. —Brayden la miró sorprendida y ella se encogió de hombros—. Era fácil para mí. El sexo es importante, pero el tipo de amor que dura toda una vida... eso no se encuentra con facilidad. Y nadie dice que no pudiera satisfacerme por mi cuenta.

Brayden soltó una risa entrecortada.

—Muy coherente.

—Me toca. —Bray sonrió por respuesta y ella se lanzó—. ¿Navidad todo el año en el desierto o Nueva York sin Navidad?

Brayden entrecerró los ojos.

—Vale, ahí me has pillado. Esa es difícil. Has visto de primera mano lo frikis de la Navidad que somos.

—Lo sé —respondió orgullosa.

—Pero —interrumpió Brayden—, Nueva York siempre será hogar. Y si no es Navidad, pero hace frío, haré que las luces se enciendan aquí. —Se señaló la cabeza—. Celebraré la Navidad en mi cabeza cada año y la crearé solo para mí. Es mejor eso que nada.

Molly lo miró sorprendida.

—Eso es —susurró—. Me gusta tu respuesta.

Brayden no lo dijo, pero la respuesta que le vino de inmediato fue “A mí me gustas tú”. Tragó saliva, estaba volviéndose un poco loco. Decidió que lo mejor que podía hacer era distraerse.

—¿En una situación de vida o muerte: tus padres o tu novio?

—Teniendo en cuenta que tu hermano se ha largado y me ha dejado sola con su familia: mis padres.

Brayden rio. En realidad, él no había hecho la pregunta pensando en Jayden, sino por curiosidad.

—Te toca —murmuró, cada vez más enganchado a aquel juego.

—¿Pasar toda la vida con el amor de tu vida, sin tener hijos, o tener hijos con alguien a quien quieres, pero no del mismo modo?

—El amor de mi vida. —Lo soltó convencido—. Los hijos crecen y se van, es ley de vida. Una pareja de verdad, un amor como el de mis padres, por ejemplo, perdura por siempre, hasta que uno de los dos muera.

Molly lo miró conmocionada y una lágrima escapó de sus ojos. Brayden la limpió con el dorso de sus dedos.

—Eso es muy bonito.

—Es la verdad —murmuró. Y para romper un poco la intimidad que estaba abrasándolos, carraspeó y se alejó—. ¿Un amor como el de Jack y Rose, de Titanic, o Johnny y Baby?

—¡Dios! Eso sí que es difícil, porque soy una romántica. —Su risa llenó el ambiente de una forma que hizo vibrar el pecho de Brayden—. Johnny y Baby. Al menos no muere nadie de forma trágica.

—Cierto, se me había olvidado eso.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella muerta de risa.

—Estaba distraído —admitió.

Molly siguió riendo, ajena a lo que estaba despertando en Brayden, y él siguió observándola, intentando contener todo lo que estaba creciendo en su interior.

—¿Preferirías ser invisible o poder volar?

—Depende.

—¿De qué?

—De si pudiera tener una compañera de vuelo.

Molly lo miró de nuevo de ese modo, despertando huracanes y haciendo que Brayden olvidaba que estaba allí por un tiempo limitado y no podía tocarla, porque era, en teoría, la novia de su hermano. Entonces lo supo, sin lugar a duda: no es que ya no creyera que Molly fuera novia de Jayden porque no era el tipo de mujer de la que Jayden se enamoraría. Es que deseaba que no lo fuera porque algo le decía que era exactamente el tipo de mujer del que él sí podría enamorarse.

Tragó saliva, miró el fuego que ardía en la chimenea y suspiró con cierto pesar.

Acababa de complicar su vida de una forma extraordinaria y, aun así, solo podía pensar en que ojalá aquel día no acabara nunca.

Molly



20 de diciembre

Faltan 5 días para Navidad

Molly tenía cada vez más claro que se estaba metiendo en un inmenso lío. Un lío tan gordo como un ovillo de lana enmarañado imposible de desenredar. Ella era la novia de Jayden, pero empezaba a sentir cosas por Brayden. Aquella mañana, jugando con él al póker, lo había visto claro. Cinco días. Cinco días habían bastado para colarse por él. ¿Cómo había permitido que eso pasara? Era imposible que entre Brayden y ella pudiera pasar nada, porque se encontraba en un callejón sin salida: si seguía fingiendo ser la novia de Jayden, él nunca intentaría nada por lealtad hacia su hermano; si confesaba la verdad, toda la familia Rowling sabría que era una mentirosa. Buscó consejo en Zoey que se limitó a decirle que no se preocupara tanto por las cosas, que dejara fluir los acontecimientos y que ya decidiría después. Se lo dijo en un tono muy trascendental mientras sujetaba en una mano una jarra de cerveza negra que se estaba tomando en el pub irlandés del pueblo, y por la forma en la que arrastraba las letras, Molly supo que estaba borracha.

Suspiró y buscó su mirada en el reflejo que le devolvía el espejo. Se sentía perdida, como un barco a la deriva en una noche de niebla espesa que no permite ver la luz del faro. Aceptar el trato de Jayden había sido un error. Se había dejado llevar por las circunstancias, por el despido reciente y la perspectiva de tener que regresar a casa de sus padres por falta de ingresos. Los 50.000 euros que le ofreció Jayden por hacerse pasar por su novia fueron como un regalo caído del cielo. No contaba con que la familia a la que tuviera que engañar fuera la de Jack Star, ni que Selena y Jack fueran maravillosos, ni que se acabaría colando por Brayden. Aunque, bien pensado, la culpa de todo aquello era de Jayden por haberse marchado de aquella manera propiciando que Brayden y ella intimaran.

Se pinzó el labio, nerviosa, y sacudió la cabeza decidida a olvidar aquellos pensamientos por una noche. Brayden había sugerido que fueran a cenar al único restaurante del pueblo y no iba a dejar que estos empañaran la velada.

Cuando bajó al piso inferior, Brayden ya estaba esperándola. Se había vestido con unos vaqueros ceñidos y oscuros y un jersey de lana grueso de color bermellón que de tan mullido

invitaba a pasar los dedos por él. Sintió la mirada de Brayden repasándola de arriba a abajo. No se había puesto nada provocativo, había elegido un vestido de lana de cuello alto de color blanco, pero este realzaba sus curvas a la perfección.

Tras compartir una sonrisa, cogieron los abrigos y salieron al exterior.

Llegaron al restaurante media hora más tarde. Aquel día no nevó, por lo que el camino hasta el pueblo estaba despejado. El restaurante resultó ser una pequeña taberna de aspecto confortable con una decoración navideña muy elegante. La regentaba una pareja formada por dos hombres muy simpáticos que insistieron en que pidieran chuletón con patatas para cenar porque la carne era de una granja de la zona y la calidad era excepcional.

Cenaron envueltos en una conversación distendida. Compartieron anécdotas de la universidad, de Nueva York, de sus vidas. Molly descubrió que Selena había estado en lo cierto al decirle que bajo esa coraza de persona fría y pragmática en la que se escondía Brayden, había alguien con el corazón blandito.

—¿Va todo bien? —le preguntó Molly en un momento de la cena en la que Brayden frunció el ceño tras leer algo en su teléfono móvil.

—Sí, es solo que Jay sigue desaparecido y el trabajo en la discográfica se acumula. Es raro que no responda a los correos. Aunque es un irresponsable en la mayoría de las facetas de su vida, no lo es en su trabajo.

—Lo siento —susurró Molly, recriminado mentalmente a Jayden por eso.

—¿Acaso es culpa tuya? —preguntó Brayden con sorna.

—No, pero me sabe fatal que se haya ido de esta manera, sin fecha de regreso. Al fin y a cabo, es mi novio. —Esto último lo dijo en voz más baja, casi lamentándose.

—Ya, claro —musitó Bray entre dientes haciéndole saber que seguía sin tragarse que fueran pareja. Luego, frunció las cejas y suspiró enfurruñado—. En todo caso, es Jayden, a saber en qué lío estará metido ahora.

—Lo que yo no entiendo es porque tienes una discográfica con Jayden si no lo soportas—dijo Molly de pronto, era algo que se había estado preguntando esos últimos días.

—¿Que no lo soporto? Ojalá fuera así, me ahorraría muchos disgustos.

—Pues disimulas muy bien tu aprecio.

—Tú no lo entiendes —dijo Brayden de golpe, soltando los cubiertos sobre el plato para dar dramatismo a su intervención—. Jayden es mi hermano pequeño, solo por 14 meses, vale, pero lo es, y desde siempre he sentido un instinto de protección muy acusado hacia él. Así que me he pasado toda la vida sacándole de los líos en los que se mete, que no han sido pocos.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué tienes un negocio con él sabiendo cómo es?

Brayden recuperó los cubiertos y respondió mientras cortaba un trozo de chuletón:

—Desde que Jay y yo éramos niños hemos querido tener nuestra propia discográfica. A ambos se nos daba bien cantar y tocar instrumentos, pero no éramos excepcionales. Y nosotros queríamos descubrir a gente excepcional, darla a conocer y lanzarla al estrellato. Jay es un buen cazatalentos, el mejor, a mí me gusta más la otra parte: dar forma a ese talento para que brille.

—¿Qué instrumentos tocas tú? —preguntó Molly, intentando disimular lo mucho que su monólogo lleno de pasión desmedida la había impresionado.

—Muchos, pero mi preferido es la guitarra.

—Algún día podrías tocarla para mí.

Brayden tardó en responder, pero cuando lo hizo, sus ojos castaños la atravesaron con una intensidad que quemaba.

—Algún día...

Acabaron de cenar. Como postre les aconsejaron probar la tarta de la casa. Pidieron un trozo para compartir. Era de chocolate y nueces pecanas y estaba tan bueno que prácticamente se pelearon por el último trozo.

Brayden pagó, a pesar de que Molly quiso hacerlo ella, y, al salir, le abrió la puerta. Fue entonces cuando la voz de uno de los dueños llegó hasta ellos.

—El muérdago. —Ambos miraron hacia el umbral de la puerta donde colgaba una rama de muérdago atada a un lazo rojo—. Estáis bajo el muérdago, y ya sabéis lo que manda la tradición.

Algunos de los clientes de la taberna rieron, otros los miraron con cierta envidia. Molly supuso que habían sido confundidos por una pareja de novios en una cita. Azorada, estuvo a punto de desmentirlo, pero los dedos de Brayden sujetando la parte baja de su espalda la detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó Molly notando como los latidos de su corazón aumentaban su ritmo.

—Cumplir con la tradición.

La boca de Molly se secó de golpe.

—Pero...

—Ya sabes cómo es mi madre con las tradiciones: hay que cumplirlas todas.

Antes de que Molly rechistara, Brayden cubrió sus labios de una forma tan perfecta que Molly no encontró en su memoria ningún otro beso que hiciera sombra a ese. No hubo lengua, fue un beso sobrio, corto; dos labios tanteándose por primera vez. Se separaron segundos después para mirarse a los ojos. ¿Habría notado él también aquella pulsión en el vientre pidiéndole más besos? No tuvo la respuesta a esa pregunta, solo los dedos de Brayden buscando los suyos para tirar de ella fuera del local. Escuchó el sonido de las risas amortiguadas que le llegó de dentro, pero se desvanecieron en cuanto entraron en el coche, resguardándose del frío.

Tocándose los labios que aún sabían a Brayden, Molly se dijo que sí, que, definitivamente, la cosa acababa de liarse más. Mucho más.

Brayden



21 de diciembre

Faltan 4 días para Navidad

La había besado. Lo había hecho de verdad. Brayden no podía creerse que la noche antes hubiera besado a Molly. No tenía perdón, y tampoco excusa, porque lo de muérdago... aquello ni siquiera era una excusa. Era una oportunidad que había aprovechado porque se moría por saber cómo sería posar sus labios en ella. Era un cabronazo de los gordos. Todavía tenía dudas de que Molly fuera novia de Jayden, pero independientemente de eso, su hermano la había presentado como tal y él debería haberla respetado. Aun así, no se arrepentía de nada: hasta ese punto llegaba su egoísmo.

De hecho, estaba deseando repetir. Ya está. Lo asumía, aunque fuera mentalmente. Estaba deseando repetir y no le bastaba con su boca, sino con todo lo demás. Quería posar los labios en su cuello, entre sus pechos, en sus caderas. Quería besarla por todas partes y si eso lo convertía en el peor hermano del mundo, que así fuera. Brayden jamás había deseado nada con tanta fuerza como que aquel noviazgo fuera una farsa.

—Bray, cariño, ¿estás bien?

Brayden miró a su madre entre fogones. Estaban cumpliendo con otra de las tradiciones anuales: asistir cada año a la iglesia a la que sus padres iban con cierta asiduidad. En realidad, la creyente era su madre, pero su padre asistía por acompañarla. Nadie diría que los Star pegaban en una comunidad como aquella, pero su madre había confesado una vez que tener fe la ayudaba a superar los malos momentos de la vida y él no podía juzgarla por ello. Además, había ocasiones, como aquella, en que merecía la pena. La iglesia y el pastor Cooper organizaban cada año un acto benéfico para dar de comer a las personas sin techo de Nueva York. Todo el mundo llevaba comida, bebida caliente y acogían dentro de la iglesia a tantos como podían. Hubo una época en la que Brayden se cuestionó si esa caridad no sería, en realidad, hipócrita, pero con el paso de los años comprendió que sus padres donaban mucho dinero a las personas desfavorecidas y eso solo los engrandecía como personas, porque además nunca, ni una sola vez, llamaron a la prensa para jactarse de ello. Nadie podía imaginar que Jack Star, el rockero rebelde, pagaba cada año un camión de supermercado para que abasteciera tanto como pudiera a la gente que llegaba a la

iglesia. El pastor Cooper siempre se mostró agradecido por el gesto, pero ni una vez sus padres permitieron que les dieran fama. Iban allí cada Navidad, ayudaban a servir la comida y luego volvían a casa con la conciencia un poco más tranquila y la sensación de haber hecho algo bueno. No es que fuera lo único, porque participaban activamente en varios eventos de recaudación de dinero al año, pero en Navidad todo tenía un aire más... intenso. Brayden estaba armando bocadillos de cacahuete y su madre era la encargada de envolverlos. Gracias a sus pensamientos, la cadena se había parado. De ahí que su madre insistiera en preguntarle cómo estaba.

—¿Necesitas algo? Te has quedado como ido.

—Sí, hijo, tienes que darte un poco de prisa si queremos que toda esta gente pueda llevarse un bocata para asegurarse también un desayuno.

Brayden miró a las personas que comían y esperaban poder llevarse un bocata. Le parecía increíble que hubiera personas que ni siquiera supieran lo que iban a comer al día siguiente mientras él disfrutaba de grandes lujos.

—Me siento... raro. Culpable por tener la vida que tengo —admitió.

—Es normal, cielo —le aseguró su madre—, pero piensa que donas parte de tus ingresos, haces obras benéficas y... bueno, no tienes la culpa de tener una posición privilegiada. Aunque, desde luego, depende de ti lo que hagas con esa posición y el buen nombre que dejes a tu familia.

Brayden sonrió, estando plenamente de acuerdo. No podía decirle que otra parte de sus pensamientos estaban puestos en la chica que en aquel momento servía sopa caliente a una cola de personas mientras su padre amenizaba la espera con villancicos cantados a media voz. No le gustaba demasiado llamar la atención, pero en momentos así lo hacía solo para que la gente se llevara la sorpresa una y otra vez de que era el verdadero Jack Star el que les cantaba.

—Me gusta vuestra nueva incorporación —dijo el pastor Cooper acercándose a donde estaban Brayden y su madre—. Es dulce, servicial e inteligente, a juzgar por lo poco que he hablado con ella. ¿Qué demonios hace con alguien como Jayden?

Brayden rio entre dientes. Le encantaba el pastor Cooper. Era joven y tenía una mentalidad muy abierta para ser pastor. También era, a aquellas alturas, un gran amigo de la familia.

—Molly es maravillosa. No sé qué ha visto en mi hijo, teniendo en cuenta que nos ha plantado todas las Navidades, al menos de momento, pero espero que no la deje ir nunca. Jamás.

Brayden guardó silencio, porque lo único que se le ocurría decir era que él esperaba justo lo contrario. Que la dejara ir cuanto antes, porque así él podría... Era lo peor. Estaba pensando cómo quitarle la novia a su hermano en un acto benéfico en una iglesia. El infierno seguramente le tendría reservado un lugar muy especial el día que muriera.

Sirvieron comida, cantaron villancicos, repartieron mantas y, al salir de la iglesia, se sentían un poco más ligeros y menos cargados de culpa por derrochar dinero en Navidad en cosas frívolas como regalos o ropa. Llegaron a casa, reavivaron la chimenea y se reunieron en la cocina para disfrutar de un chocolate caliente. Fue entonces cuando vieron el paquete que había sobre la isleta.

—¿Quién ha dejado esto aquí? —preguntó Brayden.

—Seguramente lo ha recogido Alina antes de marcharse —dijo su madre, haciendo referencia a la chica que les ayudaba con los quehaceres del hogar. Miró la etiqueta y sonrió—. Es para ti, Molly.

—¿Para mí? —preguntó esta sorprendida.

—Ajá. La letra es de mi hijo, así que... —Su madre sonrió y le guiñó un ojo—. Puedes abrirlo en tu dormitorio, pero no negaré que me genera muchísima curiosidad saber qué es. Aunque me hago una idea...

Molly lo abrió frente a todos, porque al parecer no tenía nada que ocultar. Deshizo el enorme lazo de raso y, al destapar la caja, extrajo un vestido rojo, de manga larga y con un escote en la espalda espectacular. Joder, iba a estar para morirse con aquel vestido.

—Dios mío, es precioso. Me encanta este diseñador —dijo su madre.

Molly no hablaba. Miraba el vestido tan conmovida que Brayden supo que no recibía regalos así a menudo. Volvió a preguntarse cómo había dado su hermano con alguien como ella. Normalmente sus líos eran tan frívolos que reconocerían la marca del vestido a la mínima, pero allí estaba ella, visiblemente sobrepasada con el regalo.

—Hay una tarjeta. —Su padre la estiró en su dirección y ella la cogió con mano temblorosa.

Para sorpresa de Brayden, la leyó en voz alta.

“Estoy tan seguro de que estarás espectacular con este vestido como de que volveré a tiempo de asistir contigo a la gala benéfica de cada año.

Te adora, Jayden”.

Su madre soltó un suspiro satisfecho, encantada con las palabras de su hijo. Su padre sonrió visiblemente orgulloso, Molly inspiró aire profundamente y Brayden... Brayden hizo todo lo que pudo por evitar la bola de fuego que creció en su pecho, pero no lo logró.

Por primera vez en su vida, Brayden supo lo que era anhelar algo con tanta fuerza como para sentir que nada en el mundo podría superar la sensación de amanecer sabiendo que ella estaba con él, y no con su hermano.

Se excusó de una forma un tanto tonta, subió las escaleras hacia su habitación y luchó como pudo contra el sentimiento de haber perdido algo que nunca fue suyo.

Molly



23 de diciembre

Faltan 2 días para Navidad

—Hola cariño, soy mamá, ¿cómo estás? Espero que bien. Nosotros nos lo estamos pasando en grande aquí en Hawái. Es todo tan idílico y perfecto, aunque te voy a decir una cosa: Celebrar la Navidad a 20° es raro. Muy raro. Hay momentos en los que olvido que estamos en diciembre. Si no fuera por la decoración del hotel y los Santa Claus que reparten caramelos en la playa, pensaría que estamos en pleno verano. En fin, cielo, espero que John y tú estéis bien. Te quiero. ¡Un beso!

Molly se mordió el labio tras escuchar el audio que su madre le había mandado por WhatsApp. Aún no le había explicado que John y ella habían roto. Y, por supuesto, tampoco le había dicho nada sobre su estancia con los Star.

Carraspeó, aclarando la voz, y grabó un audio de vuelta:

—Hola mamá, ¿cuántas veces tengo que decirte que no hace falta que te presentes al inicio de cada audio? Me alegro de que papá y tú lo estéis pasando bien por Hawái, seguro que estáis haciendo un montón de fotos para enseñármelas a la vuelta. Por aquí todo va bien, como siempre, pocas novedades que contar. Aprovechad mucho el tiempo y portaos bien. O no. Un beso. Os quiero.

Envió el audio y volvió a fijar la mirada en el vestido colgado sobre el marco de la puerta. Lo había dejado allí para que no se arrugara. Lo mirara las veces que lo mirara, le seguía pareciendo precioso. Y excesivo. Ella que los únicos vestidos de marca que había tenido los había comprado en una tienda de segunda mano a precio de ganga...

Se preguntó qué pensaría Brayden al verla con él. Tal como había supuesto, Jayden seguía desaparecido, así que dudaba que finalmente llegara a la gala. No le importaba demasiado. La idea de pasar la velada junto a Brayden era mucho más atrayente. Seguía pensando en el beso que le robó bajo el muérdago. Aquel beso que le supo a poco y que le dejó con ganas de más.

Estaba preguntándose cómo arreglarse para la ocasión cuando llamaron a la puerta. Abrió. Era Selena. Con los ojos brillantes por la emoción esta le preguntó si quería que se prepararan juntas para aquella noche. Tardó dos segundos en decir que sí y acompañarla hasta un cuarto de baño de

gran tamaño y aspecto de Spa. Bañera con hidromasaje a un lado, ducha efecto lluvia al otro y un tocador lleno de productos de belleza ocupando una pared entera. Aquello era un sueño hecho realidad para cualquier mujer coqueta como ella.

—Siempre quise tener una hija para disfrutar de momentos como este —dijo Selena sacando de un cajón organizadores y maletines llenos de maquillaje—. No digo que no esté contenta con mis hombretones, pero a ellos nunca podré aplicarles máscara de pestañas ni pintarles los labios de rojo.

Molly asintió y observó a Selena preparar toda la artillería de cosméticos sobre el tocador. Nunca había visto tantos productos fuera de una tienda especializada. Selena le pidió permiso para maquillarla, le dio la vuelta sobre la silla giratoria para que no pudiera verse en el espejo y se dejó hacer.

Mientras elegía y aplicaba cremas y potingues en su cara, Selena le habló de sus años como supermodelo viajando por el mundo. Le habló de todas las renunciadas, exigencias, obligaciones y sacrificios con las que tuvo que vivir durante años. De la vida contando calorías, de las cenas a base de lechuga y zanahoria y los batidos depurativos los días previos a un desfile.

—Siempre digo que hay un antes y un después de Jack. Antes de Jack yo creía lo que era la vida. Después de Jack empecé a vivir de verdad. Fue Jack el que me mostró que vivir era algo muy diferente a lo que yo estaba haciendo. La primera vez que me llevó a cenar a un italiano y me obligó a probar un plato de pasta, lloré. Hacía años que no me permitía comerla. Jack me redescubrió un mundo lleno de sabores, de sentidos. Nunca he renegado de mi pasado como supermodelo, porque forma parte de lo que soy, pero no lo echo de menos.

Cuando salió la noticia de que Jack Star iba a dejar para siempre los escenarios para centrarse en su vida como padre, Molly lloró. Lloró y odió a Selena por arrebatarle a uno de sus ídolos más preciados. Pensó que sería la típica mujer guapa superficial que obliga a su marido a dejar su trabajo con algún ultimátum. Ahora estaba convencida de que se equivocó de pleno con ella.

—No me imagino lo que debe ser pasarte años sin probar el chocolate.

—Y sin celebrar la Navidad —añadió Selena tras hacerle cerrar los ojos para maquillar las pestañas—. Recuerdo una noche de Navidad que cené una patata hervida y tres guisantes.

—Dios, ¡qué horror!

—Supongo que por eso ahora me gusta tanto exprimir la Navidad al máximo. —Se puso frente a ella y sonrió al mirarla—. Vale, ya estás, ¡perfecta! ¿Puedo peinarte también? —Molly asintió, dio una palmada feliz por su consentimiento, cogió un cepillo y empezó a peinar—. ¿Y qué me cuentas de ti? Jack siempre dice que tiendo a hablar demasiado, y tiene razón, ¡perdón!

Los dedos de Selena empezaron a dar forma a su melena y Molly, tal como ella le pidió, le habló de ella, de su madre, su padre y su vida en Nueva Jersey primero y Nueva York después. Cuando Selena terminó lo que estaba haciendo, volvió a dar la vuelta a la silla para que pudiera mirarse al espejo. Sonrió al ver el trabajo de Selena. Le había aplicado un maquillaje natural suave, dando fuerza a sus ojos, ahumados en negro, y a sus labios, pintados de rojo intenso, a conjunto con el vestido. El pelo lo había recogido en un moño elegante que dejaba al descubierto su esbelto cuello.

—Gracias, Selena. Me encanta lo que has hecho conmigo.

—Bah, no he hecho nada. Cuando la materia prima es buena, lo demás es accesorio. —Le guiñó un ojo y Molly le sonrió, que una ex supermodelo dijera algo así era un halago bonito.

Tras darle las gracias de nuevo, salió corriendo hacia su habitación con la intención de enfundarse el vestido. Quería verse con él, y que la vieran. Tenía ganas de impresionar a

Brayden, de tentarlo una vez más para ganarse un nuevo beso. Le sorprendió descubrir que el vestido le quedaba como un guante. Estaba claro que Jayden tenía muy buen ojo para esas cosas. Y no solo le quedaba bien, sino que la tela era increíblemente suave y cómoda. Acompañó el vestido con unos zapatos de tacón negro y se miró al espejo. Realmente estaba espectacular, y si se miraba por atrás... aquel vestido la convertía en la tentación personificada.

Cogió un bolso pequeño, metió el móvil en él y salió de la habitación dispuesta a encontrarse con Brayden en la planta de abajo. Era la hora en la que habían quedado para dirigirse a la gala, debían estarla esperando. Decidió imitar a las chicas de las películas al bajar por la escalinata de mármol hasta la planta baja, con una elegancia que se vio interrumpida cuando tropezó con sus propios pies y estuvo a punto de rodar escaleras abajo. Por suerte, pudo enderezar el movimiento en el último momento. Y fue entonces, mientras daba las gracias a Dios por no haberle permitido morir de aquella forma tan ridícula, cuando levantó la mirada del suelo y se encontró con él. O mejor dicho, con ellos. En la planta baja, junto a la escalera, esperando a que bajara estaba Brayden... acompañado de Jayden.

En aquel momento, con los ojos fijos en ambos hermanos, pensó que, quizás, caerse por las escaleras, hubiera sido una buena opción.

Brayden



23 de diciembre

Faltan 2 días para Navidad

Estaba preciosa. Brayden nunca había visto nada igual. Ni en sus mejores sueños podría haber imaginado vivir una situación como aquella. Jayden acababa de llegar, apenas había tenido tiempo de saludarlo, mucho menos interrogarlo acerca de Molly, cuando ella hizo su aparición. Parecía una jodida princesa con ese vestido. Una ensoñación. Y aunque Brayden había fantaseado con la idea de arrastrarla hasta las zonas en donde estuvieran todos y cada uno de los muérdagos, la realidad era que Jayden estaba allí. Molly era su novia y él su hermano. Pensar solo la posibilidad de engañarlo de una forma tan...

Todavía tenía dudas de que estuvieran juntos, pero la mirada que Jay dedicó a Molly mientras estaba bajaba las escaleras dejaba muy patente que, si no lo estaban, él la deseaba profundamente. Era una mirada cargada de admiración y deseo. La supo reconocer porque Brayden también miraba así a Molly.

—Dios mío, cariño, estás preciosa —dijo Jayden acercándose y besando sus labios con dulzura.

Cuando se separaron y Brayden vio parte del labial de Molly sobre los labios de su hermano sintió un ramalazo de ira al que no estaba acostumbrado. Él nunca había tenido celos de Jayden. No lo había necesitado porque consideraba que sus padres se habían esforzado al máximo por dar a cada uno lo que necesitaba. En el trabajo tampoco sentía celos. Su hermano tenía un don para descubrir gente y él para cerrar los tratos sobre las mesas de negociaciones. Cada uno, a su manera, era el mejor en la empresa.

Sin embargo, allí estaba, envidiando al máximo que su hermano pudiera besar a una chica como Molly. Que pudiera asistir a aquella maldita gala benéfica con ella del brazo. Que esa noche... Dios, solo de pensar que esa noche dormirían juntos se le revolvió el estómago.

—¿Brayden?

Miró a su padre, que lo observaba con una mezcla de intriga y curiosidad. No era para menos, porque no había sido capaz de decir una palabra desde que Molly bajó las escaleras.

—¿Sí?

—¿Vamos? No podemos llegar tarde.

—Desde luego. —Se giró hacia Molly, que justo en ese instante estaba al lado de su madre, y sonrió a ambas—. Estáis preciosas, por cierto.

De ese modo consiguió salir del atolladero que sentía. No se veía capaz de piropear a Molly sin que se notara que se moría por deshacerse de ese vestido y descubrir todo lo que la tela escondía. Justo en ese momento, Jayden puso una mano en la cadera de Molly y la guio hasta la puerta. Brayden pensó que iba a ser una noche larguísima.

Llegaron a la fiesta con tiempo de sobra para socializar un poco antes de sentarse en las mesas que habían dispuesto para ellos. La cena fue infernal. Tuvo que aguantar las excusas de Jayden acerca de su desaparición y el modo en que Molly sonreía, como si no le importara que su novio la hubiera abandonado en manos de una familia que no conocía y se hubiera largado durante días.

—Eres increíble —le dijo ella a Jayden en un momento en que él contaba una de sus muchas fechorías de adolescente—. ¿Brayden también hacía trastadas?

—Oh, no tantas —dijo Selena—. Nuestro Bray siempre fue un chico serio y responsable. Muy maduro para su edad.

Brayden torció el gesto. Aquello le sonó tremendamente aburrido.

—Sí, bueno, también tenía mis cosas. Desde luego, es difícil superar a Jayden en fechorías. Siempre ha sido el de las mujeres florero, las orgías, las fiestas que empiezan en Nueva York y acaban en Ibiza...

—Vale, hermanito. Creo que Molly no quiere saber tanto acerca de mi pasado —dijo su hermano algo incómodo.

—¿Y por qué no? Sois pareja, no deberíais tener secretos el uno con el otro ¿no?

—Bueno... —Molly carraspeó, visiblemente incómoda—. En realidad, sé que Jayden tiene un pasado. No puedo culparle por eso. Lo importante es que en el presente solo esté yo.

—Yo no estaría tan seguro... —murmuró Brayden.

—¡Un brindis! Vamos a brindar. —Su madre interrumpió lo que sea que fuera a decir Jayden—. Por la familia —dijo alzando la copa.

Brindaron, bebieron y luego Brayden, ajeno a las miradas de todo el mundo, estiró la mano en dirección a Molly.

—¿Quieres bailar en compañía de tu cuñado? Ya han abierto la pista.

Molly miró la pista de baile que había estado cerrada durante la cena. En aquel instante solo había una pareja bailando, pero eso a Brayden no le importaba lo más mínimo. Necesitaba tocarla, aunque por esa acción fuera derecho al infierno.

—Ve, cielo, tomaré el relevo enseguida —dijo Jayden.

Brayden quiso decirle que no necesitaba darle permiso a Molly para bailar. Ella solita podía decidirlo, pero guardó silencio porque, a fin de cuentas, estaba saliéndose con la suya. La llevó hasta la pista de baile y allí puso una mano sobre su espalda. Tocar la piel directamente fue demencial para él. Quería más. Dios, quería mucho más.

—¿Cómo lo pasas hasta el momento? —preguntó en un intento de mantener una conversación.

—Bueno... no está mal. Pensé que me sentiría más incómoda.

—¿Por Jayden?

—No —sonrió—, por los invitados. Imaginaba a un montón de pijos estirados y...

—Oh, no te equivoques, nena. Son un montón de pijos estirados, pero están tan entretenidos en tener su momento de gloria que ni siquiera nos mirarán en lo que queda de noche.

Brayden no quiso decirle que, en realidad, sí que los habían mirado. O más bien, la habían mirado a ella. Prácticamente todos los hombres de aquella gala habían clavado los ojos en alguna parte de su vestido y Brayden no podía culparlos, porque él era el primero que se sentía incapaz de dejar de apreciar su belleza.

—¿Sabes lo que es una lástima? —Ella lo miró, esperando la respuesta—. Que aquí no tengamos muérdago.

Molly abrió los ojos como platos y miró de inmediato la mesa en la que su familia charlaba animadamente.

—Eso fue una tontería y no sé si deberíamos decírselo a Jayden o...

—Es mejor que no. No le digas eso, Molly.

—Vale —murmuró.

Brayden agachó la cabeza lo justo para llegar a la zona de su oreja. Antes de hablar, se deleitó en la sensación de acariciar con la punta de su nariz su mandíbula y parte de su cuello y sintió que la satisfacción lo carcomía cuando su vello se erizó de inmediato.

—¿Molly?

—¿Sí? —preguntó con voz estrangulada.

Era una locura. Todo aquello. El baile, tocarle así la espalda, lo que estaba a punto de decir... Iría derecho al infierno, pero Brayden estaba obnubilado. No le importaba nada, salvo Molly, así que pegó los labios a su oído y habló en el tono más seductor que conocía.

—Tampoco le cuentes que estoy deseando tener la oportunidad de besarte de nuevo.

Ella dio tal respingo que Brayden no pudo evitar cierta satisfacción, porque aquellas palabras le habían afectado.

Brayden no estaba seguro de si Molly era o no la novia de Jayden, pero lo que sí que sabía a ciencia cierta es que no pensaba detenerse todavía. Si tenía que arrepentirse de algo, mejor que fuera algo que valiera la pena.

Molly



23 de diciembre

Faltan 2 días para Navidad

Un hormigueo se extendió entre los muslos de Molly tras el eco de las palabras de Brayden. Él le había dicho que deseaba volver a besarla y ella... Oh, Dios, no había nada que quisiera más en aquel momento que sentir los labios de Brayden contra los suyos una vez más.

—Entonces tampoco le diré que yo también me muero de ganas de volver a besarte. —Leyó la incredulidad en los ojos de Brayden. Aquello se le estaba yendo de las manos. Ella era la pareja de Jayden, ¿a qué demonios estaba jugando?

Tragó saliva con fuerza y apoyó la mejilla contra su hombro izquierdo mientras bailaban. Los dedos de Brayden rozaron la parte baja de su espalda. Sonaba *Santa Baby* de Eartha Kitt.

—A lo mejor... —la voz aterciopelada de Brayden volvió a acariciarle el oído—. A lo mejor deberías decírselo.

—¿Qué? —Se irguió para buscar en su mirada el significado de aquellas palabras—. Jayden es tu hermano.

—Y tu novio, ¿no? —Brayden la miró con una intensidad abrasadora—. Porque Jayden es tu novio. —La estaba poniendo a prueba y Molly fue consciente de ello por la forma en las que sus cejas se arquearon.

No respondió. Se sintió abrumada por todo. Por la música, por la luz, los colores y las risas que los envolvían. Inspiró y expiró hondo y, tras soltarse de él, le pidió perdón y se marchó corriendo fuera de la sala. Necesitaba respirar sin que el olor de Brayden llenara sus pulmones impidiéndole pensar con claridad. Decidió dirigirse hacia el baño, echarse un poco de agua fría en la cara y recargar, pero nada más llegar a la puerta sintió la voz de Brayden a su espalda llamándola y sus dedos largos rodeándole la muñeca. Estaban solos, y los ojos de él centelleaban bajo la luz artificial que las lámparas de techo proporcionaban a su alrededor.

—Molly, espera, no te vayas así, ¿qué he dicho para que te ofendieras? —Alzó su barbilla para que le mirara a los ojos.

—Nada, no has dicho nada, es solo que... todo es demasiado complicado.

—Hagámoslo fácil, entonces. —Brayden cambió el peso de una pierna a la otra sin soltar su

muñeca—. Qué prefieres, ¿hacer algo que desees mucho, aunque luego te acabes arrepintiéndote, o no hacerlo y quedarte con la duda toda la vida?

—Lo primero. —El pulso de Molly se aceleró al ser consciente de todas las cosas que había intrínsecas en aquella confesión—. No hay nada peor que arrepentirse de algo que no has hecho. ¿Tú?

—Siempre he pensado que lo segundo, pero desde que te conozco me decanto por lo primero. Contigo, Molly, quedarse con las ganas no es una opción.

Los brazos de Brayden la rodearon y, antes de que pudiera reaccionar, la besó. Sintió los labios de Brayden apretándose con fuerza contra los suyos, sus dedos buscando piel debajo del vestido y la urgencia apoderándose de su cuerpo a marchas forzadas. Jadeó cuando la lengua de Brayden se abrió paso por su boca sin ni siquiera pedir permiso. Molly pensaba que Brayden besaría como besan los príncipes azules en los cuentos de hadas: con mimo, cuidado y delicadeza. Sin embargo, había errado en su apreciación. Brayden no besaba como un príncipe azul, más bien besaba como un villano con ganas de arrancarte las bragas y empotrarte contra una pared.

Ni siquiera fue consciente de lo que pasó a continuación. Se dejó llevar por la urgencia, por las ganas, por los besos de Jayden que eran cada vez más apasionados y hambrientos. Molly nunca había sentido antes una necesidad tan desmedida por ser poseída por alguien.

Molly quería sentir a Brayden y quería sentirlo ya.

Acabaron encerrados dentro de uno de los baños de mujeres. Molly se mordió el labio para no gemir cuando, aún con la ropa puesta, Brayden se frotó contra ella, moviendo las caderas en busca de fricción. Segundos fue lo que tardó Brayden en subirle la falda del vestido, arrancarle las bragas, bajarse los pantalones, cogerla a horcajadas y penetrarla. Molly estaba tan húmeda que ni siquiera importó que las embestidas de Brayden fueran rápidas y fuertes. Estaba preparada para él, para dejarse llevar, para acogerle en su interior.

Brayden mordió, lamió y succionó su piel, como si quisiera marcarla. Ella se dejó, porque cada vez estaba más excitada y porque sentirlo entrar y salir de su interior le confundía hasta tal punto que solo podía pensar en que aquello no acabara nunca.

—Nena, joder, qué apretada estás —le susurró Brayden al oído encendiéndola aún más.

Minutos fue lo que duró aquel polvo, minutos condensados en un placer creciente que acabó explotando entre las piernas de Molly dejándola sin aire. Tembló entera, desde la punta de los pies hasta la raíz del cabello. Aquel orgasmo arrasó con todo, la llevó hasta el vacío más absolutamente placentero que había experimentado en su vida. Segundos después, Brayden le imitó. Una última estocada profunda y se corrió dentro de ella, con un gruñido y los dientes apretados.

Fue un polvo corto, puro instinto, casi animal.

Y no fue hasta que ambos recuperaron el aliento y se miraron a los ojos que Molly fue consciente de lo que había hecho. Acababa de tirarse a Brayden, al hermano de su supuesto novio, en un cuarto de baño. Ella no era la clase de mujer que hacía esas cosas, ella no follaba en baños. Entonces sintió un fluido caliente bajando entre sus piernas. Semen. ¡Joder! ¡Habían follado sin condón! Dejándose llevar por el momento, había cometido la mayor irresponsabilidad de su vida.

Brayden cogió papel higiénico dispuesto a limpiarla, pero Molly se lo quitó y lo hizo ella misma.

—Vete —le pidió tras bajarse la falda. Las bragas habían quedado inservibles tras el tirón de Brayden.

—Molly, deberíamos hablar de esto.

—No. No, ahora no. Vete, por favor —repitió.

Brayden la miró dolido por su rechazo, se recolocó la ropa y salió del baño dejándola sola. Molly se limitó a sentarse sobre el inodoro, taparse la cara y soltar un lamento de frustración.

¿Ahora qué?

Molly



23 de diciembre

Faltan 2 días para Navidad

El resto de la velada fue un horror para Molly. Jayden no dejaba de jugar el papel de novio perfecto, porque sus padres estaban un poco serios con él. Molly, mientras tanto, intentaba aguantar el tipo como podía. En realidad, se negó en todo momento a mirar a Brayden lo que restaba de velada, pero eso no impedía que sintiera sus ojos puestos en ella. Todavía podía sentir lo que el sexo con él había provocado en su cuerpo y se estremecía si recordaba el modo en que él...

No. No podía seguir por ahí.

—Y ahora que todo está más calmado... —dijo Jack a Jayden—. ¿Vas a contarnos qué es tan importante como para haber dejado a tu novia con nosotros y largarte? —Antes de que Jayden hablara, puntualizó—. Y conste que es un reproche hacia ti, no hacia Molly. —La miró y sonrió—. Tú no podrías ser más dulce ni buena persona.

Molly no tuvo ánimos para sonreír. Se le cayó el mundo encima con esas palabras y se preguntó qué estaría pensando Brayden al respecto. Para él, ella seguía siendo la novia de Jayden, y aunque fuera todo una farsa, Molly jamás debió acostarse con su supuesto cuñado. Era una cuestión de honor. Su vida ya era un caos y lo último que necesitaba era más problemas, pero parecía haberse vuelto especialista en buscarlos.

—Nada que merezca la pena contar ahora —dijo Jayden—. De hecho, vamos a irnos ya, porque mi preciosa novia y yo queremos disfrutar de un ratito a solas. ¿Verdad, cariño?

Molly miró a Jayden y sonrió débilmente. Sí, estar a solas con él le ayudaría a recuperar la calma. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que lo mejor era que hablasen y acabasen aquella farsa. Quedaban solo dos días para Navidad, la mayor parte de las vacaciones habían transcurrido y ella no podía concebir la idea de pasar un día tan importante sintiéndose una impostora, además de tener a Brayden al lado, juzgándola en silencio. No, era inconcebible, así que cogió la mano de Jayden y asintió.

—Estoy deseando estar a solas contigo.

La risita de Selena fue tan audible como el suspiro frustrado de Brayden. De pronto, Molly temió que este soltara todo lo que había ocurrido. Estaba en su derecho, desde luego, porque entendía que parecía una broma de mal gusto que se hubiese entregado a él de esa forma y ahora estuviera allí diciendo aquello. Aun así, confió en el amor que Brayden sentía por sus padres; no les haría algo así. O eso esperaba.

Jayden y ella abandonaron la gala después de que él entregara un cheque para la donación y, en cuanto subieron en su lujoso coche, ella se desató.

—Oye, tenemos un problema.

—¿Tenemos? —preguntó Jayden sonriéndole—. Por cierto, estás preciosa.

—No quiero seguir con esto.

El semblante de Jayden pasó de sonriente a ceñudo.

—Vamos a casa. Estoy agotado.

—He dicho...

—Te he oído, Molly, pero no discutiré sobre eso en el coche.

Molly guardó silencio. Podía concederle un poco más de tiempo. Después de todo, Jayden siempre había sido amable con ella. Visualizó unas líneas de tensión en su mandíbula que la pusieron nerviosa. Podía parecer que Jayden era la típica persona que siempre estaba de buen humor, sonriendo y tomándolo todo a broma, pero algo le decía que había mucho más tras su fachada de empresario exitoso y despreocupado.

Llegaron a casa y Jayden le aconsejó deshacerse del vestido, si no quería levantar sospechas.

—Puedes ponerte unas bragas y alguna de mis camisetas.

—Jayden, quiero hablar de lo que te dije antes. No quiero seguir con esto.

—¿Y por qué no? —preguntó—. Tenemos un trato, Molly. Aguantas dos días más y luego te vas y te llevas contigo tu cheque de cincuenta mil dólares. Fue el acuerdo. ¿Puedo saber por qué quieres romperlo a dos días de Navidad? —Ella guardó silencio, sin saber cómo decirle lo de Brayden, pero Jayden debió leer algo en su cara porque suspiró—. He visto la tensión entre mi hermano y tú, no soy tonto, pero tenemos un trato.

—Pero él no nos cree.

—Bueno, pues tendremos que ser más convincentes ahora que estamos juntos. Y si él te gusta, siempre puedes esperar a romper conmigo y luego...

—¡Es lo que intento decirte!

—Pero no antes de Navidad. No voy a dar ese disgusto a mis padres.

Molly bufó. No pudo evitarlo.

—No quieres darle ese disgusto, pero no tienes problemas en darles otros muchos, ¿eh? Un poco hipócrita sí eres, la verdad.

Jayden la miró sorprendido. Molly lo entendió. Por lo general ella era tranquila y odiaba las confrontaciones. Pero es que aquella actitud estaba poniéndola muy nerviosa. ¿Acaso no entendía que el dinero había dejado de importar? Ella prefería mil veces poder sincerarse con Brayden a ganar cincuenta mil dólares, y con esa revelación se dio cuenta de hasta qué punto se había colgado de él.

—Eso no es de tu incumbencia —dijo él en un tono de voz que erizó su piel—. No vas a dejarme, Molly. No vas a decirle a Brayden que esto es una farsa para poder lanzarte a sus brazos, por mucho que te apetezca. Tenemos un trato y tienes que cumplirlo.

—¿O qué? ¿Me estás amenazando?

—En absoluto. Si quieres irte y perder los cincuenta mil, vale, pero aseguraré a mi familia que

me has dejado después de una discusión. No admitiré la farsa, así que, a ojos de mis padres, seguirás siendo mi exnovia. No sé cómo les sentaría que de pronto mi ex se pusiera a salir con su otro hijo.

Molly apretó los dientes, incrédula ante aquel ataque.

—No puedo creer que estés haciendo algo así.

—Y yo no puedo creer que quieras perder una oportunidad como esta por un polvo. Mi hermano es guapo, lo admito, pero vamos, cariño, me tienes a mí aquí. ¿Por qué no me aprovechas? —sonrió, como si no pasara nada, pero Molly se limitó a mirarlo mal.

—Eres un cerdo, Jayden Rowling, y no te mereces la familia que tienes.

Molly vio el dolor reflejado en los ojos de Jayden. Sabía que acababa de tocar un punto que lo hería, pero él había hecho exactamente lo mismo. Pudo ver, aunque no quiso, un agotamiento en Jayden que le preocupó, pese a no conocerlo prácticamente. Era evidente que su viaje no había salido tan bien como él pretendía hacer ver, pero también era evidente que Jayden Rowling era reservado y nadie llegaba a ciertas zonas de su interior, así que Molly prefirió concentrarse en la rabia que le daba estar atada a aquel absurdo trato. Atada, porque si romperlo iba a suponer hacer daño a sus padres y, además, tener que alejarse de Brayden de todas formas, no tenía mucho sentido que lo hiciera. Aguantaría hasta Navidad, cobraría y desaparecería de la vida de los Star para siempre, sabiendo que la vida había sido tan caprichosa que le había puesto al alcance de la mano todo lo que quería para ser feliz y, aun así, no podía tenerlo.

Molly



24 de diciembre

Falta 1 día para Navidad

Aquella noche Molly apenas pudo dormir. Compartir habitación con Jayden no fue fácil, no después de la discusión que tuvieron antes de acostarse. Molly solo deseaba una cosa: que el tiempo pasara rápido para poder volver a su vida de antes. Sin trabajo, sin John, sin los Star, pero una vida que le pertenecía y que era real, no como aquella burbuja idílica que había estado viviendo los últimos días y que eran fruto de una mentira. De un acuerdo desafortunado.

Por la mañana, Molly desayunó tortitas y café recién hecho con todos los miembros de la familia Rowling al completo. El ambiente era tan irrespirable entre Brayden, Jayden y ella que, con la excusa de tener que comprar regalos para el día siguiente, salió sola de casa.

Lo primero que hizo fue ir a Bloomingdale's. Como siempre, se quedó embobada mirando los escaparates navideños. Pensó en todas las veces que había ido expresamente a Nueva York a admirarlos junto a sus padres, siempre le habían fascinado. Entró en los grandes almacenes y se pasó un buen rato buscando un regalo perfecto para cada uno de los miembros de la familia Star. No le importó gastarse los mil dólares que le dio Brayden con ellos, al fin y al cabo, aquel dinero ahora le parecía sucio. Tras haber encontrado algo especial para cada uno de ellos, decidió acercarse a Central Park. Compró un perrito caliente de camino en un puesto y se sentó en un banco frente al lago, uno de sus rincones favoritos del parque. Aquel día el sol brillaba en un cielo azul intenso. Hacía frío, pero la nieve empezaba a derretirse en pequeños montoncitos a su alrededor. Cerca, un grupo de personas cantaban una versión de *The Christmas Song*. Dejó que su mirada paseara por los rascacielos que se reflejaban en el agua, sumida en sus pensamientos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada cuando sintió la vibración del móvil dentro de su bolso. Era una videollamada de Zoey. La cogió sin demasiado entusiasmo. Su amiga le saludó alegre al otro lado de la pantalla. Llevaba el pelo moreno recogido en una trenza ladeada y un jersey de color amarillo con un reno con la nariz también amarilla bordado en la parte frontal.

—Bonito jersey.

—Regalo de mi suegra. Hoy vamos a la fiesta que organiza el alcalde en su casa. Me han dicho que es uno de los acontecimientos del año, y conociendo a Annabeth, su mujer, no lo pongo en

duda. —No era la primera vez que Zoey le hablaba de esa tal Annabeth. Por lo visto, la mujer del alcalde era muy amiga de la madre de Rider, y una fanática del amarillo y los limones como ninguna—. En fin, te llamaba para ver cómo estabas, hace días que no hablamos.

Molly se mordió el labio y tras dar una vuelta más a su bufanda, se derrumbó. Llevaba tanto tiempo conteniéndose que aprovechó aquel momento para liberar toda la tensión acumulada durante las últimas horas. Fue sincera con ella y le explicó su situación entre lágrimas. Le explicó lo mucho que Brayden empezaba a gustarle, hasta el punto de echar un polvo desesperado con él en un baño cualquiera sin protección. También le habló de Jayden y de su negativa a poner punto y final a aquel acuerdo. Se sentía perdida, porque sabía que hiciera lo que hiciera, no había forma de salir victoriosa de aquel embrollo.

—Eh, Molly, cariño, respira —le pidió Zoey que la miraba con sus ojos azules llenos de impotencia—. ¿Y por qué no hablas con Brayden y le cuentas la verdad? Él nunca ha creído que fueras la novia de Jayden, quizás, si le explicas la situación, te entienda.

—¿Qué se supone que va a entender? ¿Qué soy una hipócrita? ¿Qué no he hecho más que mentirle desde el principio? El momento de decirle la verdad era antes de que las cosas se desmadraran entre nosotros, no después.

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Salir de su vida para siempre sin luchar?

—No lo sé. —Molly se limpió las lágrimas intentando ignorar la forma en la que la desazón le atenazaba la garganta—. Lo único que sé es que el acuerdo termina mañana. Cuando el reloj marque las doce, seré una mujer libre. Ya decidiré entonces qué hacer.

—Si crees que eso es lo mejor...

Molly no sabía lo que era lo mejor, pero era la única opción viable a su parecer. En ese momento le llegó la voz de Rider en la distancia:

—Zoey, ¿ya estás lista? En nada nos vamos.

Zoey giró el rostro en dirección a Rider.

—Sí, estaba hablando con Molly.

—¿Con Molly? —Escuchó el sonido de unos pasos apresurados y Rider apareció en su campo de visión tan apuesto y serio como siempre. Sonrió nada más verla y luego desvió la mirada hacia Zoey—. ¿Te importa si hablo a solas con ella?

—Ehhh...

—Gracias, cielo. —Le besó la mejilla sin dejarle responder y se llevó el móvil con él. Molly vio imágenes de movimiento hasta que Rider se detuvo y enfocó de nuevo su cara—. Perdón por la intromisión, pero había algo que quería que supieras en primicia. —Le vio buscar entre sus bolsillos visiblemente nervioso y sacar una cajita de terciopelo de uno de ellos. Molly se llevó las manos a la cara cuando la abrió y vislumbró un anillo de compromiso—. Voy a pedírselo hoy mismo, Molly. Quería que lo supieras porque eres su mejor amiga y sé que serás a la primera persona a la que se lo cuente.

—Oh, Rider... Me alegro tanto por vosotros, seréis tan felices...

Y de repente la mente de Molly se llenó de imágenes donde unos novios felices daban el sí quiero frente al altar. El problema de aquellas imágenes era que no pertenecían a Rider y Zoey, sino a ella y Brayden. Ella y Brayden sonriendo. Ella y Brayden besándose. Ella y Brayden cubiertos de pétalos rojos tras las nupcias... Imágenes de un futuro imposible.

Tras felicitarlo de nuevo colgó el teléfono y volvió a fijar la mirada en el lago, perdiéndose de nuevo en sus pensamientos. El frío cada vez era más intenso y el cielo plomizo anticipaba la nieve. El sol empezaba a desfilarse en el horizonte y supo que había llegado el momento de regresar

a casa de los Rowling. Era Nochebuena, se estarían preguntando dónde se había metido.

Detuvo un taxi, le dio la dirección correspondiente y bajó frente a la mansión de los Star. El pulso se le aceleró nada más poner los pies en el suelo, porque sentado en los escalones que daban acceso a la casa, estaba Brayden. Era tan obvio que la estaba esperando que, si el taxi no se hubiera marchado ya, habría entrado de nuevo para huir de allí bien lejos.

—Molly, tenemos que hablar.

Brayden



24 de diciembre

Falta 1 día para Navidad

Las cosas habían pasado tan precipitadamente que Brayden tenía la sensación de que apenas había tenido tiempo de pestañear. Un segundo estaba tomando chocolate con Molly, al siguiente su hermano había vuelto intentando ser el novio perfecto, al siguiente él estaba dentro de Molly de una forma brutal e intensa como nunca y al siguiente ella... se iba. Simplemente se había ido todo el día. La ansiedad dominaba los poros de la piel de Brayden, que no estaba habituado a tener que lidiar con cosas que escapaban a su control. Personas que escapaban a su control.

Y luego estaba el tema de no ser capaz de mirar a su hermano a la cara. Lo intentaba, pero le costaba cada vez más, porque algo dentro de él gritaba que, aunque él hubiera intentado convencerse de que Jayden no era de verdad novio de Molly, la realidad es que ambos seguían diciendo que lo eran. Ambos fueron juntos a la gala, vestidos de etiqueta y agarrados de la mano, y aunque Brayden acabó dentro del cuerpo de Molly de un modo demencial y satisfactorio, seguía sintiendo que estaba traicionando a Jayden y, al mismo tiempo, que su hermano no merecía a Molly.

No se sabía dónde había estado. No había dado una sola explicación y Brayden quería saber qué habían hablado ellos en la intimidad. Podría parecer que no tenía nada que opinar al respecto, pero después de lo ocurrido, Brayden pensaba que necesitaban, como mínimo, una charla acerca de cómo iban a desarrollarse las cosas.

En aquel momento, cargada de bolsas, con un gorro que le quedaba grande y los ojos abiertos como platos, Brayden hubiera dado un brazo por poder acercarse, besarla y calmarla con su cuerpo. No podía, era estúpido pensarlo, pero no podía evitarlo.

—Bien, de acuerdo, hablemos —dijo Molly con voz apenas audible.

—¿Vamos dentro? —señaló la casa y Molly lo siguió, pero Brayden no dejaba de pensar que parecía que iba al corredor de la muerte—. Oye, también podemos dejar las bolsas aquí e ir a tomar un café.

—Lo agradecería, la verdad.

Así lo hicieron. Dejaron las bolsas en el recibidor y buscaron la cafetería más cercana. Un día

antes de Navidad la ciudad de Nueva York era un hervidero de gente y nervios, así que pudieron refugiarse sin demasiados problemas en una esquina tranquila de la cafetería y dejar al resto del mundo fuera. Para Brayden, ni siquiera existían. Solo existía Molly en aquel momento.

—¿Te acostaste anoche con mi hermano?

Ella lo miró como si le hubiese dicho algo gravísimo, pero era algo que no había dejado dormir a Brayden.

—¿Qué?

—Necesito saberlo, Molly. Necesito saber si, después de mí, alguien más estuvo en tu interior.

Su boca se abrió de par en par, visiblemente ofendida, y Brayden fue consciente entonces de lo mal que había sonado.

—Eso ha sido increíblemente grosero, machista y...

—Lo sé, y te pido disculpas. Estoy nervioso.

—¡Yo también! Pero no me comporto así.

—Bueno, en honor a la verdad, tampoco yo me fui anoche con una mujer, así que no tienes motivos para comportarte así.

—Tú no tienes motivos para ser un maleducado y un cerdo. Independientemente de lo que yo hiciera anoche.

Su serenidad al decírselo conquistó a Brayden. Podía parecer una locura, pero el modo en que se enfrentaba a él, como a un igual, lo volvía loco para bien, le encantaba aquella mujer. Por primera vez sentía que quería una relación seria con alguien. Que ese alguien estuviera con su hermano era algo que, simplemente, no podía soportar.

—Molly, imaginarte en sus brazos... Saber que estuvo contigo después de que tú y yo... No puedo. Lo siento, sé que suena mal, pero es que no puedo soportar pensar que él y tú seguís juntos.

—Es mi novio, Brayden. Tu hermano es mi novio, te guste o no. —Su voz sonó rara, rota, como si no quisiera decir aquello.

—¿De verdad estáis juntos? ¿En serio me estás diciendo que lo que hicimos no significó nada para ti?

Ella tardó un poco en contestar, pero lo hizo.

—Quiero estar con Jayden. Es así como debe ser.

No la creía. No podía creerla cuando la tristeza inundaba sus ojos de un modo tan devastador. Cogió su mano y se dio cuenta que, pese a estar en el interior de la cafetería, seguía helada.

—Molly, entre nosotros hay algo especial. ¿Es que no lo notas? ¿Es que no lo notaste anoche? Cuando estuve dentro de ti... Joder, nena, eso fue lo mejor que he sentido en mucho tiempo y tú estabas allí, conmigo. Fue rápido, intenso y me habría encantado tener una noche entera para disfrutar de cada sensación vivida, pero aun así, me sentí el hombre más satisfecho del mundo. No puedes mirarme a los ojos y decirme que no significó nada. No te creo.

Dos lágrimas cayeron de sus ojos, partiendo el alma de Brayden. Pasaba algo. No sabía qué era, pero pasaba algo.

—Brayden, yo... me encantaría que las cosas fueran distintas. Más fáciles, pero la realidad es que yo estoy con Jayden y no puedo dejarlo. No un día antes de Navidad.

—¿Por qué no?

—Tus padres...

—¡A la mierda mis padres! Ellos entenderán lo que ocurre.

—¿Estás loco? ¿Quieres decirles el día antes de Navidad que te has acostado con la novia de su hijo menor y pretendes que lo entiendan? ¿Y Jayden? ¿No te importa lo que piense?

Brayden la miró fijamente. No lo había pensado. Lo cierto era que estaba tan frustrado y desesperado que ni siquiera había pensado en la reacción de sus padres o su propio hermano. Adoraba a Jayden, aunque fuera un irresponsable y provocara tantos dolores de cabeza a la empresa y a él mismo. No quería hacerlo sufrir, pero por otro lado, no creía en absoluto que su hermano estuviera tan enamorado como decía estar. No sabía si era porque los celos no le permitían pensar otra cosa, pero lo cierto era que seguía sin creer esa patraña de que estaban enamorados. Aun así, estaban a solo un día de Navidad. Molly tenía razón en algo: sus padres merecían tener un día especial, como cada año. No podían romper la calma de esa forma.

—Después de Navidad resolveremos esto, Molly. A como dé lugar.

Ella guardó silencio y él lo tomó como una afirmación. Las siguientes horas iban a ser un suplicio, pero una vez pasara la Navidad, Molly tendría que decidir si quería seguir con Jayden, por los motivos que fueran, o prefería romper con eso de una vez por todas y estar con él, donde podría encontrar algo verdadero. Duradero y real.

Solo tenía que aguantar veinticuatro horas más.

Molly



25 de diciembre

Día de Navidad

A la mañana siguiente, nada más despertarse, Molly revisó los mensajes pendientes. Tenía un audio de Zoey emocionada explicándole que Rider al fin había hincado la rodilla y le había pedido matrimonio. Se alegró por ella, sabía que llevaba tiempo esperando aquel momento. También tenía un audio de sus padres felicitándole la Navidad y prometiéndole que a la vuelta lo celebrarían a lo grande en su restaurante favorito de Nueva Jersey. Respondió todo con la desazón instalada en su estómago. Aquella desazón llevaba allí desde la noche de la gala en la que Brayden y ella intimaron, aunque se había intensificado la tarde anterior tras la charla que tuvieron en la cafetería. Él parecía tan seguro de que lo suyo tenía solución, que una parte de ella quería creerle. Pero aquella brizna de esperanza apenas duró unos minutos, hasta que regresaron a casa y Jayden le besó en los labios recordándole que no era una mujer libre.

Al despertar, estaba sola en la habitación. Jayden no se encontraba en el sofá donde había dormido aquellas dos noches, dejándole a ella la cama. El olor a café recién hecho se coló bajo la rendija de la puerta y supuso que sería la última en despertarse. No se equivocó. En la cocina le aguardaba un banquete espectacular para desayunar. Había bollos, tortitas, croissants, pastel de manzana, macaroons, huevos revueltos, bacon, tostadas... ¡Nunca había visto un despliegue de aquel calibre!

—¡Feliz Navidad, cariño! —dijo Jayden señalando la silla libre a su lado.

Selena le abrazó antes de sentarse, Jack le guiñó un ojo, Jayden le besó en la mejilla como el novio cariñoso que fingía ser y Brayden... Brayden la miró como si en vez de ojos tuviera dagas.

—Venga, chicos, a desayunar que los regalos esperan a ser abiertos bajo el árbol —apremió Selena.

Molly comió hasta reventar. Si aquel iba a ser el último día que pasaría en casa de los Rowling, no iba a estarse de nada, aunque tuviera que ponerse a dieta después.

De nuevo, la tensión los acompañó durante la ocasión. Por la forma en la que Selena no dejaba de hablar llenando los silencios, Molly comprendió que no era ajena al ambiente enrarecido que

reinaba entre sus hijos y ella.

Tras el desayuno, se dirigieron a la sala. Bajo el árbol de Navidad que Molly eligió diez días atrás, había un montón de regalos que fueron abiertos entre exclamaciones alegres y palabras de gratitud. De parte de Selena y Jack, Molly recibió un conjunto de guantes y bufanda precioso y suave de color lavanda, de Jayden una gargantilla que parecía ostentosamente cara y de Brayden...de Brayden una edición antigua y preciosa de *El principito*. Molly se quedó realmente asombrada con aquel regalo, le sorprendía que Brayden hubiera recordado que aquel era su libro favorito. Además, se notaba que era una edición de coleccionista. ¡A saber lo que le habría costado! En ese momento, al pensar en el regalo que le había comprado ella, sintió vergüenza, pues era una tontería en comparación. A Selena le había comprado unas entradas para un musical de Broadway que ella quería ver, a Jack un vinilo de Aretha Franklin, a Jayden una corbata elegante con estrellas y a Brayden una panorámica preciosa de Nueva York perfecta para colgar en la pared de su despacho en Los Ángeles. Se lo había comprado al recordar lo que le había dicho jugando al póker, que Nueva York era hogar. Molly no supo si entendió o no el regalo, pero la sonrisa que le dedicó fue suficiente para saber que le había gustado.

El resto del día lo dedicaron a preparar la cena: pavo relleno asado, salsa de arándanos, puré de patatas, verduras al vapor, coles de bruselas al horno, ponche de huevos, galletas de jengibre y tarta de manzana. Cocinaron al son de los villancicos más populares y la tensión pareció atenuarse durante la velada.

Cuando la noche cayó sobre la ciudad, Molly fue a prepararse para la cena. Aún llevaba puesto uno de esos pijamas navideños de los Star, y quería ponerse algo elegante y bonito para la ocasión. Entró en la habitación. Segundos después, lo hizo Brayden. Llevaba una guitarra en las manos y la miraba con una mezcla de intensidad y dulzura que la desarmó.

—Brayden, ¿qué haces aquí? Jayden puede llegar en cualquier momento.

—Jayden está ocupado ayudando a mamá con el ponche, así que tranquila por eso. Yo... solo quiero darte mi regalo de Navidad.

—Ya me has dado tu regalo de Navidad —dijo Molly refiriéndose al libro.

—Mi otro regalo. —Levantó la guitarra y sonrió—. No podía dártelo delante de mis padres.

—¿Quieres... regalarme una canción? —preguntó Molly entre sorprendida e intrigada.

—El otro día me dijiste que te gustaría escucharme tocar la guitarra. No suelo hacerlo a menudo, no me gusta tocar con público, pero he pensado que si te apetece podría hacer una excepción contigo, hoy.

—Oh. —Molly abrió ligeramente la boca y sus mejillas se tiñeron de rojo—. Me encantaría escucharte tocar.

Brayden asintió y se sentó sobre la banqueta que había a los pies de la cama. Molly cogió la silla del escritorio y se sentó frente a él, expectante. Le pareció leer turbación en los ojos de Brayden cuando la miró, pero desapareció en el mismo instante en el que sus dedos acariciaron las cuerdas de la guitarra. No reconoció la canción hasta varios segundos después, cuando su voz rasgada y varonil rozó el aire. Era *Perfect* de Ed Sheeran, una canción que a Molly siempre le había gustado y que, en aquel momento, en voz de Brayden, le pareció la más bonita del mundo.

Le sorprendió descubrir lo bien que cantaba Brayden. Molly estaba segura de que, de haberlo querido, hubiera podido triunfar en el mundo de la música como lo hizo su padre. El vello de la nuca se le erizó al ser consciente de la forma en la que Brayden cantaba, mirándola con dulzura, como si en vez de una canción cualquiera fuera una declaración de intenciones hacia su persona. Tragó saliva con fuerza y dejó que sus miradas quedaran enredadas hasta que la canción terminó.

Molly se quedó sin habla. Lo único que quería hacer en aquel momento era besar a Brayden, acariciar su pelo castaño, perderse en su mirada y hacerle entender que ella sentía lo mismo. Que él también era perfecto para ella.

—Brayden... Ha sido... increíble.

—No, tú eres increíble. —Se levantó de la banqueta, se acercó a ella y besó sus labios con suavidad, sin esperar que ella le diera permiso.

—Feliz Navidad, Molly. —Tras decir esto, volvió a levantarse y salió de la habitación dejándola con el corazón acelerado y la sensación de que acababan de hacer magia en sus labios.

Se arregló con un cosquilleo bailándole en la tripa. Dios, Brayden cada vez le gustaba más. Cada pequeña capa que él le descubría le hacía sentirse más y más atraída hacia él.

Una vez de vuelta a la cocina, ayudó a servir la mesa en la sala. Todo parecía perfecto. Los villancicos seguían sonando a su alrededor, la nieve caía perezosa fuera y la comida ya estaba lista para ser engullida.

Y, entonces, todo se torció.

La puerta del salón se abrió de golpe y Brayden entró ella con los ojos brillando de furia. Llevaba unos papeles entre las manos y, al ver a Jayden, se los lanzó con fuerza.

—¿Cómo has podido hacerle esto a Molly?

Fuera, los focos de varios coches aparcando enfrente se filtraron a través de la ventana. Durante unos segundos, todo fue caos y desconcierto, hasta que los papeles cayeron al suelo y Molly pudo leer el titular de lo que parecía una noticia: “Jayden Rowling deja embarazada a la modelo Monique Lillard”.

Fue en aquel momento cuando Molly supo que la farsa estaba a punto de saltar por los aires.

Brayden



25 de diciembre

Día de Navidad

Iba a matarlo con sus propias manos. Brayden no podía creer que su hermano fuera tan cerdo. Había hecho muchas cosas mal en la vida, sobre todo en lo referente a mujeres, pero aquello... Aquello era superar todos los límites. ¡Había dejado embarazada a Monique! ¡Estando con Molly!

—Intento buscar una definición que te sirva ahora mismo, pero no encuentro nada tan sucio y rastrero —dijo a su hermano.

—Jay, ¿qué demonios...? —Su madre recogió las hojas que Brayden había tirado. El dolor que atravesó sus ojos hizo que se encogiera. Cuando miró a Jayden, vio arrepentimiento en ellos, pero a Brayden eso no le bastó—. ¿Por qué?

—Mamá, escucha... es más complicado de lo que parece. Ese niño no es mío.

—¡Oh! ¿Vas a jugar esa carta? —preguntó Brayden—. ¿Te tiraste o no te tiraste a Monique? — Su silencio fue suficiente para que la ira de Brayden se desatara—. ¡Dejaste aquí a tu novia y te fuiste a follar con esta tipa a no se sabe dónde! ¡Qué cojones pasa contigo, Jayden? ¿Cuándo te convertiste en un enfermo de este calibre?

—¡Tiene explicación!

—Pues dala, hijo. —Su padre se plantó ante Jayden y lo miró más serio de lo que lo había hecho jamás—. Empieza a darla, porque ahora mismo todo lo que siento es una decepción tremenda. Sé que has tenido errores, nunca te he tenido por un hombre perfecto, pero tampoco estúpido, ni cruel. Hacerle esto a Molly...

—Tú no lo entiendes —dijo su hermano.

—¡Pues explícalo! —gritó Brayden, incapaz de creer que todavía no lo hubiera zarandeado.

—Molly, cielo, yo... —Su madre miró a la novia de su hermano y la mujer que él deseaba con lágrimas en los ojos—. No sé cómo disculparme por...

—No, por favor, no —dijo esta llorando y rompiendo el corazón de Brayden.

—No es tu culpa —le dijo Brayden—. Nada es tu culpa, que mi hermano sea un...

—¡No es mi novio! —gritó Molly dejándolos a todos sorprendidos—. Jayden no es mi novio.

—Molly, para —Jayden se acercó a ella e intentó tocarla, pero se negó—. Vamos, nena...

—¡No! Jayden, ¿por qué sigues con esto? Tienes una familia increíble que te quiere y respeta. ¡Deja de mentir! Diles la verdad y apóyate en ellos. Así es como debería ser.

El silencio que se hizo en el salón era el más tenso que recordaba en mucho, mucho tiempo. Su madre estaba tan conmocionada que no podía ni hablar. Su padre, por el contrario, enfrentó a Jayden de una vez por todas.

—¿Qué está pasando aquí, Jayden?

—Nada.

—Jayden casi me atropelló la noche que vine aquí —siguió Molly, llorando sin disimulos ya—. Acababan de despedirme, iba cruzando la calle y él casi me atropella. Discutimos y me ofreció cincuenta mil dólares si venía aquí y me hacía pasar por su novia.

—¿¿¿Qué hiciste qué???? —gritó Brayden a su hermano.

—¡No fue su culpa! O no toda —siguió Molly—. Él... —Sonrió, pero fue una sonrisa llena de amargura—. Creo que él solo quería que fuerais felices y no pensarais mal de él.

—¡Pues te ha salido fatal! —gritó Brayden de nuevo.

—Pero... —siguió Molly.

—Déjalo, nena. No lo van a entender. —Jayden la miró con una sonrisa que destrozó los nervios de Brayden.

Miró a Molly, intentando encajar todas las piezas, y se dio cuenta de que, en realidad, no sabía quién era aquella mujer.

—¿Aceptaste cincuenta mil dólares para fingir con una familia desconocida? ¿Nos... mentiste?

Los ojos de Molly mostraron tan remordimiento que Brayden no necesitó que dijera más. Aun así, ella lo intentó. Tartamudeó un par de veces, haciendo que Brayden recordara los problemas que había tenido de pequeña, y al final consiguió hablar.

—No debí hacerlo. Estaba desesperada porque iba a pasar la Navidad sola, sin trabajo, ni dinero y... No contaba con enamorarme de vosotros. —Miró a Brayden con tal tristeza que se encogió un poco—. De todos vosotros.

Brayden quiso decir algo. Lo que fuera. Le servía cualquier cosa, pero solo pudo mirarla sin dar crédito a toda aquella situación.

—No debiste hacerlo, jovencita —dijo su padre.

Si bien las palabras no eran muy duras, el tono sí lo fue. Brayden no se asustó, era el que había usado un millón de veces con él y con su hermano, pero Molly se encogió tanto que casi desapareció de la escena.

—Será... será mejor que me vaya.

Quería pararla. Decirle que esperara un maldito momento para que pudiera procesar lo ocurrido, pero lo cierto es que Brayden observó cómo se marchaba mientras su mente disparaba un montón de pensamientos en todas direcciones. Cuando la puerta se cerró de golpe y su hermano Jayden habló, fue como si la realidad le abofeteara la cara.

—Lo siento, yo no...

—¡Lo que has hecho es lo más sucio y rastroso del mundo! —gritó Brayden—. ¿Meter una desconocida en casa? ¿Pagarle cincuenta de los grandes para que finja ser tu novia? Pero ¿a ti qué demonios te ocurre, Jayden? ¡Y para colmo la traes y te largas con esa...!

—El bebé de Monique no es mío.

—¡Da igual! —Brayden perdió los papeles como hacía mucho que no los perdía—. ¡Da igual porque todo esto lo has armado tú! ¡Has conseguido destrozarnos la Navidad de esta familia y ahora

tendremos que trabajar durante días para limpiar tu nombre... otra vez! ¿No te cansas de dejar mal a esta familia?

Se arrepintió de sus palabras en cuanto las dijo, pero no las retiró, porque estaba enfadado y, aunque no ocurría a menudo, cuando Brayden tocaba techo, era difícil que volviera atrás. Vio el dolor que causó en su hermano, pero luego concentró su mirada en su madre, que los miraba a ambos con los ojos anegados de lágrimas, y la rabia volvía a comérselo por dentro. Habían estropeado la única fecha en la que su madre les pedía que prescindieran de los dramas todo lo posible.

—Mamá... —dijo.

—No, cielo, cállate ya —susurró su madre—. Callaos los dos. Estoy tremendamente disgustada, no solo por los gritos, sino por la mentira. —Miró a Jayden—. ¿Qué hemos hecho tan mal para que pienses que tienes que mentirnos de esa forma, hijo?

—Solo quería alegraros la Navidad con una buena noticia. Molly apareció en mi vida y...

—No apareció, Jayden. La atropellaste —le recordó Brayden.

—No llegué a atropellarla. Acababan de despedirla, necesitaba dinero... ¡no sé! Pensé que era buena idea y que todo el mundo ganaba.

—¿Y cuándo pensabas destapar la mentira, hijo? —preguntó su padre.

—Quería esperar que pasara la Navidad. No lo pensé, papá. La verdad es que no pensé que yo tendría que marcharme porque Monique amenazaba con contar su mentira a los medios, como al final ha hecho. No pensé que Molly sería tan especial que os encariñaríais con ella y, desde luego, no pensé que mi hermano se enamoraría en tiempo récord de mi novia ficticia.

—Eso no es...

Jayden lo cortó con una risa seca sin dejarlo acabar la frase.

—Oh, vamos, Bray. No más mentiras, ¿recuerdas?

Molly



25 de diciembre

Día de Navidad

Molly cerró la puerta principal de los Star tras de sí huyendo de los gritos que, amortiguados, le llegaban desde el salón. Unos flashes la cegaron al salir y un par de periodistas la avasallaron lanzándole preguntas que no respondió. Las lágrimas le picaban en los ojos, resbalaban por sus mejillas y le emborronaban la visión. Al final, su mentira con Jayden había acabado saltando de la forma más imprevisible. Se alejó de la zona residencial a toda prisa zafándose del asedio de los medios que intentaban a toda costa sonsacarle información sobre su relación con Jayden y la familia Rowling y buscó una calle más transitada donde pasaran taxis. Detuvo uno después de casi media hora esperando bajo la nieve. Se notaba que era Navidad y que su afluencia era menor.

Llegó a su piso tras un trayecto que se le hizo eterno. La nieve le había calado la ropa y le castañeaban los dientes por el frío. También temblaba, aunque no estaba segura de que ese temblor fuera producto solo del frío.

Nada más entrar en su pequeño apartamento, se quitó la ropa sobre la alfombra del recibidor y fue a por toallas para secarse. Se puso un pijama de franela caliente y, al instante, echó en falta los pijamas navideños de los Star. Se mordió el labio, con la angustia agujereándole el pecho, y observó su piso sintiéndose una extraña en él. No se reconocía entre sus cosas. Era como si la Molly de antes de los Star fuera una Molly completamente distinta a la Molly de después. Vio una foto de John y ella sonriendo sobre la repisa del mueble del televisor y solo sintió vacío. El enfado por la ruptura había desaparecido para dar paso a la indiferencia. Lo que había sentido por John no era nada parecido a lo que había llegado a sentir por Brayden en esos diez días. ¿Cómo era posible? John había sido confort, seguridad, cariño. Brayden... Brayden lo había sido todo. El compañero perfecto, el amante ideal, el amigo incondicional. Brayden era un torbellino de emociones que le cerraba la boca del estómago y le enloquecía el corazón, y lo había perdido por no saber gestionar de forma adecuada la situación. Entonces recordó una frase que alguien le dijo una vez: la vida es la suma de aquellos momentos que te transforman. ¡Cuánta razón! Sin duda, aquellos diez días la habían transformado.

Necesitaba hablar con alguien. Con el corazón clavado en la garganta, cogió el móvil dentro de su bolso. Tenía varias llamadas perdidas: de Brayden, de Jayden, de Zoey... No se lo pensó dos veces y llamó a su mejor amiga, esta vez solo por voz.

—¡Molly! ¿Estás bien? —preguntó Zoey que parecía preocupada—. Acabo de ver una foto tuya en internet saliendo de casa de los Star. ¿Qué ha pasado?

Maldijo en voz baja a los paparazzi que la habían acosado en su huida por haberle hecho aquellas fotos a traición. Pensó en sus padres y deseó que aquellas noticias no llegaran a Hawái.

—Todo se ha ido al traste, Zoey, todo... —susurró Molly al borde de las lágrimas de nuevo.

—¿Por lo de Monique?

—Eso solo ha sido el detonante. —Molly revivió el episodio. Una tristeza profunda le tensó el cuerpo entero al recordar la mirada decepcionada de Selena, la dureza de las palabras de Jack y el dolor en la expresión de Brayden—. ¿Cómo he podido hacerlo tan mal?

—Estabas ofuscada, Molly, los seres humanos a veces nos equivocamos.

—Lo he estropeado todo.

—No seas tan dura contigo misma, cielo. Aún no es tarde para solucionarlo.

Molly suspiró volviendo a recordar la forma en la que Brayden la había mirado antes de abandonar la sala. Él nunca la perdonaría, no después de haber descubierto su mentira de esa forma. Había alargado aquello demasiado y ¿para qué? Ella se había quedado sin el dinero y Jayden había decepcionado a sus padres de igual forma. Aquel teatro no había servido para nada.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Zoey sacándola de aquella diatriba mental.

—No lo sé, supongo que marcharme unos días a casa de mis padres mientras reordeno mi vida y mis prioridades —dijo, estos no regresaban hasta después de Fin de Año, pero estar de vuelta a Nueva Jersey le haría bien.

—No creo que eso sea buena idea tal y cómo están las cosas. Eres noticia, Molly, los periodistas te buscarán allí si no te encuentran en tu piso—dijo Zoey que parecía alarmada—. Eres la desconocida que fue con Jayden a la gala, todos piensan que formas parte de un triángulo amoroso: Jayden, Monique y tú. Tardarán pocas horas en descubrir tu nombre y tu dirección.

—Todo esto es ridículo —dijo Molly sin dar crédito. Cuando aceptó aquel acuerdo con Jayden desconocía dónde se estaba metiendo.

—¿No hay ningún otro sitio donde te puedas quedar?

Molly pensó. No, no conocía ningún sitio lo remotamente lejos y seguro donde poder refugiarse de aquella tormenta mediática.

—Zoey, no tengo a donde ir, además, apenas tengo dinero para subsistir un mes o dos.

—Pues vente a Lemonville.

Molly abrió la boca sorprendida por aquella propuesta tan descabellada. ¿Qué se le había perdido a ella allí?

—Zoey, es una locura, no puedo presentarme en casa de tus suegros como si tal cosa.

—Sí que puedes, los Johnson son muy buena gente. En cuanto les cuente tu situación no dudarán en acogerte.

Algo le decía a Molly que su situación y los pecados derivados de ella no serían algo precisamente fácil de comprender para un pastor y su mujer, pero no quiso contradecirla.

—No sé si es buena idea, Zoey.

—¿Por qué no? Lemonville es un pueblecito pequeño y perdido en ninguna parte. Aquí nadie va a venir a buscarte. Además, así no pasas la nochevieja sola. —La oyó teclear en lo que supuso que era un ordenador—. Ahora mismo voy a comprarte un billete para el primer vuelo que salga

hacia Alabama. No acepto un no como respuesta. Rider y yo iremos a buscarte al aeropuerto, ¿vale?

De repente, la posibilidad de abrazar a Zoey se le antojó una opción prioritaria.

—Vale, vale, acepto.

Adivinó una sonrisa al otro lado del hilo telefónico.

—Este sitio te encantará, ya verás.

Brayden



26 de diciembre

Brayden iba a volverse loco. La noche anterior, después de discutir con sus padres y su hermano hasta altísimas horas, intentó averiguar la dirección de Molly, pero era como si se la hubiera tragado la tierra. No comprendía cómo no le había preguntado nunca dónde vivía. ¡Era absurdo! En cuanto amaneció aquel día, se puso a trabajar en averiguarlo y, cuando por fin tuvo la dirección, no lo pensó a la hora de ir a buscarla pero no la encontró.

Se había marchado en medio de todo el drama y, según creía Brayden, probablemente estuviera fustigándose y pensando que la odiaban. No era así. Él necesitaba encontrarla y hablar con ella para dejar de una vez por todas la patraña de Jayden atrás. Necesitaba aclararlo junto a ella, que le contara cómo fue todo y, una vez hecho, olvidarlo y pedirle que estuviera con él. ¡Podían hacerlo! No había impedimentos, joder. Sí, la prensa seguramente se haría eco, pero su hermano llevaba toda la vida protagonizando escándalos y jamás había pasado nada. A lo mejor había llegado el momento de que él protagonizara uno. Se había pasado la vida entera intentando no llamar la atención, siendo trabajador en exceso, comprometido en exceso y serio en exceso. Y ahora que había perdido a Molly, se daba cuenta de que había sido una vida un tanto incompleta. Prefería la vida cuando ella estaba en sus días, alterándolo todo con su modo de moverse por la casa, parlotando sin cesar sobre cualquier tema, discutiendo con él sin miedo, de igual a igual. Dudaba mucho que pudiera volver a su casa enorme y vacía sin sentir que una parte de él se había ido con Molly.

Pero no aparecía. Era un hecho. Se la había tragado la tierra y no tenía intención de ser encontrada. Volvió a casa intentando pensar en positivo. Trazar un plan que lo ayudara a dar con ella.

Al entrar, encontró a sus padres sentados en el sofá.

—¿Has dado con ella? —preguntó su padre.

No le extrañó que supieran que había ido a buscarla, aunque no lo hubiera dicho. Negó con la cabeza y fue su madre la que esbozó una pequeña sonrisa.

—Creo que tenemos una conversación pendiente, hijo.

Brayden se sintió como aquella vez que, con nueve años, ayudó a Jayden a robar el gato de su vecina porque querían una mascota y sus padres no cedían. Cuando se dieron cuenta, les cayó tal bronca que jamás pidieron una mascota. Nunca olvidaría el momento previo a aquella charla, y en aquel instante revivió las mismas sensaciones. Tenía que dar explicaciones, lo sabía. Aunque Jayden fuera experto en hacer lo que le diera la gana sin importarle nada, él no era así. Él era un hombre que iba de frente. Se enorgullecía de ser sincero y consecuente, y así debía ser.

Se sentó en el sofá y lo contó todo. Les habló del modo en que Molly se fue metiendo dentro de él. De que nunca creyó realmente que fuera novia de Jayden y de que la noche de la gala hicieron el amor.

—¿Qué? ¿Cómo...? ¿Cuándo? ¿En casa, con tu hermano? —preguntó su madre espantada.

—En la misma gala. Y no pienso dar detalles.

—Te lo agradezco, hijo. —Su padre suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Tenemos un problema. Tu hermano está pasándolo realmente mal también y...

—¿Mi hermano está pasándolo mal? —preguntó Brayden con cierta sorna—. Esto es su culpa. Lo mínimo que merece es pasarlo mal.

—No seas así, hijo —dijo su madre—. Es tu hermano.

—Estoy harto, mamá. Estoy cansado de cubrirle las espaldas, de justificarlo, de convencerme de que cambiará en algún momento. Ya no espero que madure, pero al menos lo he tenido siempre por una buena persona. Esto que ha hecho...

—Bray, tenía sus razones —dijo su padre.

—¡Claro que tenía sus razones! Sus razones eran, básicamente, que tenía que hacer lo que fuera para salirse con la suya y seguir quedando como el hijo perfecto que no es.

—Tú tampoco eres perfecto Brayden. —El dolor que sintió por las palabras de su madre fue lacerante—. Eres serio y responsable, sí, pero también eres muy estricto. En eso te pareces a mí. Tu padre siempre fue más relajado. —Suspiró y se puso en pie para caminar hasta donde estaba y abrazarlo por el costado—. Soy vuestra madre, os quiero muchísimo y me parte el alma que estéis mal, pero sobre todo me duele que penséis que tenéis que ocultarnos cosas.

—Yo no oculté nada. Es él quien ha dejado preñado a Monique y pagó a Molly para que fingiera.

—Y fuiste tú quien se enamoró en solo diez días de su supuesta novia y le hizo el amor en una gala, cuando supuestamente estaban juntos.

Brayden quiso rechazar el aguijón de culpabilidad, pero no lo logró a tiempo.

—¿Quieres a esa chica? —preguntó su padre de pronto, cambiando de tema.

Lo miró y sopesó su respuesta, pero la verdad es que no había mucho que pensar. El día anterior, cuando la vio partir, sintió que una parte de él se iba con ella.

—Sí.

Su padre se levantó, se acercó y lo miró a los ojos, de hombre a hombre.

—Entonces sacude el mundo hasta que aparezca, arregla las cosas con ella, tráela de vuelta y luego arregla tu relación con tu hermano. Haz que me enorgullezca de ti, como siempre ha sido.

Asintió una sola vez. Estaba tan conmocionado que no le salían las palabras. Todo lo que sabía era que su padre tenía razón. Primero tenía que encontrar a Molly, conseguir que lo escuchara y convencerla de que podían tener un futuro juntos. Luego, si salía bien, sopesaría tener una charla con su hermano y hacer las paces con él.

Subió a su habitación, porque iba a quedarse con sus padres hasta año nuevo, a no ser que encontrase antes a Molly, y cuando pasó por la habitación de Jayden y oyó la música del interior

estuvo tentado de entrar y tener una charla con él, pero lo cierto era que, con todo lo ocurrido, sentía que lo último que quería era animar a su hermano. Lo quería más que a la mayoría de personas que conocía, pero había pasado una línea y esta vez iba a serle más complicado conseguir que lo perdonara.

Solo esperaba que, al final, si la Navidad tenía algo de magia, como solía decir Molly, todo se solucionara de alguna forma. Y si lo conseguía, si recuperaba a la que consideraba su chica y a su hermano, Brayden se prometió hacer de las siguientes navidades las más especiales de la familia Star.

Molly



15 de enero

—Hola, cielo, soy mamá. ¿Se puede saber dónde te has metido? Cuando nos mandaste aquel mensaje el día de Navidad diciendo que te ibas de Nueva York unos días, no pensamos que serían tantos. ¡Estamos a 15 de enero ya! Y no hay forma de que poder hablar contigo, siempre tienes el móvil desconectado. Llamé a tu oficina el viernes y me dijeron que ya no trabajabas para ellos. Llamé a John después y me contó que ya no estabais juntos. No entiendo nada cariño, ¿qué está pasando contigo? Además, la vecina me trajo ayer una revista de cotilleos donde hablan de ti y de un tal Jayden... Estoy confusa y disgustada. Por favor, llámame en cuanto puedas. Necesito respuestas. Un beso.

Tras escuchar el audio, Molly suspiró con intensidad. Tres semanas. Ese era el tiempo que Molly llevaba escondida en el pequeño pueblo de Lemonville, en Alabama. Tres semanas lejos de Nueva York, de los periodistas curiosos y de los Star. Había pasado todo aquel tiempo intentando que la tormenta mediática no la atrapara y lo había conseguido. Poco a poco, su nombre había ido desapareciendo de los medios para centrarse en el embarazo de Monique y la supuesta paternidad de Jayden. A cambio, había tenido que mantenerse alejada de todo y todos, incluso de sus padres. Había mantenido el móvil apagado para evitar tener que responder llamadas. Solo lo encendía una vez al día para ocuparse de lo importante, como en aquella ocasión. Sabía que Brayden había intentado ponerse en contacto con ella. Tenía muchas llamadas perdidas y mensajes que decidió no leer por el bien de su salud mental. Molly sabía que lo suyo había terminado y no estaba preparada aún para enfrentarse a su decepción.

Respecto a sus padres... Sabía que no podía seguir dándoles largas, pero tampoco se sentía con ánimo de mucho más. Aquel estado de nerviosismo permanente había terminado por afectarle a nivel físico. Estaba cansada, malhumorada y descentrada todo el día, como si tuviera una nebulosa instalada en su cabeza. Por suerte, los Johnson eran amables con ella. Rider antes de regresar con Zoey a Nueva York se había ocupado de que la trataran como una más de la familia y eso habían hecho hasta la fecha. Los hermanos de Rider se habían esforzado para integrarla en los quehaceres de su vida cotidiana, tal era así que apenas tenía tiempo para pensar,

cosa que agradecía. Sobre todo había conectado con Carter, el hijo menor de los Johnson. Le sorprendió descubrir lo bien que el pastor y su mujer llevaban el hecho de que fuera gay, aunque este le había explicado que al inicio les costó un poco aceptarlo.

El caso es que Molly se encontraba en el pequeño pueblo de Lemonville y no tenía intención de regresar a Nueva York. Puede que aquel pueblo fuera un lugar excéntrico lleno de limoneros, platos hechos con limón y gente obsesionada por ese cítrico, pero se sentía cómoda y segura en aquel lugar.

Miró el icono del audio de su madre con tristeza. Necesitaba uno de esos abrazos reconfortantes que solo ella sabía darle y que le hacían sentir bien al instante. Sentada en una de las mesas del pub irlandés del pueblo, esperando la llegada de Carter, con el que había quedado, apretó el botón de grabar y respondió intentando mantener un tono de voz neutro que no dejara traspasar la pena que sentía.

—Hola mamá. Siento mucho todo lo que ha pasado, de verdad, hay muchas cosas que necesito contarte, pero creo que es mejor hacerlo cara a cara. En cuánto las cosas se hayan calmado del todo prometo regresar a casa y hacerlo. Solo necesitas saber que estoy bien. Os quiero.

En aquel momento, la puerta del pub irlandés del pueblo se abrió y Carter entró. Saludó al dueño del pub, un pelirrojo llamado Liam muy simpático que siempre le atendía con una sonrisa, y se sentó frente a ella.

—Toma. —Depositó una bolsa de papel en la mesa—. Para que salgas de dudas.

Molly no supo a lo que se refería hasta que sacó de la bolsa un test de embarazo. Sus mejillas se encendieron al instante y volvió a meterlo dentro de la bolsa a toda prisa.

—Carter, ya te he dicho que solo tengo un retraso —dijo bastante molesta por su intromisión. El día anterior había cometido el error de contarle que tenía una falta. Hacía una semana que le tenía que haber bajado la regla y solía ser bastante regular, pero estaba prácticamente convencida de que la causa de aquel desajuste era el estrés. ¿Estaba preocupada? Un poco. Era inevitable estarlo al recordar aquel polvo sin protección dentro del baño con Brayden, pero sabía que las posibilidades de quedarse embarazada la primera vez y en esa posición eran muy bajas.

—¿No es mejor asegurarse? Ayer te dolía la tripa y tenías náuseas y hoy has vomitado nada más levantarte.

—Será un virus.

—Puede que sí o puede que no. ¿Por qué no salir de dudas?

Molly se mordió el labio y dio un trago a su café, ganando tiempo para responder. No quería hacerse la prueba, esa era la cosa. Y no quería hacérsela porque en el fondo tenía miedo al resultado.

—¿Y si esperamos unos días?

—Venga, nena, que solo tienes que hacer pis en un palito, no es para tanto —insistió él.

Molly le miró ceñuda. A pocos metros de donde se encontraban sentados, Hope, la hija de Liam y Autumn, su pareja, se ponía de pie cogiéndose de la pata de una mesa. Era preciosa, con su pelo cobrizo y sus mofletes regordetes que daban ganas de morder. Le encantaban los bebés, siempre le habían gustado, pero algo dentro de ella se agitó al pensar que podía tener uno propio. ¡Y de Brayden!

—Está bien, vale, pero solo para demostrarte que te equivocas —concedió Molly, y se levantó en dirección al baño seguida de Carter.

Molly entró con el test de embarazo y Carter se quedó fuera. Le costó horrores hacer pis, los nervios no ayudaban. Cuando lo consiguió, miró el palito con las manos temblorosas y salió.

Carter le esperaba con el prospecto del test en la mano.

—A ver, según esto hay que esperar un par de minutos. Una rayita, negativo, dos rayitas, positivo. ¿Sale algo?

—No sé, no puedo mirar —dijo Molly incapaz de fijar sus ojos en el palito que sujetaba entre las manos.

—Anda, trae para aquí. Ah, mira, una rayita. —Carter parecía la calma personificada a su lado.

—Entonces, ¿es negativo?

—Solo ha pasado un minuto, paciencia.

Aquel minuto de espera fue el más largo de la vida de Molly. Carter miraba el palito sin cambiar la expresión de su rostro, y aquello aún aumentaba más su ansiedad.

—¿Ya?

—Ya.

—¿Y qué?! —prácticamente gritó.

—Es negativo —dijo con voz tranquila.

—¿En serio? —Molly sintió un alivio instantáneo seguido de otro sentimiento más fuerte, ¿desilusión? Lo cierto era que, por unos instantes, pensar en sostener a un bebé con los genes de los Star, le había gustado. Incluso se había preguntado si habría heredado su don para la música o su obsesión por la Navidad. Entonces, lloró. Lloró porque aquel test negativo era la confirmación de que no le quedaba nada de Brayden y esos diez días compartidos.

—No.

Molly le miró.

—¿Qué?

—Que no es negativo, es positivo. Estás embarazada.

El corazón de Molly dio un vuelco y le quitó el test de las manos para mirarlo ella. En el palito había no una, sino dos rayas. ¡Estaba embarazada!

—¿Y por qué me has dicho que era negativo? —le preguntó entre las lágrimas, con una pequeña sonrisa dibujada en la curva de sus labios.

—Estaba poniendo en práctica una técnica aprendida en Friends, cuando Rachel se hace el test de embarazo en la boda de Mónica y Phoebe miente sobre el resultado para saber cómo se sentía respecto a él en realidad.

—Eres... lo peor.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Carter.

Fue entonces cuando el peso de lo que significaba aquello le cayó encima. Un bebé. Iba a tener un bebé de Brayden. ¡Estaba embarazada!

—No... no lo sé.

Lo único que sabía era que no podía contárselo a Brayden. Él pensaría que quería atraparle como Monique a Jayden, y eso no podía permitirlo.

Brayden



25 de enero

Brayden no podía entenderlo. Acababa de desembarcar en el aeropuerto de Nueva York agotado, necesitado de café en vena y sin entender cómo había conseguido Molly esconderse un mes entero. ¡Un mes entero! Era como si se la hubiera tragado la tierra. Acababa de regresar de Los Ángeles, donde había tenido que firmar un contrato con un grupo nuevo que empezaba a despuntar, y en aquel instante tenía que ir derecho a la oficina de Nueva York y reunirse por primera vez con su hermano Jayden. Habían mantenido una relación estrictamente profesional a través de correos. El resto de navidades en casa de sus padres quedó catalogada como una de las más incómodas de su vida. Intentaban por todos los medios no hablarse, y contra todo pronóstico lo consiguieron. Por lo general, Brayden no aguantaba mucho tiempo enfadado con Jayden. Lo quería demasiado. Pero esta vez era distinto. Esta vez se trataba de que había encontrado a la que pensaba que podía ser la mujer de su vida. Había atravesado una serie de sentimientos contradictorios en solo diez días y se había dado cuenta de que, aunque estuvo con Molly poco tiempo, había dejado una huella imborrable.

No sabía qué pensaba su hermano al respecto, pero él había dejado claro que iba a buscarla y pedirle una oportunidad, así que Brayden supuso que por ese motivo Jayden no había insistido en hablar con él. Lo echaba de menos. Esa era la verdad. Echaba de menos tomar una cerveza con él los viernes al acabar la jornada. O que se presentara en su casa con sus mil líos de faldas dispuesto a ver un partido con él. El modo en que se reía de lo estirado que podía ser y su risa. Echaba de menos la risa de su hermano.

Hizo una mueca mientras subía en el taxi que había cogido y miraba los rascacielos de la Gran Manzana. Echaba de menos a Jayden, sí, pero de alguna forma sabía que tarde o temprano haría las paces. Eran hermanos, no podía ser de otra forma.

Al pensar en Molly, en cambio, el sentimiento era completamente distinto. Cada vez había menos sitio para la esperanza dentro de él. Empezaba a pensar que nunca daría con ella. No lo entendía. Tenía que haberse cambiado de país, porque no se lo explicaba. Pidió al taxi que pasara por su calle solo para tocar en su portero y comprobar, una vez más, que no estaba. Luego fue al edificio en el que tenían las oficinas y se metió en su despacho para esperar a Jayden.

Lo hizo sorprendentemente pronto, tratándose de él. Además, para su sorpresa, su aspecto no

era el mejor. Jayden podía ser muchas cosas, pero cuidaba su aspecto como nadie, sobre todo en horario laboral, así que le sorprendió verse el traje arrugado, unas ojeras tan profundas y un brillo de algo parecido a la tristeza en sus ojos.

—Hola —musitó desde la puerta—. ¿Puedo pasar?

Demasiado tiempo sin verse, pensó Brayden. Y demasiado frío todo, pero era lo que tocaba hasta que hablaran. Brayden quería volver a tener a su hermano de vuelta, pero una parte de él le guardaba rencor por haber hecho las cosas tan mal con Molly, y aunque quisiera no podía controlarlo. No manejaba sus sentimientos. Era algo que había descubierto estando con Molly. Puede que le gustara fingir que lo tenía todo bajo control, pero lo cierto era que Brayden Star no tenía ni idea de lo que hacía la mayor parte del tiempo. Había sido así desde que ella se marchó, al menos.

—Claro que puedes pasar —aclaró a su hermano—. ¿Cómo estás?

—Bueno, he tenido épocas mejores.

—Ya... ¿Y Monique?

El suspiro de su hermano fue tan hondo que le causó compasión al instante.

—Bien, está bien. Sigue asegurando que el niño es mío, pese a que sea imposible.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Yo ya no estaba con ella, Bray. En serio, tienes que creerme. Ese bebé no es mío. Yo jamás me desentendería si supiera que hay una mínima posibilidad de ello. Monique solo quiere llenarse los bolsillos mientras dure la pantomima del embarazo. En cuanto lo para y pueda demostrar que no es mío, esto se acabará. El problema es que van a ser meses muy largos.

—¿No hay ninguna prueba que pueda hacerse antes?

Jayden encogió los hombros.

—No lo sé, porque me ha dejado muy claro que no piensa hacerse nada hasta que nazca. Una prueba más de que no es mío, pero eso no impedirá que vaya hablando por ahí.

Brayden guardó silencio un instante. No quería decir nada que contribuyera a empeorar el estado de ánimo de su hermano, pero lo cierto era que odiaba verlo tan mal.

—Si estás tan seguro, esto acabará. Ya queda menos.

Jayden soltó una risa irónica. Se restregó los ojos y se sentó en actitud derrotada.

—Mientras tanto, he jodido la vida a ¿Cuántas personas? Tú, papá, mamá y Molly de manera directa. En la mala fama que dará esto a la empresa intento no pensar, porque entonces...

—Si te digo la verdad, lo único que me preocupa es Molly. Mamá y papá siempre estarán contigo, aunque te hayas equivocado, y yo...

—¿Y tú? —preguntó su hermano con un hilo de esperanza.

Brayden suspiró. Era inútil intentar resistirse. Era su hermano. Llevaba su sangre.

—Yo solo quiero dar con ella. La quiero, Jayden. Es una locura. Una completa locura. Solo la he visto diez días, pero te juro que en esos días me sentí más vivo que en toda mi jodida existencia. Ella hacía que... hacía que todo fuera mejor. Más bonito. Hacía mi vida más bonita. Una parte de mí nunca creyó que fuera tu novia, pero otra se sintió como una mierda porque pensaba que te estaba traicionando y...

—Ella intentó romper conmigo. —Hizo el gesto de las comillas y Brayden lo miró asombrado—. Molly intentó romper conmigo la misma noche que llegamos de la gala benéfica. Le dije que no podía hacerlo, porque solo pensaba en mí, en mis problemas y en que quería que, cuando todo lo de Monique saltara por los aires, al menos papá y mamá tuvieran el cariño de Molly. Que esa relación ficticia me ayudara a ganarme la confianza de mamá, papá y la tuya. No tenía ni idea de

que queríais estar juntos. No la tuve hasta esa noche, cuando ella intentó romper. Y me negué, Bray. Me negué porque soy un idiota egocéntrico y gilipollas que nunca ha sabido valorar lo que tiene y...

—¿Aceptó el dinero? —Jayden lo miró desconcertado—. ¿Se llevó el dinero que prometiste darle? ¿Se lo has ingresado de alguna forma?

—No. Ella no quería el dinero. Solo quería estar contigo.

El corazón de Brayden sufrió un pequeño shock. Molly había querido estar con él, pero por otro lado había salido corriendo y estaba consiguiendo, con cada día que pasaba, alejarse más y más.

—La necesito de vuelta. Yo... quiero decirle que la quiero. Que no me importa nada ese trato que hicisteis y que... no sé. Que quiero estar toda la jodida vida con ella. —Jayden sonrió un poco y asintió.

—Lo harás, hermano.

—¿Cómo? Dime, Jayden, ¿cómo lo haré? ¡Es como si hubiera hecho un agujero en la tierra y se hubiera colado en él! No soporto pensar que anda por ahí, en alguna parte del mundo, pensando lo peor de nosotros. De mí.

—Estará lamiéndose las heridas, pero voy a dar con ella. ¿Me oyes, Brayden? Daré con tu chica.

—¿Tú?

—Yo. —Jayden se levantó, se acercó a su hermano y puso una mano en su hombro—. Moveré medio mundo, y si al hacerlo no aparece, moveré el otro medio. Te prometo, hermano, que haré esto por ti. Daré con ella y haré todo lo que esté en mi mano por dejarle claro que su novio, el verdadero, está esperándola.

—Yo ya la he buscado por todas partes, Jay. Ya no sé qué más hacer.

—¿Qué te parece comprar un anillo de compromiso bonito? —Brayden lo miró con los ojos de par en par y su hermano soltó una carcajada—. Cuanto más tiempo adelantes, mejor, ¿no crees?

Era una locura. Una completa locura, pero lo cierto es que aquel día, cuando salió del despacho, lo hizo con la intención de buscar el anillo perfecto para Molly. Había confiado muchas veces en Jayden y se había decepcionado a menudo, pero había algo en su mirada... Esta vez iba en serio. Su hermano por fin haría esto por él. Estaba completamente seguro.

Si él no daba con ella, entonces nadie más podría.

25

Molly

1 de febrero

Molly se sentó en uno de los bancos de la plaza central de Lemonville para disfrutar del calor que aquella mañana emanaba el sol invernal de Alabama.

Un mes y una semana era lo que Molly llevaba ya en ese pueblecito obsesionado por los limones. Saludó a Ashton, de la cafetería, y a Betty, del supermercado. Todo el mundo la conocía ya como la neoyorquina que se hospedaba en casa del pastor Johnson y su mujer. Sonrió al ver de lejos a Autumn, la novia del dueño del pub, paseando a Hope. Al verla, esta movió la mano a modo de saludo y se acercó a ella con una enorme sonrisa. Hope dormía en su cochecito. Instintivamente, Molly puso su mano sobre el estómago aún plano y sonrió. En menos de nueve meses, ella también sería mamá de un bebé igual de precioso.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Autumn acomodándose a su lado en el banco bajo un enorme limonero. Hope ni siquiera se inmutó cuando se detuvo.

Molly asintió con la cabeza, aunque no fuera verdad. El día anterior había salido corriendo de la mesa del pub donde estaba cenando con Carter para vomitar en el baño. Autumn fue testigo de todo, pues en aquel momento estaba en el lavabo limpiándose las manos. Llevaba una semana con náuseas constantes y vómitos matinales, pero no quería hacer público su embarazo. Algo le decía que el pastor Johnson, por muy moderno y bueno que fuera, no vería con buenos ojos tener bajo su techo a una mujer que se había quedado embarazada fuera del matrimonio.

—El té de jengibre ayuda —añadió Autumn, mirándola de reojo con una cara de complicidad que dejó a Molly desconcertada.

—¿Perdón?

—Para las náuseas del embarazo.

Molly abrió mucho la boca con claro signo de consternación.

—¿Lo sabes? ¿Carter te lo ha dicho? Me prometió que no se lo contaría a nadie.

Autumn negó con la cabeza sin dejar de sonreír con esa dulzura que le caracterizaba. Era una chica preciosa, de pelo castaño y rostro dulce y sereno.

—No ha hecho falta que Carter me contara nada, Molly. No hace tanto yo estaba justamente cómo tú ahora. —Miró a Hope y Molly supo enseguida lo que había querido decir—. Creo que una vez pasas por ello eres capaz de reconocer a una embarazada a kilómetros de distancia —bromeó—. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien, quitando las náuseas y los vómitos.

—Cuando pase el primer trimestre mejorará, tranquila. ¿De cuánto estás?

—De casi ocho semanas.

—Más o menos yo estaba del mismo tiempo que tú cuando me mudé a Lemonville con la intención de criar a mi bebé en un entorno más tranquilo y relajado que Nueva York.

Molly la miró con los ojos muy abiertos. A pesar de llevar allí casi mes y medio, no conocía la historia personal de Autumn. Estaba tan integrada en el pueblo que había dado por hecho que se había criado allí, descubrir que no era así fue toda una sorpresa.

—¿Eres de Nueva York?

—Del Upper East Side.

—Yo soy de Nueva Jersey, pero he estado trabajando allí hasta hace poco. Me encanta Manhattan. —Tras procesar aquella información, desvió su mirada hacia el pub que se veía desde allí—. Entonces, ¿Liam no es el padre de Hope?

—Si te refieres a padre biológico, no. Pero en todos los efectos, es su padre —respondió ella mirando a su hija que seguía dormitando tranquila—. Es una historia muy larga, Molly.

—Tengo tiempo, si te apetece contármela.

Autumn pareció dudar, pero al final asintió con la cabeza y empezó a hablar:

—Antes de llegar aquí trabajaba en un bufete de abogados muy prestigioso del que mi padre era el dueño. Estuve saliendo con un tipo de allí, me quedé embarazada y él se desentendió. Mi padre quería que abortara, me negué, hice las maletas y vine a Lemonville, donde vivían unos amigos, con la esperanza de que mi bebé tuviera una vida mejor que la que tuve yo. Porque, aunque crecí con todos los lujos y las necesidades cubiertas, me faltó lo más importante: el amor. Y sabía que quedándome en Nueva York condenaría a mi bebé a correr la misma suerte que yo. Conocí a Liam nada más llegar, nos enamoramos y desde el inicio se implicó en mi embarazo como si Hope fuera suya, sin importarle que no llevara sus genes.

—Oh... —Molly, que era una romántica, se emocionó.

—¿Cuál es tu historia?

Molly suspiró, nostálgica.

—Mi historia huele a galletas caseras de jengibre, chocolate caliente y guirnaldas de palomita... —Con esa introducción y la mirada perdida, Molly le explicó su historia. Le habló del despido en la agencia de publicidad, del deseo que había pedido a un mendigo con aspecto de Santa Claus y la aparición de Jayden a punto de atropellarla. Le habló de Brayden, de cómo habían conseguido conectar en esos diez días hasta el punto de convertirse en el hombre al que más había amado en toda su vida. Le habló de cómo todo había saltado por los aires el día de Navidad y cómo ella había decidió refugiarse en Lemonville para pasar inadvertida. No sabía por qué, pero algo le decía que podía confiar todos sus secretos a aquella chica de mirada amable y sonrisa dulce.

Al terminar de hablar, Autumn colocó una mano sobre su regazo, en un gesto cariñoso que la reconfortó.

—Entonces, ¿el padre aún no sabe nada sobre el embarazo?

Molly negó, acariciando de forma instintiva su barriga. Aún no notaba nada, pero algo innato, animal, le hacía consciente de llevaba una vida creciendo en su interior.

—Él no quiere saber nada de mí, se desentenderá como te pasó a ti.

—Eso no vas a saberlo hasta que se lo digas. Además, nuestra situación es muy distinta, Molly. Yo nunca sentí nada parecido a lo que has descrito tú por el padre biológico de Hope. Creí quererlo, pero cuando conocí a Liam descubrí que aquello no era amor, porque el amor de verdad te da alas, no te las quita. Y por lo que me cuentas de ese tal Brayden, te hace volar.

Molly reflexionó unos segundos con sus palabras, pero el estómago se le contrajo con la simple idea de volver a ver a Brayden, enfrentarse a su decepción y su enfado. ¿Y si pensaba que ella quería engañarlo como Monique a Jayden? Una arcada la sobrevino de golpe al pensarlo. No, no

podía decírselo.

—Es más complicado de lo que parece, Autumn.

En aquel momento, el sonido de un gorjeo precedente del cochecito les sorprendió. Hope acababa de despertarse y movía las manos con ganas de juego.

—Bueno, ¿qué te parece si vamos al pub y seguimos hablando con una infusión entre las manos? Creo que me queda un poco jengibre del que usé para cuándo mi amiga Lemon también pasó la fase de náuseas. ¿La conoces?

Se levantaron juntas del banco y se dirigieron hacia el pub.

—¿La hija de Annabeth? —Molly había tenido el placer de conocer a Annabeth en una cena en casa del pastor, y esta no dejó de hablar ni un momento sobre su hija y su estrenada maternidad.

—Esa misma. Su bebé tiene pocas semanas y apenas la deja dormir, por eso no la has visto mucho por el pub.

Cruzaron la plaza y entraron al pub. Hope bajó del cochecito enseguida para empezar a gatear por el suelo con energía. Fue entonces cuando Molly reparó en el hombre que estaba de pie frente a la barra del bar hablando con Liam. El corazón le dio un vuelco al reconocer su pelo oscuro y sus espaldas anchas.

—Molly, te buscan —dijo Liam al verla entrar.

Fue entonces cuando el hombre se giró y Molly quiso salir corriendo, porque frente a ella, atravesándola con sus ojos penetrantes, se encontraba Jayden Rowling.

Molly



1 de febrero

Molly se sentó en uno de los bancos de la plaza central de Lemonville para disfrutar del calor que aquella mañana emanaba el sol invernal de Alabama.

Un mes y una semana era lo que Molly llevaba ya en ese pueblecito obsesionado por los limones. Saludó a Ashton, de la cafetería, y a Betty, del supermercado. Todo el mundo la conocía ya como la neoyorquina que se hospedaba en casa del pastor Johnson y su mujer. Sonrió al ver de lejos a Autumn, la novia del dueño del pub, paseando a Hope. Al verla, esta movió la mano a modo de saludo y se acercó a ella con una enorme sonrisa. Hope dormía en su cochecito. Instintivamente, Molly puso su mano sobre el estómago aún plano y sonrió. En menos de nueve meses, ella también sería mamá de un bebé igual de precioso.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Autumn acomodándose a su lado en el banco bajo un enorme limonero. Hope ni siquiera se inmutó cuando se detuvo.

Molly asintió con la cabeza, aunque no fuera verdad. El día anterior había salido corriendo de la mesa del pub donde estaba cenando con Carter para vomitar en el baño. Autumn fue testigo de todo, pues en aquel momento estaba en el lavabo limpiándose las manos. Llevaba una semana con náuseas constantes y vómitos matinales, pero no quería hacer público su embarazo. Algo le decía que el pastor Johnson, por muy moderno y bueno que fuera, no vería con buenos ojos tener bajo su techo a una mujer que se había quedado embarazada fuera del matrimonio.

—El té de jengibre ayuda —añadió, mirándola de reojo con una cara de complicidad que dejó a Molly desconcertada.

—¿Perdón?

—Para las náuseas del embarazo.

Molly abrió mucho la boca con claro signo de consternación.

—¿Lo sabes? ¿Carter te lo ha dicho? Me prometió que no se lo contaría a nadie.

Autumn negó con la cabeza sin dejar de sonreír con esa dulzura que le caracterizaba.

—No ha hecho falta que Carter me contara nada, Molly. No hace tanto yo estaba justamente cómo tú ahora. —Miró a Hope y Molly supo enseguida lo que había querido decir—. Creo que

una vez pasas por ello eres capaz de reconocer a una embarazada a kilómetros de distancia — bromeó—. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien, quitando las náuseas y los vómitos.

—Cuando pase el primer trimestre mejorará, tranquila. ¿De cuánto estás?

—De casi ocho semanas.

—Más o menos yo estaba del mismo tiempo que tú cuando me mudé a Lemonville con la intención de criar a mi bebé en un entorno más tranquilo y relajado que Nueva York.

Molly la miró con los ojos muy abiertos. A pesar de llevar allí casi mes y medio, no conocía la historia personal de Autumn. Estaba tan integrada en el pueblo que había dado por hecho que se había criado allí, descubrir que no era así fue toda una sorpresa.

—¿Eres de Nueva York?

—Del Upper East Side.

—Yo soy de Nueva Jersey, pero he estado trabajando allí hasta hace poco. Me encanta Manhattan. —Tras procesar aquella información, desvió su mirada hacia el pub que se veía desde allí—. Entonces, ¿Liam no es el padre?

—Si te refieres a padre biológico, no. Pero en todos los efectos, es su padre —respondió ella mirando a su hija que seguía durmiendo tranquila—. Es una historia muy larga, Molly.

—Tengo tiempo, si te apetece contármela.

Autumn pareció dudar, pero al final asintió con la cabeza y empezó a hablar:

—Antes de llegar aquí trabajaba en un bufete de abogados muy prestigioso del que mi padre era el dueño. Estuve saliendo con un tipo de allí, me quedé embarazada y él se desentendió. Mi padre quería que abortara, me negué, hice las maletas y vine a Lemonville, donde vivían unos amigos, con la esperanza de que mi bebé tuviera una vida mejor que la que tuve yo. Porque aunque crecí con todos los lujos, me faltó lo más importante: el amor. Y sabía que quedándome en Nueva York condenaría a mi pequeño a correr la misma suerte que yo. Tuve la suerte de conocer a Liam nada más llegar. Nos enamoramos y desde el inicio se implicó en mi embarazo como si Hope fuera suya, sin importarle que no llevara sus genes.

—Oh... —Molly, que era una romántica, se emocionó.

—¿Cuál es tu historia?

—Mi historia huele a galletas caseras de jengibre, chocolate caliente y guirnaldas de palomita... —Con esa introducción y la mirada perdida, Molly le explicó su historia. Le habló del despido, del deseo que había pedido a un mendigo con aspecto de Santa Claus y la aparición de Jayden a punto de atropellarla. Le habló de Brayden, de cómo habían conseguido conectar en esos diez días hasta el punto de convertirse en el hombre al que más había amado en toda su vida. Le habló del cómo todo había saltado por los aires el día de Navidad y cómo ella había decidido refugiarse en Lemonville para pasar inadvertida. No sabía porqué, algo le decía que podía confiar todos sus secretos a aquella chica de mirada amable y sonrisa dulce.

Al terminar de hablar, Autumn colocó una mano sobre su regazo, en un gesto cariñoso que la reconfortó.

—Entonces, ¿el padre aún no sabe nada sobre el embarazo?

Molly negó, acariciando de forma instintiva su barriga. Aún no notaba nada, pero algo innato en su interior le hacía ser consciente de aquella vida que estaba creciendo dentro de ella.

—Él no quiere saber nada de mí, se desentenderá como te pasó a ti.

—Eso no vas a saberlo hasta que se lo digas. Además, nuestra situación es muy distinta, Molly. Yo nunca sentí nada parecido a lo que has descrito tú por el padre biológico de Hope. Creí

quererlo, pero cuando conocí a Liam descubrí que aquello no era amor, porque el amor de verdad te da alas, no te las quita. Y por lo que me cuentas de ese tal Brayden, te hace volar.

Molly reflexionó unos segundos en sus palabras, pero el estómago se le contrajo con la simple idea de volver a ver a Brayden, enfrentarse a su decepción y su enfado. ¿Y si pensaba que ella quería engañarlo como Monique a Jayden? Una arcada la sobrevino de golpe al pensarlo. No, no podía decírselo.

—Es más complicado de lo que parece, Autumn.

En aquel momento, el sonido de un gorjeo precedente del cochecito les sorprendió. Hope acababa de despertarse y movía las manos con ganas de juego.

—Bueno, ¿qué te parece si vamos al pub y seguimos hablando con una infusión? Creo que me queda un poco jengibre del que usé para cuándo mi amiga Lemon también pasó la fase de náuseas. ¿La conoces?

Se levantaron juntas del banco y se dirigieron hacia el pub.

—¿La hija de Annabeth y el alcalde? —Molly había tenido el placer de conocer a Annabeth en una cena en casa del pastor, y esta no dejó de hablar ni un momento sobre su hija y su estrenada maternidad.

—Esa misma. Su bebé tiene pocas semanas y apenas la deja dormir, por eso no la has visto mucho por el pub.

Cruzaron la plaza y entraron al pub. Hope bajó del cochecito enseguida para empezar a gatear por el suelo con energía. Fue entonces cuando Molly reparó en el hombre que estaba de pie frente a la barra hablando con Liam. El corazón le dio un vuelco al reconocer su pelo oscuro y sus espaldas anchas.

—Molly, te buscan —dijo Liam al verla entrar.

Fue entonces cuando el hombre se giró y Molly quiso salir corriendo, porque frente a ella, atravesándola con sus ojos penetrantes, se encontraba Jayden Rowling.

Jayden



1 de febrero

Había sido difícil. Había sido arduo. Había sido pesado. Pero nada de eso había detenido a Jayden Rowling. Había prometido a su hermano dar con su chica, y aunque sabía que él no lo creía, allí estaba, en un pueblo perdido en medio de Alabama llamado Lemonville, intentando encajar que en el mundo existían personas obsesionadas con los limones a ese nivel. ¡Era una pasada!

Por un momento, hasta fantaseó con la idea de perderse allí hasta que Monique pariera, pudiera hacerse la prueba de paternidad y aquel infierno acabara, pero luego recordó que se había prometido a sí mismo empezar a ser responsable y serio, así que no le quedaba más remedio que encontrar a Molly, convencerla de volver y arreglar así la desastrosa situación que había provocado.

La verdad es que, aunque sabía que tenía fama de mujeriego, irresponsable y egoísta, y aunque era consciente de que había actuado como tal, Jayden no consideraba que fuera siempre así. Bueno, mujeriego sí que había sido, pero irresponsable y egoísta, no. Le gustaban las mujeres, de acuerdo. LE ENCANTABAN LAS MUJERES. ¿Qué había de malo en eso? No se comprometía con ninguna. No las engañaba. No hacía falsas promesas. Solo disfrutaba de su compañía y sus cuerpos.

Ah, sí, también estaba eso de que era violento. Una estupidez. No era violento. Alguna que otra vez lo había provocado algún paparazzi. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Quedarse de brazos cruzados? Era bueno, pero no idiota. Absolutamente todas las veces que había empujado a algún periodista había sido porque se lo había ganado, provocándolo a él o insultando a alguna de sus acompañantes. Eran repulsivos, provocativos y maleantes. ¡Y el malo era él por ponerlos en su sitio! Ya sabía que, en opinión de sus padres y de Brayden, lo ideal era ignorarlos y no entrar al trapo, pero era muy difícil cuando los tenías encima continuamente.

A su hermano eso no le había ocurrido nunca. Se las había ingeniado para llevar su vida privada en completa intimidad. Ni una sola vez había aparecido su nombre en las revistas amarillistas, salvo para relacionarlo con él, que salía casi cada mes. Pero eso era porque su

hermano tenía esa vena autoritaria. Actuaba como si fuese el que tuviera que asegurar el buen nombre de la familia solo porque era catorce meses mayor. ¡Catorce meses! Odiaba esa vena de superioridad que siempre le salía. Y odiaba aún más que sus padres estuvieran de acuerdo en que eran catorce meses, pero a veces parecían catorce años, por la disparidad de comportamientos. Jayden no estaba hecho para las normas, como Brayden. A él le iba mucho más disfrutar de la música relajadamente, descubrir nuevos talentos y dejar que su hermano se ocupase del papeleo. Latía por la música y no por los números, como Brayden. Podría haber sido cantante, pero no era eso lo que lo removía por dentro. Cuando Jayden estaba sentado en un bar y oía a alguien cantar en una noche de micro abierto, en cualquier antro de Nueva York o Los Ángeles; cuando conseguía hacer ese “clic” que le indicaba que había dado con una joya... eso para Jayden era lo mejor. Como visitar el cielo. Se ponía nervioso ante las posibilidades y se lo contaba de inmediato a Brayden, que era quien se ocupaba de la parte seria del asunto. Lo suyo era más cerrar los ojos y moverse al compás de las voces buenas; buenas de verdad y no esa mierda comercial que vendían ahora por todas partes.

Entró en una panadería con aspecto de vender los mejores pasteles que había comido nunca. Jayden controlaba al máximo lo que comía, pero estaba nervioso y necesitaba un poco de azúcar, además de investigar acerca del paradero exacto de Molly. Allí, un hombre con barba espesa hablaba por teléfono sin percatarse de su presencia.

—No, chiflada, no podemos comprar una fuente con forma de gnomo para el jardín. —Hizo una pausa, rio entre dientes y respondió a lo que sea que le decía la susodicha—. Sé que te gusta, pero a mí me gusta vivir en nuestro barrio y no queremos que organicen otra asamblea para decidir si podemos quedarnos o no, ¿verdad? —Jayden no oyó lo que decían al otro lado de la línea, pero el hombre soltó una tremenda carcajada—. No sé qué voy a hacer contigo. —Justo en ese instante se percató de la presencia de Jayden, que sonrió y alzó una mano a modo de saludo—. Oye, tengo un cliente, te llamo más tarde, ¿de acuerdo? Sí, sí. Te quiero. Hasta luego.

Colgó el teléfono y miró a Jayden, que seguía sonriendo porque era raro ver a un hombre tan grande y de aspecto tan huraño así de enamorado.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Hola. Sí, la verdad es que estaba pensando comer algo que me sacie y cueste lo bastante como para que me digas si has visto por aquí últimamente a una chica morena, delgada, con cara de ángel y llamada Molly.

El hombre alzó una ceja, sorprendido con lo directo que fue, pero Jayden sabía cómo iban las cosas en los pueblos. Los formalismos no importaban lo más mínimo. Aquel tipo tenía en su poder la información y él la quería: adularlo o intentar engañarlo no serviría. No era tonto y se notaba.

—Puede ser.

—¿Puede ser? —preguntó Jayden.

—Te aconsejo la tarta especial de limón. Es la más rica, y la más cara.

Jayden sonrió, sacó su billetera y dejó que le cobraran. No se ofendía por aquello. Había aprendido a respetar la inteligencia de los demás y aquel tipo era inteligente.

—¿Y bien? ¿Hay respuesta para mis preguntas?

El hombre suspiró y se apoyó en el mostrador.

—Depende. Aquí cuidamos de los nuestros, ¿sabe? No nos gusta la gente que viene con malas intenciones.

—Es una suerte, porque mis intenciones no podrían ser mejores.

—Eso tendré que decidirlo yo.

Esta vez, fue Jayden el que elevó una ceja.

—De acuerdo: ¿Qué necesitas para decidirte?

—Cuéntame todo desde el principio. Si lo haces bien y me convences, te diré donde está Molly. Si lo haces mal y me pareces un capullo, te daré tal patada en el trasero que saldrás de Alabama sin poner los pies en el suelo. ¿Qué te parece?

Cualquier otro se hubiese sentido intimidado o molesto con aquella actitud, pero a Jayden le hizo gracia. Y, además, le gustó que en tan poco tiempo Molly hubiese encontrado gente que la protegiera así de bien. No esperaba menos de ella. La conocía poco, lo sabía, pero daba igual. Había algo en ella, Jayden reconocía a las personas especiales cuando las veía y en ella lo vio en cuanto la conoció, aun con los nervios del casi atropello.

Le contó al panadero de aquel extraño pueblo toda la historia. Que casi la atropelló por Navidad, que había perdido el trabajo, que él se ofreció a pagarle cincuenta de los grandes en un acto puramente egoísta y el modo en que, al parecer, Molly y Brayden se enamoraron en su ausencia. No pudo dar detalles, pues no había estado, pero sí le contó todo lo de Monique y la forma en que se había liado todo hasta hacerse una bola gigante de malentendidos. Ahora su hermano estaba desesperado, Molly desaparecida, sus padres decepcionados y él intentaba arreglar lo que había hecho, aunque sabía que no sería fácil. El panadero lo escuchó atentamente, sin juzgarlo, o eso le pareció a Jayden, que al acabar soltó un suspiro y elevó las manos en el aire antes de dejarlas caer a sus costados.

—Y eso es, básicamente, todo lo ocurrido. Le prometí a mi hermano dar con ella y tengo que hacerlo. Ella tiene que saber que él la está buscando desesperadamente. Solo quiere hablar con ella, arreglarlo y empezar de cero. Incluso a ojos de mis padres ellos están hechos el uno para el otro, así que me parece que es una pena que Molly se esconda aquí por algo que no es culpa suya, cuando tiene tanto que ganar.

—Te entiendo. —Jayden lo miró escéptico y el hombre rió—. Te entiendo. Antes de ser tan feliz como ahora, la cagué bastante con la que es mi compañera de vida actualmente. Te voy a decir dónde puedes encontrarla ahora mismo.

—¿En serio?

—Sí. Y lo único que te pido a cambio es que la hagas feliz. Tu hermano, pero también tú. Esa chica se merece una familia que la arroje y quiera.

Jayden no pudo estar más de acuerdo con sus palabras. Dejó que el panadero le explicara dónde quedaba el pub irlandés del pueblo y se encaminó hacia allí nervioso, pero ilusionado.

Abrió la puerta y se sorprendió, primero, con lo limpio y bonito que era el lugar. Se adentró, se quedó de pie frente a una barra robusta y limpia y preguntó al camarero, un chico pelirrojo y de sonrisa fácil, por Molly. Apenas pudo responder cuando las puertas volvieron a abrirse.

—Molly, te buscan —dijo el camarero.

Jayden se giró, la miró frente a frente y se quedó maravillado, no solo con lo bonita que seguía estando, sino con el hecho de haber podido cumplir, al fin, una promesa a su hermano.

Ahora solo tenía que convencerla de volver a casa.

Brayden



1 de febrero

La desesperación carcomía el cuerpo y la cabeza de Brayden mientras paseaba arriba y abajo por el estudio de grabación. Tenían una reunión con un grupo nuevo que sonaba de maravilla y su hermano había sido el que los había descubierto, así que tenía que estar allí.

¿Y dónde estaba? Nadie lo sabía. Su teléfono estaba apagado, no contestaba a los mensajes y no había dejado ni siquiera una triste excusa que dar. Brayden intentó pensar que llevaba semanas comportándose como un gran hermano, responsable, serio y comprometido. Quería centrarse en eso, pero lo cierto era que una parte de él vivía esperando que volviera a desentenderse de algo. Que volviera a defraudarlo. Era la contradicción que vivía con Jayden siempre. Podía ser el mejor hermano del mundo durante un tiempo, pero luego metía la pata de una u otra forma. Ni siquiera pensaba que fuera consciente. Probablemente él no quería causar esa impresión ni a Brayden, ni a sus padres, pero lo cierto era que, con cada espantada que daba, a él le costaba mucho más hacer como si nada cuando volvía. No podía, porque ya tenía una edad y sentía que, si no había madurado, no lo haría nunca, y aquello le asfixiaba, porque estaba atado empresarialmente a él y no quería que sus malas decisiones acabaran afectando a un proyecto tan bonito y factible como el que tenían en común.

El grupo llegó, listo para grabar, y Jayden no apareció por ninguna parte. Brayden hizo todo lo posible por camuflar su decepción, pero cuando su padre lo llamó, un rato después, le notó que algo no iba bien.

—¿Se trata de Jayden?

Brayden se pensó qué decir. No quería perjudicar más a su hermano. Quizá lo mereciera, pero es que tampoco pensaba que decirle a su padre que su hermano seguía siendo un irresponsable fuese a arreglar nada. Dejaría peor a Jayden y su padre se sentiría mal, así que, como ya había hecho otras veces, mintió y lo encubrió.

—No, es solo que estoy cansado.

—Entiendo... ¿Cómo va la búsqueda de Molly?

La pregunta el dolió dentro, muy dentro. Lo cierto es que seguía sin dar con ella y empezaba a

perder las esperanzas. La imaginaba en otro país, viviendo la vida y olvidando que solo un mes y medio atrás había estado viviendo la Navidad al máximo con ellos. Con él.

—No va —admitió—. No aparece, y empiezo a pensar si no sería bueno dejar de buscar.

—No te rindas, hijo.

—He contratado a un detective, papá, y me ha dicho que, con los datos que le he dado, es imposible dar con ella. ¿Qué más puedo hacer?

—Algo habrá. No se la ha podido tragar la tierra.

—A veces pienso que sí. Algunas veces parece como si todo hubiese sido un sueño.

—No lo fue, hijo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no es posible que toda la familia tenga el mismo sueño. —Brayden rio entre dientes y su padre lo imitó—. Bueno, todos menos tu hermano, que imagino que pasaría las navidades convenciendo a Monique de que no hiciera lo que justamente está haciendo.

Brayden torció el gesto de inmediato.

—Bueno, pronto se solucionará. En cuanto el bebé nazca, podrá probar que no es el padre y todo quedará arreglado.

Su padre guardó silencio, lo que tensionó a Brayden.

—Me preocupa, hijo.

—Él dice que el niño no es suyo.

—No es eso... Me preocupa el modo en que Jayden va sorteando problemas de este tipo. Me hace preguntarme hasta cuándo saldrá airoso. Tu madre no deja de pensar que está cavando un agujero del que será difícil salir y yo...

Chasqueó la lengua y su Brayden lo instó a seguir.

—¿Sí?

—Yo creo que tu hermano necesita tocar fondo. Suena duro, ya lo sé, pero creo que necesita algo que le haga ver que no puede andar así por la vida. No es el dueño del mundo, aunque así lo sienta. No os eduqué de ese modo. Tiene que aprender a ser responsable y consecuente con sus actos. El hijo de Monique no es suyo, pero él sí se enredó con ella y eso lo sabemos todos. Simplemente ha tenido suerte.

—Monique no podrá manejarlo más.

—El problema no es esta Monique. El problema es que hay muchas como ella y tu hermano se deja llevar. No piensa en la gente que quiere sacarle cosas por ser quien es. No piensa. Así de sencillo.

Una parte de Brayden estaba de acuerdo con su padre. Era imposible no estarlo, porque era un pensamiento coherente, pero otra... otra no quería ceder a eso. No quería pensar que su hermano de verdad era tan tonto como para dejarse engañar una y otra vez por mujeres que solo querían sacarle tanto como pudieran antes de darle la patada. No, Jayden tenía más inteligencia. No era tonto, aunque se comportara como tal. Había tenido mala suerte a la hora de elegir compañeras de cama y su temperamento no había hecho ningún favor a su fama, pero no era una mala persona, ni un bobo, ni un vividor. Era trabajador y comprometido con la empresa. O al menos lo era cuando no estaba enredado en algún lío de faldas.

—Todo mejorará —le aseguró a su padre—. Solo necesita que ese bebé nazca, probar su inocencia y luego dedicarse a su vida real. A la empresa y a la familia.

—Tu madre está triste desde Navidad.

Se sintió mal de inmediato.

—Papá, yo...

—No vayas a disculparte, Brayden. Ni se te ocurra. Está triste por el modo en que Molly se fue y por el hecho de no dar por ella, pero no por todo lo vivido de antes. Puede que tu hermano metiera a esa chica en casa a fuerza de una promesa millonaria, pero se quedó porque tiene una integridad que pocas veces se ve. Se quedó y disfrutó de cada segundo a nuestro lado, igual que lo hicimos nosotros. No tengo ninguna duda, por eso sé que no puedes rendirte, hijo. Es la mujer perfecta para ti y la nuera perfecta para nosotros.

Brayden soltó una carcajada seca.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que más te vale encontrarla para que podamos celebrar este año la Navidad como es debido.

—Papá, estamos en febrero.

—¡Pues fíjate todo lo que hay que organizar!

No pudo evitar reírse con su padre. Lo cierto era que hablar con él siempre conseguía que su ánimo se elevara un poco. Al colgar, sin embargo, ese ánimo decayó, porque no tenía ni idea de qué más hacer. El grupo acabó de grabar, él volvió a la oficina y, justo antes de entrar, se compró un café enorme al que le echó canela solo porque recordaba cuánto le gustaba a Molly tomarlo así. Dios, estaba bien jodido.

Se metió en el ascensor, subió hasta su planta y bajó distraído con el teléfono. Por eso no fue consciente de las dos personas que se vislumbraban a través de la cristalera de su despacho hasta que abrió la puerta y puso un pie dentro.

Alzó la vista después de enviar un mensaje de texto a su hermano y se lo encontró de frente, sentado en el borde de su mesa y con una sonrisa de oreja a oreja. Le habría echado una bronca tremenda, pero no podía hablar, porque justo a su lado, sentada en su sillón, estaba Molly. Su Molly. Más bonita de lo que la había visto jamás y con cara de estar a punto de echarse a correr, pero allí estaba.

El alivio fue tal, que deseó tener la silla más cerca, porque no sabía si sería capaz de sostenerse sobre sus piernas.

—Molly... —susurró.

Ella sonrió un poco y Brayden sintió que el sol salía desde cada rincón de aquel jodido despacho.

Molly



1 de febrero

Molly se había sentido a salvo en Lemonville. Durante el mes y medio que permaneció escondida entre sus calles, Molly se convirtió en una más de esa comunidad loca por los limones y el color amarillo. Sin embargo, era un lugar de paso, un lugar donde refugiarse mientras el caos que dominaba su vida se desvanecía. Su hogar, su lugar de destino, era Nueva York. Era allí donde se veía criando a su bebé, entre las calles de Manhattan, para poder enseñarle a ir en bici por Central Park, comer perritos calientes en los puestos callejeros a cualquier hora del día y ver el encendido del árbol de Rockefeller Center en Navidad.

Cuando al entrar en el pub irlandés Molly se encontró a Jayden dentro, todo su sistema nervioso se revolucionó, porque Jayden, por muy egoísta y capullo que hubiera sido en el pasado, formaba parte de ese hogar que quería construir para su bebé.

Un leve mareo le sobrevino. Se sujetó a una de las mesas y Autumn, que entendió lo que ocurría, le ayudó a sentarse. Jayden fue a su encuentro con paso resuelto, ocupando la silla de enfrente.

—Llevo semanas buscándote, Molly.

—Jayden... —susurró Molly que ahora era víctima de una de sus arcadas.

—No sabes cuánto siento todo lo que sucedió entre nosotros. Nunca debí obligarte a seguir con la farsa sabiendo lo que sentías por mi hermano, sobre todo cuando comprobé que el sentimiento era compartido. Sé que eso no dice nada bueno sobre mí, lo admito, pero a mi favor tengo que decir que no estaba pasando por mi mejor momento con todo el lío de Monique. —Se detuvo un momento y la escrutó con preocupación—. Eh, nena, ¿ocurre algo? Estás pálida.

Molly negó con la cabeza. La arcada ascendió por su estómago hasta su tráquea y salió corriendo hacia el baño. Alcanzó el inodoro justo antes de depositar todo su desayuno dentro. Cuando salió, encontró a Jayden esperándola frente a la puerta.

—¿Va todo bien? —preguntó con inquietud.

—No, y preferiría que te marcharas —espetó Molly con las náuseas instaladas en su estómago.

—Oh, no, de eso nada, de aquí yo no me voy sin ti. Hice una promesa a Brayden y pienso cumplirla. A pesar de todas mis faltas, Jayden Star es un hombre de palabra.

Molly no supo si reír o llorar. ¿Un hombre de palabra? Recordó todo lo que Brayden le había explicado sobre él. Sabía que era un irresponsable, que vivía metido en problemas y que tenía constantemente el foco mediático sobre él por sus múltiples escándalos amorosos y violentos.

Pasó por su lado y volvió a sentarse en la silla. Autumn acababa de servir sobre la mesa una infusión con lo que supuso que sería el jengibre que le había prometido. Le lanzó una mirada llena de agradecimiento antes de dar el primer sorbo. Para entonces, Jayden volvía a estar sentado frente a ella.

—Molly, tienes que volver conmigo a Nueva York.

—No puedo, Jayden. Las cosas han cambiado mucho en estas últimas semanas —espetó dolida, tocándose el vientre con suavidad, como si quisiera proteger a la vida que llevaba dentro.

—Dudo que hayan cambiado tanto. Estoy convencido de que sigues amando a mi hermano con la misma intensidad con la que él te sigue amando a ti. Lo sé porque un amor que es capaz de construir en diez días lo que yo no he conseguido en toda mi vida, no puede desvanecerse por las buenas.

—Ojalá fuera tan fácil, Jayden —susurró despacio con la mirada fija en su infusión.

—En realidad, lo es: él te quiere y tú lo quieres. Dime un solo motivo por el que no podamos coger un vuelo a Nueva York esta misma tarde para que puedas reunirte de nuevo con él.

Molly tragó saliva con fuerza y volvió a tocarse la barriga. Se preguntó si ya se escucharía el latido de su bebé. En un artículo de internet había leído que el latido empezaba a escucharse a las 8-9 semanas y se dijo que aquel sonido debía ser el más bonito del mundo.

Volvió a concentrarse en Jayden que la observaba con atención, expectante. Y se sinceró, porque, al fin y al cabo, no podría mantener en secreto aquella noticia toda su vida.

—Estoy embarazada, Jayden.

—¿QUÉ? —Los ojos de Jayden se abrieron de par en par, igual que su boca.

—Sé que parece una locura, porque tú hermano y yo solo lo hicimos una vez. Fuimos unos imprudentes al no usar condón, pero ¿cuántas posibilidades había? No fue algo premeditado, simplemente pasó y sé de sobras que un escándalo como este es lo último que necesitáis en la familia Star después de lo de Monique.

—¡Un bebé! —exclamó Jayden que seguía observándola pasmado—. ¡Un bebé de Brayden!

—Voy a tenerlo, ya está decidido. Pero quiero que estéis tranquilos, porque voy a ser discreta y no voy a pedir nada. No quiero traer problemas...

—Molly... —susurró Jayden, con los ojos brillantes y una sonrisa enigmática empezando a formarse en sus labios.

—Sé que todo esto es muy inoportuno y que si se entera la prensa va a ser una locura...

—¡Qué le den a la prensa! —exclamó Jayden ampliando su sonrisa al máximo. Molly le miró con estupor sin entender la euforia que de repente le había sobrevenido—. Molly, ¡estás embarazada! ¡Tú y Brayden vais a ser padres! —Alargó su mano y la posó sobre una de las suyas—. ¡Me vais a hacer tío! Joder, nena, ¡es genial!

Molly parpadeó, confusa. Las náuseas habían empezado a menguar gracias a la infusión de jengibre, pero seguía teniendo un nudo en la boca del estómago.

—¿Te-te a-alegras? —tartamudeó.

—Pues claro que me alegro, Molly. Ese bebé es fruto del amor, y sé que esta noticia va a hacer tremendamente feliz a mi hermano. Desde que te marchaste está más cascarrabias y gruñón que de costumbre. Ha puesto el mundo patas arriba para encontrarte, Molly. Él te quiere de verdad.

Los ojos de Molly se llenaron de lágrimas al escuchar sus palabras. Fueron como un torrente

de agua pura rompiendo el dique de contención emocional que había formado a su alrededor. Ya se había hecho a la idea de criar ella sola a su bebé, saber que Brayden había estado buscándola, que aún había una posibilidad de recuperar lo que habían tenido y vivir juntos el embarazo y la crianza de su bebé... la abrumó. Y lloró desconsoladamente, de alivio, de ansias y de necesidad por escapar de allí y volver junto al hombre que más había amado en su vida.

—¿Recogemos tus cosas y nos vamos? —preguntó Jayden también emocionado. Si no fuera imposible, Molly juraría que sus ojos también parecían haberse visto salpicado por lágrimas.

Molly asintió, fue a casa del pastor Johnson y su mujer, recogió todas sus pertenencias y partió junto a Jayden hacia el aeropuerto. Varias horas después, llegaron a Nueva York y un taxi los llevó directos al estudio de grabación donde Brayden estaba reunido con un grupo de música nuevo. Al ver el rascacielos donde se ubicaba la discográfica, Molly sintió otra vez náuseas, pero en aquella ocasión estaba convencida de que estas poco tenían que ver con el embarazo. Los nervios de volver a ver a Brayden fueron los causantes de su malestar.

Subieron en un ascensor amplio hasta el piso correspondiente donde una placa de color negro con varias estrellas ribeteadas anunciaba el nombre de Magic Stars. Brayden no estaba en su despacho, pero Jayden sugirió que lo esperaran dentro. Se sentó en el sillón negro de su mesa, que era cómodo y mullido y aprovechó para observar con detalle aquel lugar. Las paredes estaban cubiertas de fotos de bandas y de carátulas de cedés. También había una foto tamaño póster de su padre en un concierto antes de retirarse, y en la mesa, junto a la pantalla del ordenador, había un retrato familiar de los cuatro miembros Star. A Molly se le encogió el corazón al verlos. Selena, Jack, Jayden y Brayden formaban una familia increíble, y ella se moría de ganas de formar parte de esa familia.

Fue entonces cuando le vio llegar a través de la cristalera del despacho. Brayden acababa de salir del ascensor y miraba distraído su teléfono móvil. Levantó la vista, vio a Jayden y la expresión de su cara se transformó en enfado absoluto, hasta que sus ojos se cruzaron con los de ella y todo cambió.

Dios, Molly en aquel momento hubiera querido salir corriendo de allí. Los nervios le zumbaban en el oído y las náuseas eran tan intensas que temió ponerse a vomitar allí mismo.

Era Brayden... Su Brayden, el Brayden que había estado rememorando durante días y noches tanto despierta como dormida.

—Molly... —susurró haciéndola sonreír al instante, porque no había nada en ese mundo que le alegrara más el corazón que escuchar su nombre de entre los labios de Brayden.

Brayden



1 de febrero

Estaba preciosa. Brayden no podía pensar en otra cosa, más que en lo preciosa que estaba. Ojerosa y un tanto pálida, pero ni siquiera sabía dónde la había encontrado su hermano. En lo que a él respectaba, podía haber estado todo ese tiempo en una isla desierta. Bien sabían todos que Brayden había intentado dar con ella, pero había sido como buscar una aguja en un pajar. Pero allí estaba. De verdad. En carne y hueso. Centró la vista en su hermano, que sonreía con ese aire de pillo que conseguía robar los corazones de todo el mundo, incluido el suyo.

—Lo conseguiste —le dijo.

—Las promesas hay que mantenerlas. Siempre.

Brayden sonrió en respuesta, agradecido al máximo por tener a alguien como Jayden en su vida. Era cierto que le sacaba de sus casillas a menudo y su inmadurez estaba provocando a la empresa enormes dolores de cabeza, pero también era verdad que había poca gente en el mundo con la lealtad de su hermano. Jayden podía tener muchos defectos, pero era el primero a la hora de estar cuando de verdad hacía falta. Cuando todo se caía, era especialista en poner sus manos contra el muro que se derrumbaba y hacer que aguantara lo justo para buscar una solución. Eso era algo que Brayden siempre había envidiado de él. En ese momento, agradeció que tuviera tremenda cualidad, porque creía que él jamás hubiese dado con Molly.

—Yo voy a irme, porque vosotros tenéis muchas cosas que hablar. —Dio un paso hacia la salida, no sin acercarse antes a Brayden y abrazarlo de imprevisto—. Déjala hablar, hermano. Te aseguro que merecerá la pena.

No era típico en Jayden dar consejos, por eso cuando lo hacía, Brayden lo tomaba en serio. Lo observó partir y, una vez fuera, cerró la puerta de su oficina y miró a la mujer que los había observado atentamente durante los últimos minutos.

—¿Cómo estás? —preguntó Brayden, deseando saber la verdad.

Ella hizo amago de levantarse, pero Brayden se acercó y negó con la cabeza, para que permaneciera sentada. Él lo hizo en una de las sillas que había enfrente del escritorio.

—He estado en un pueblo de Alabama —dijo ella sorprendiéndolo—. Lemonville. Es una locura de sitio. Tienen limoneros plantados por todas partes, cocinan todo tipo de comidas con

limón o basadas en el limón y hasta tienen un festival en honor al limón. Es maravilloso. —Molly soltó una risita entrecortada—. Da un poco de grima, pero aun así es maravilloso.

—Y si tan maravilloso era, ¿por qué has vuelto?

Tenía que centrarse, se dijo viendo la mirada herida de la que, a todas luces, era la mujer de su vida. Se acordó del consejo de Jayden e hizo todo lo posible por ponerlo en práctica.

—Por ti —dijo Molly—. Y porque tenemos que hablar.

Brayden se envaró en la silla. Aquello no sonaba bien. De nuevo se acordó de Jayden, pero nunca había hecho un ejercicio de contención tan severo como el que estaba realizando en aquel momento.

—Tú dirás.

Ella se mordió el labio de una forma que hizo que Brayden deseara como nunca acercarse y besarla. Subirla en la mesa de su escritorio y hacerle todo tipo de cosas con las que había fantaseado desde que la conocía, pero se contuvo, consciente de que no era el momento, ni el lugar... al menos por el momento.

—Siento muchísimo lo ocurrido en Navidad. Lamentaré toda mi vida haber destrozado las fiestas de tu familia y...

—Alto ahí, espera un minuto. ¿Vas a pedirme perdón por eso? —Molly lo miró sin comprender y Brayden soltó una risa seca—. Ni se te ocurra, Molly. No hiciste nada malo.

—Pero...

—Jayden se equivocó, él lo sabe, mi familia lo sabe, yo lo sé y tú deberías saberlo. No tuviste la culpa de nada.

—Acepté el trato. Fingí ser su novia a cambio de dinero.

—No llegaste a cobrar los cincuenta mil.

—Sí, bueno, pero...

—Si lo que te preocupa es que pensemos que eres una aprovechada, olvídale. De haber sido así, ya habrías fundido los cincuenta mil en cualquier rincón del mundo.

—Pero, Brayden, yo acepté...

—Aceptaste un trato suculento en una situación desesperada. ¿Sinceramente? Me habría parecido un tanto estúpido que no lo hicieras. Y tú no eres estúpida, nena.

—En realidad, no nos conocemos.

—Te fuiste antes de lograr hacerlo.

Sus ojos se clavaron en él y Brayden atisbó en ellos tanto dolor que no resistió más. Se acercó, rodeando el escritorio, y se acuclilló frente a ella.

—¿No estás enfadado? —preguntó entonces Molly.

—¿Enfadado? No, nena, claro que no. Triste, porque he pasado un infierno sin ti.

—El tema de Monique...

—Es agua pasada. —Molly lo miró irónica y él sonrió—. Lo será en cuanto el bebé nazca y Jayden pueda demostrar que no es suyo.

—Pero sigue hablando con la prensa.

—Que hable. Sabe que va contrarreloj porque luego quedará retratada ante el país como la mentirosa que es. A mí eso no me importa. No quiero hablar de Monique ni de su bebé. Quiero hablar de ti.

—El caso es que el tema de Monique es importante.

—¿Por qué? —preguntó exasperado—. Esa mujer está fuera de nuestras vidas, Molly. Quiero que seamos tú y yo de aquí en adelante. Quiero estar contigo, nena. Llevarte a casa, tumbarte en la

cama y demostrarte cuánto te he echado de menos y cuantísima falta me haces en todos los sentidos.

—¿De verdad? —Molly tenía las lágrimas tan saltadas que apenas podía hablar.

—De verdad. Te quiero, Molly. Me enamoré de ti en diez días navideños, entre guirnaldas de palomitas, galletas caseras, chocolate caliente y capítulos de Friends. Me enamoré cuando supe las adversidades que superaste de pequeña y me enamoré aún más cuando me di cuenta de que tú sentías por mí algo parecido a lo que estaba sintiendo yo. Me enamoré del modo en que conectaste con mi familia y del modo en que conseguías que yo apenas pudiera apartar mis ojos de ti. Es una locura, ya lo sé, pero, nena, necesito estar contigo. Necesito que me digas que todo está arreglado y podemos estar juntos, porque...

—Estoy embarazada.

El anuncio lo dejó helado. Brayden miró a Molly sin entender bien lo que había dicho, pese a haberla oído perfectamente.

—Disculpa, ¿qué?

—Estoy embarazada. —Sus lágrimas volvieron, esta vez con más fuerza—. Dios, lo siento, no sabía cómo decirlo, pero estás hablándome de un modo tan tierno y estoy tan emocionada de pensar que hay una mínima posibilidad de estar juntos que me siento fatal por seguir ocultándote que me quedé embarazada en nuestra única noche juntos. Es una locura, no sé cómo ha pasado, porque ni siquiera pensé que estuviese ovulando, pero el caso es que todos los test que me he hecho dan positivo y las fechas cuadran y...

Brayden no la dejó seguir hablando. Se levantó, tiró con suavidad de sus manos y miró hacia abajo, a su vientre plano.

—Embarazada... —murmuró atónito.

—Yo no quería. Te prometo que no. Quería engañarte ni esto es una treta como la de Monique. De hecho, intenté convencer a Jayden de que tal vez lo mejor fuera quedarme en Lemonville hasta parir y demostrar que era tuyo. O no decírtelo nunca para no obligarte a estar conmigo, o...

La besó. Brayden la besó con todas sus ganas, porque no hacerlo suponía que siguiera hablando, pero también porque no podía creerse que la vida le hubiese convertido en un ser tan afortunado. Unas navidades habían bastado para ganar todo lo que Brayden siempre había querido, y aun así, allí estaba ella, pensando que de verdad él podía pensar mal de una situación así.

—Te quiero, Molly —susurró contra sus labios—. Te quiero más de lo que he querido o querré nunca a nadie. Y quiero a nuestro bebé como ni siquiera te imaginas.

—¿De ver-verdad? —preguntó tartamudeando y encogiendo el corazón de Brayden.

—De verdad, nena. —Posó las manos con cuidado en su vientre y cuando la vio sonreír, se rio nerviosamente—. Ha sido, sin duda, la mejor Navidad de mi vida.

—Estamos en febrero, Brayden.

—Da igual, nena, da igual. Mi deseo navideño se ha cumplido.

—No. —Molly rio a carcajadas, lo abrazó, dando un salto y enganchándose a su cuello, y besó la punta de su nariz antes de unir la suya y restregarlas—. Es mi deseo navideño el que se ha cumplido, y no sabes cómo me alegro.

Se besaron y Brayden se prometió allí mismo hacer de cada Navidad la época más especial de su familia. Por ella, por él, pero sobre todo por el bebé que venía en camino, para que fuera consciente siempre de que, en Navidad, todo es posible.

Epílogo

Molly



2 años después...

15 de diciembre

Faltaban pocos días para Navidad y en la mansión de los Star todos estaban preparados para una de las épocas más mágicas del año. Las tradiciones navideñas acababan de empezar, el olor a galletas caseras se esparcía por la cocina hacia todas las estancias de la casa y los villancicos se habían convertido en el hilo musical por defecto. En aquel momento sonaba [*Let It Snow, Let It Snow, Let It Snow*](#) de Dean Martin, una canción ideal para una tarde de nieve como la de aquel día.

Molly sonrió al pensar que aquella era su tercera Navidad en casa de los Rowling. ¡Tres navidades ya! ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Miró al pequeño Klaus que caminaba inestable por el salón persiguiendo una pelota y amplió la sonrisa. No había nada que le hiciera más consciente del paso del tiempo que verlo a él, a su pequeñín de casi año y medio, crecer por días.

—¿Cómo pudimos hacer algo tan perfecto? —preguntó Molly a Brayden que le estaba abrazando por detrás, mirando también embobado a su hijo de pelo castaño oscuro, mofletes llenos y ojos azules.

—En realidad todo el trabajo lo hiciste tú, cariño. Yo solo participé en la parte divertida —bromeó él.

Molly suspiró, recordando al instante el embarazo de náuseas constantes y vómitos matinales que se alargaron hasta prácticamente el tercer trimestre, antes de que la ciática y los ardores les tomaran el relevo. También pensó en las quince horas interminables de parto, el desgarrar al parir y la sutura posterior. Las grietas de la lactancia, los entuertos y los cambios hormonales del postparto fueron la guinda al pastel de todo aquel proceso que le dio la bienvenida a la maternidad por la puerta grande. Era cierto, ella había tenido que cargar con todo eso, pero Brayden había permanecido a su lado siempre, satisfaciendo sus antojos a medianoche, haciéndole masajes en los pies cuando estos empezaron a hincharse, soportando su carácter de mierda cuando las hormonas hicieron de las suyas y turnándose con ella las noches de cólicos y de maldormir. Ahora que aquella fase había pasado y que empezaban a dormir alguna noche del tirón, Molly daba gracias a Dios de que hubiera puesto en su camino a un hombre tan maravilloso como

Brayden. No solo era un buen padre, sino también el mejor de los compañeros de vida que hubiera podido encontrar. Y puede que su relación no fuera perfecta y que a veces discutieran, pero se querían, respetaban y juntos formaban un equipo bien compenetrado.

—Yo sigo pensando que se parece a mí —dijo Jack, que acababa de coger a su nieto entre los brazos y le regalaba una buena tunda de cosquillas que le hicieron reír a carcajada limpia.

—Es clavadito a Brayden de pequeño —dijo Selena participando de aquel ataque de cosquillas.

—Pero por suerte tiene el carácter de su madre. Siempre está alegre y sonriendo —añadió Jack guiñando un ojo a Molly que se sonrojó un poco. Por mucho que estuviera acostumbrada a las palabras cariñosas de su suegro, seguía sorprendiéndole que este fuera nada más y nada menos que Jack Star, su ídolo de juventud.

Jack y Selena eran unos abuelos increíbles. Lo había sabido antes de darles la noticia y lo supo después, cuando estos ejercieron su papel de forma ejemplar desde el principio. Siempre intentando ayudar siendo proactivos y sin imponer su versión de la paternidad, a pesar de tener algunas discordancias. Los padres de Molly, a pesar de sorprenderse mucho al principio de la noticia, acabaron aceptándolo de muy buen grado, sobre todo cuando conocieron a Brayden y este acabó encandilándolos con su educación, amabilidad y miradas amorosas hacia su querida hijita.

Fue entonces cuando los ojos de Molly volaron hacia la foto del día de su boda que descansaba junto al resto en la chimenea. Se casaron el día de Navidad del año anterior, cuando Klaus apenas tenía unos meses. A nadie le sorprendió que escogieran esa fecha para casarse, al fin y al cabo, la Navidad siempre tendría un lugar especial en sus vidas, por eso Klaus se llamaba Klaus, y por eso aquella fecha era perfecta para celebrar su boda. Hicieron una ceremonia preciosa al aire libre, con la nieve de telón de fondo y luego lo celebraron en uno de los hoteles más prestigiosos de Nueva York. Fue un día mágico, especial, un día de esos destinados a convertirse en eternos en la memoria de quién lo vive.

—¿Se puede saber dónde se ha metido Jayden? Ya sabe que hoy toca ir a por el árbol —dijo Brayden con impaciencia.

—Dijo que vendría directo del trabajo aquí —apuntó Selena arrugando su nariz en un mohín.

—Bueno, se habrá entretenido, dadle un poco de cancha, que es Navidad y lleva tiempo portándose como un hombre sensato —apuntó Jack.

Molly tuvo que darle la razón. Después de demostrar que Monique mentía respecto a la paternidad de Jayden en su embarazo, este había decidido apostar por la moderación. Había dejado de aparecer en los titulares de los medios y se había ido alejando, poco a poco, del foco mediático constante al que le tenían sometido. Según Brayden, el cambio también se había visto reflejado en el trabajo, algo que había hecho ganar paz mental a toda la familia Rowling en general y a Brayden en particular.

En aquel momento, oyeron el sonido de la puerta del exterior al abrirse y unos pasos acercándose. La puerta del salón se abrió y Jayden se plantó bajo el umbral con el abrigo lleno de copos de nieve y una sonrisa radiante en los labios. Molly tardó unos segundos en comprender que no estaba solo y que, tras él, a poca distancia, había una chica a la que no alcanzaba a ver muy bien. Jayden le apremió con un gesto para que entrara al salón. La chica obedeció algo cohibida, aunque sus ojos azules eran vivos y retadores.

Molly se dijo que aquella chica, a pesar de la ropa enorme que llevaba y que no era de su talla, como por ejemplo el abrigo viejo de hombre y el gorro de lana lleno de pelotillas, era preciosa. Tenía el pelo rubio, ligeramente ondulado, la cara en forma de corazón y las facciones del rostro

suaves, aunque su expresión fuera más bien adusta. Sujetaba entre las manos cubiertas por unos guantes sin dedos, la funda de una guitarra, y la sujetaba con tanta fuerza que la tensión era palpable en ese gesto.

—Tío Jayeen —exclamó Klaus rompiendo el silencio que reinaba aquel momento en la sala. Todas las miradas estaban puestas en Jayden y su misteriosa acompañante.

—Eh, colega, ¿cómo estás? —preguntó cogiéndolo entre sus brazos.

Klaus miró de reojo a la chica que lo acompañaba y se abrazó a su tío con una timidez infantil que generaba ternura.

—Jayden, ¿no vas a presentarnos a tu amiga? —preguntó Jack finalmente, haciendo en voz alta la pregunta que todos se estaban formulando en su cabeza.

—Oh. Por supuesto que sí. Familia, esta es Kiara, la chica con la voz más alucinante que he conocido nunca, y va a quedarse con nosotros durante estas navidades. —Miró a su familia sin perder la sonrisa y luego se dirigió a su acompañante—: Kiara, bienvenida a las navidades de la familia Star, estoy seguro de que van a ser inolvidables.

Selena boqueó.

Jack puso su mejor cara de póker.

Brayden parecía confuso, al borde de un ictus.

Klaus saludó a la recién llegada moviendo su mano de dedos regordetes a un lado y al otro.

Molly parpadeó.

Una Navidad más, Jayden Rowling había decidido llevar a casa una desconocida. Molly no sabía con qué propósito, aunque algo sí tenía claro: tal como él había asegurado, iban a ser unas navidades inolvidables.

Conociendo a los Star, no podía ser de otra manera.

#DeseosNavideños 2



Navidad.

Una chica tocando la guitarra bajo la nieve.

Un chico paseando por las calles de Nueva York.

Un deseo.

Una canción.

Un cruce de miradas en el momento perfecto.

¿Quieres conocer la historia de Jayden?

PRÓXIMAMENTE...

¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?

¡Hola! Somos Emma Winter y Ella Valentine, las autoras de esta novela. Queremos darte las gracias por disfrutar de Asher e Italia, los protagonistas de la tercera entrega de la serie Lemonville.

Si te ha gustado esta novela, te pediríamos un pequeño favor: deja tu valoración en Amazon. Para ti serán solo 5 minutos, a nosotras nos animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publiquemos puedes seguirnos en nuestras redes sociales:

Ella Valentine:

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

Emma Winter:

Instagram: <https://www.instagram.com/emmawinterautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/Emma-winter-autora-101258521556593/>

También puedes seguirnos en nuestras páginas de autor de Amazon para que sea el propio Amazon quién te avise de nuestras nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/Ella-Valentine/e/B07SGG42T8>

<https://www.amazon.es/Emma-Winter/e/B088WT38K9>

¡Muchas gracias!

Novelas anteriores de EyE

-Serie Lemonville

Un canalla con mucha suerte (Lemonville 1): La historia de Lemon y James. [Leer aquí](#)

Un irlandés con mucha suerte (Lemonville 2): La historia de Autumn y Liam. [Leer aquí](#)

Una chiflada con mucha suerte (Lemonville 2): La historia de Asher e Italia. [Leer aquí](#)

Novelas anteriores de Ella Valentine

-Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

-Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

La chica que leía novelas de amor: [leer aquí](#)

-Autoconclusivas

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)

Novelas anteriores de Emma Winter

-Serie Millonario

Un trato millonario: [leer aquí](#)

Un juego millonario: [leer aquí](#)

Un highlander millonario: [leer aquí](#)